

<b>Zeitschrift:</b>	Hispanica Helvetica
<b>Herausgeber:</b>	Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
<b>Band:</b>	22 (2011)
<b>Artikel:</b>	La geografía en los relatos de viajes castellanos del ocaso de la Edad Media : análisis del discurso y léxico
<b>Autor:</b>	Béguelin-Argimón, Victoria
<b>Kapitel:</b>	Geografía física y aglomeraciones urbanas [Teil 2]
<b>DOI:</b>	<a href="https://doi.org/10.5169/seals-840898">https://doi.org/10.5169/seals-840898</a>

### **Nutzungsbedingungen**

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

### **Conditions d'utilisation**

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

### **Terms of use**

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

**Download PDF:** 26.12.2025

**ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>**

### 3.5. EL CLIMA

La tendencia al discurso testimonial en nuestros textos se hace especialmente llamativa en la percepción que ofrecen sobre el clima: los viajeros-relatores dan fe, ante todo, de su experiencia y no dejan de señalar las condiciones atmosféricas en las que transcurre su andadura porque, muy a menudo, éstas van a ser fuente de serias dificultades y peligros durante el periplo<sup>81</sup>. Por ello, los viajeros nos obligan a explorar los vericuetos de su discurso donde aparecen, entrelazados en sus vivencias, detalles sobre este aspecto de la geografía.

Los relatos nunca se refieren al conjunto de fenómenos climáticos –temperaturas, vientos, precipitaciones o humedad– propios de las tierras recorridas<sup>82</sup>. De hecho, la voz *clima* no se recoge en nuestros textos con el sentido actual de 'conjunto de condiciones atmosféricas que caracterizan una región', y este concepto solamente lo encontramos reflejado de manera aproximada a través de la palabra *aire*. *Clima* aparece en *El Victorial* pero con el sentido medieval de 'parte de la tierra'. La voz –del latín CLIMA, -ATIS y ésta del griego *klíma*, derivado de *klínein*, inclinar– significaba en latín 'inclinación o curvatura de la superficie terrestre desde el Ecuador al Polo' y 'cada una de las grandes regiones en que se dividía dicha superficie por su mayor o menor proximidad a estos dos puntos' (DCECH s.v. *clima*).

En la Antigüedad, Marciano de Capella en su *Geometría* y Macrobio en su *Comentario al Sueño de Escipión de Cicerón* habían establecido una división de la tierra en cinco zonas climáticas y sostienen que las temperaturas extremas hacían inhabitables tres de ellas –la tórrida y las dos glaciares– y que sólo estaba poblada la zona templada septentrional (Lacarra 1999: 78). Como tantos otros saberes geográficos de la Antigüedad, esta idea había llegado al mundo me-

<sup>81</sup> Deluz (1988: 153) también observa en Mandevilla un discurso sobre el clima basado en la experiencia del viaje y añade que «le mot climat renvoie uniquement aux grandes divisions de la terre habitée, sinon, il parle du “temps” ou des “saisons”».

<sup>82</sup> El *Libro del infante don Pedro* no manifiesta ningún interés por el clima, lo que se evidencia por las escasísimas voces en el texto relacionadas con este aspecto de la geografía. Por ello, apenas nos referiremos al relato de Gómez de Santisteban en este apartado.

dieval a través de las *imagines mundi*<sup>83</sup>. La *Semeiança del mundo*, la enciclopedia peninsular del siglo XIII, reflejaba una visión parecida de las partes de la *ecúmene*, precisando que las dos zonas templadas estaban habitadas:

Deuedes saber que la tierra es departida en çinco partes; e en las dos partes postrymeras non mora ninguno, por la gran fuerça del fryo que ay faze e por que nunca ay fiere el sol, e en la otra terçera parte non mora ninguno por la gran calentura del sol que faze ay. Toda esta partida es sobre la que pasa el sol. E en las otras dos partydas, que son tenpradas por calentura e por frio, moran los omes. (*Semeiança del mundo* 1959: 55)

En el siglo XIV, el también peninsular *Libro del conosçimiento* se hace eco de los mismos conocimientos (Lacarra 1999: 78) y, además, relaciona el clima de una región con el carácter de sus moradores y con sus rasgos raciales. No hay que olvidar que, ya desde Aristóteles, se creía que el físico, el temperamento, la organización social o las posibilidades de vida dependían, precisamente, de las condiciones atmosféricas en las que vivían los distintos pueblos. El anónimo relator del *Libro* dirá de los habitantes de la India, por ejemplo, que el calor «los faze baços» (Lacarra 1999: 175), y Tafur, Clavijo y el Marqués de Tarifa (VJ: 269) señalarán igualmente este tipo de vínculos. En las *Andanças e Viajes*, el veneciano Nicoló di Conti describe las tierras orientales y asocia el grado de oscuridad de la piel de sus moradores con las regiones donde éstos viven, adoptando la teoría según la cual la diversidad racial del hombre se explica por el clima de sus diferentes lugares de residencia:

La color de los onbres de la India mayor es un poco más baços que nosotros, é viniendo á la Etiopia, mucho más baços, é todavia hasta los negros atezados que son al medio dia, que dizen la zona quemada. (AV: 110)

<sup>83</sup> Olcina Cantos (1996: 87-95) resume las distintas teorías de los antiguos sobre las zonas climáticas y la evolución de los conocimientos sobre este tema a través de la Edad Media.

Y los embajadores, aunque no se refieran explícitamente a las zonas climáticas, atribuyen al calor el aspecto de los chacatanes<sup>84</sup>, diciendo de éstos que «tan feos andavan del sol, que parescía que del infierno salían» (ET: 238).

En el corpus, probablemente sea la *Emabajada* el texto que destile más información –parcial pero constante– sobre el clima en las menciones a las tierras «frías» o «calientes» que atraviesan los embajadores en Asia (ET: 206, 208, 215). Incluso a veces, el relator ofrece datos concretos, como esta división del espacio en dos regiones naturales opuestas por sus temperaturas:

E a la mano derecha estavan unas montañas altas, rasas, sin montes; e tras ellas está una tierra que llaman Çurchitan. *E estas montañas son frías mucho*, e todo el año durava la niebe en ellas; e a la mano siniestra están *otras montañas* que son rasas, sin montes, *e son calientes*. (ET: 208)

El relator también pone de relieve el contraste climático entre el tramo de Trebisonda a Khoy –donde «siempre en las montañas parescía niebe»– y el de Khoy en adelante que es «tierra más caliente» (ET: 198).

Además, a lo largo de todo el camino, los embajadores no dejan de señalar los lazos existentes entre condiciones atmosféricas y cultivos:

E en esta tierra de Guillan nunca cae niebe, tan caliente es; e a muchas cidras e limas e naranjas. (ET: 208); e era tierra caliente e bien fermita, que es tierra muy temprada de frutas, que avía muchas. (ET: 334); E en ella avía muchos árboles frutales de muchas maneras, salvo cidras e limas; (ET: 254)

El último ejemplo revela la particular atención que prestan los embajadores a las relaciones entre clima y agricultura pues incluso dejan constancia de la ausencia de cidros y limeros –cítricos sensibles a las bajas temperaturas– en la zona de Samarcanda.

<sup>84</sup> Se trata de los tártaros nobles, los «más inmediatos servidores de Tamorlán en el ejército y en la corte» (López Estrada 1999: 362).

### 3.5.1. Clima y vida humana

Desde Hipócrates, el clima se consideraba factor determinante para la salud y permitía evaluar la salubridad de las distintas zonas geográficas, por lo que los relatos relacionan también clima y salud. El exceso de frío, pero sobre todo el exceso de calor y el mal «aire», podían tener consecuencias nefastas para el hombre y desembocar en enfermedades gravísimas –incluso en la muerte–, como ocurre en la isla de Chipre, donde dice el Marqués de Tarifa que «es menester andar de noche [...] porque el sol della es muy doliente y muy amarillo» (VJ: 268).

El noble sevillano advierte sobre la elevada mortandad de peregrinos –debida a la insalubridad de la isla, al calor y al consumo excesivo de fruta por parte de los palmeros– y da consejos a quienes sigan sus pasos:

Esta ysla los que allí vienen es necesario que, si no quieren morir o enfermar allí, o en saliendo della, que se guarde comer mucha fructa, porque es muy doliente, y se guarden mucho del sol, porque es muy malo y como viene caliente dél viene vn ayre muy frío que penetra, de manera que de vna de dos no escapa de morir o enfermar, y bien parece el mal de la tierra en la color del rostro que traen los naturales della, hombres y mugeres, que los villanos parecen como los de las Indias de Antilla, y la gente honrrada es algo más blanca; y el daño que a avido en los peregrinos que allí han venido parece claro en los monesterios, que no ay otra cossa sino sepultura dellos, de manera que más se puede dezir que los lleuan allí a morir que no a cargar de sal. (VJ: 269)<sup>85</sup>

Si los relatos de peregrinación tienen dos objetivos principales –informativo y prescriptivo–, éstos aparecen claramente en el fragmento citado donde el marqués describe la fisonomía enfermiza de los chipriotas, reflejo de la tierra malsana en la que viven, y aconseja a futuros peregrinos que extremen las precauciones por lo que se refiere al clima y a la alimentación.

<sup>85</sup> Respecto de la referencia a los indígenas americanos, recordemos que el *Viaje a Jerusalén* se escribe cuando ya se ha llegado a tierras de América y que la Sevilla del Marqués es la ciudad multiétnica donde se producen los grandes contactos entre los dos continentes.

Tafur ya había informado sobre la insalubridad de Chipre en sus *Andanças*. Una de las ciudades insulares, Bafa, estaba «desabitada por el mal ayre é mal agua» (AV: 50) y, debido a su «grant dolentía», el viajero no se había alojado en ella sino «en una aldea ençima de una montaña, que es lugar sano» (AV: 72). Tafur cuenta que de camino a Nicosia, la ciudad más salubre de la isla, se ve obligado a pernoctar antes de llegar y sufre por ello de una virulenta indisposición que casi le hace temer por su vida y que describe de manera detallada (AV: 67).

Los embajadores también dan cuenta de los síntomas que presentan los forasteros en caso de fuerte insolación en tierras de Soltania:

E esta tierra es muy caliente, que cuando algund mercadero de fuera parte, le toma el sol, matalo; e cuando el sol los toma, diz que les va luego al coraçón, que les face vascar e murir; e diz que les arden las espaldas mucho. E el que d'ello escapa, dizen que queda amarillo, como alunado, que nunca torna a su color. (ET: 206)

Pero, al igual que los viajeros-relatores se refieren a las enfermedades propias de una región debidas a la rudeza de sus condiciones atmosféricas, ponen también de relieve las prácticas de los naturales para luchar contra éstas. En El Cairo –explica Tafur–, cuando «[c]on el calor grande algunas veçes viene ayre delgado», los naturales se protegen los ojos del viento, pintándose los ojos con polvos de *kohl* (AV: 118). Y el viajero recuerda asimismo la bebida que le ayudó a combatir los fuertes calores de la ciudad en pleno verano:

é porque entonçé avía grant calura, cada dia me trayan para bever por la mañana un vaso con un agua confaçionada, é unos granos en ella como de cañamones, é çiertamente cosa bien saludable era; és aquello acostumbran bever en el tiempo del estío, ántes de comer, en ayunas. (AV: 91)

El clima repercute, igualmente, en los asentamientos humanos; en una digresión sobre la historia de Inglaterra, Díaz de Games muestra la cadena que vincula sequía, infertilidad de la tierra, muerte y despoblación:

E después, a tiempos pasados, acaesció que ovo en Brutania, que es Angliaterra, años muy menguados de aguas, unos en pos otros, tanto que se tornó la tierra estéril, e que non levava ya frutos. E luego en aquel tienpo vino muy grand mortandad, tanto que ovieron todos a dexar la tierra, e yr buscar otra tierra donde biviesen. (VIC: 458)

El retorno de las lluvias produce, en cambio, los efectos contrarios: «[e] después, pasados algunos tiempos, llovió mucho en Ynglaterra. E duraron tanto las aguas que tornó la tierra muy fértiles, e abundosa, e sana de las enfermedades» (VIC: 460).

Las referencias más interesantes las encontramos, sin embargo, en las relaciones que los viajeros establecen entre el modo de vida de los hombres y el clima. Así, por ejemplo, las condiciones atmosféricas dictan los movimientos de los pueblos nómadas, como muy bien observan los embajadores:

E estas gentes d'estas tiendas e otra asaz son una gente que no an otras casas, salvo estas tiendas, andantes en ivierno e en verano por los campos. E en verano van a do están las aguas e siembran sus panes a algodones e melones, que an los más e mayores que creo que en el mundo son. Otros siembran mijo mucho, que lo comen ellos cozido con leche; e en ivierno vanse a los lugares calientes. E el Señor con toda su hueste eso mesmo anda d'esta manera, por los campos en verano e en ivierno, (ET: 233)

La especial atracción que siempre manifiesta Pero Tafur por las diferencias entre los pueblos que encuentra en sus desplazamientos le lleva a esbozar ricos y pintorescos cuadros de costumbres como en Polonia, donde evoca los rigores invernales y las prácticas de los naturales para hacerles frente. Mediante un paralelismo, intenta el viajero dar una idea a los castellanos, destinatarios de su texto, del frío extremo que azota aquellas tierras en invierno –«[e]sta tierra es tanto fria en comparacion con Alemaña baxa, como Alemaña sobre Castilla» (AV: 278)– y cuenta después que, allí, chimeneas y estufas no proporcionan suficiente calor. Describe entonces con detenimiento los ingeniosos sistemas de calefacción que los naturales construyen en el interior de las viviendas, unas tarimas agujereadas y elevadas sobre el suelo debajo de las que se hace fuego. De las calles nos

dice que «paresce que [...] son de vidrio por el grande yelo» (AV: 279) por lo que los habitantes se deslizan en trineos o disponen de carros cubiertos tirados por caballos. Y concluye el viajero, no sin una punta de ironía:

Es gente muy rica, mayormente de plata, é como non mantienen muchas gentes, é con las grandes riqueças é rentas que tienen, súfrenlo todo. (AV: 279)

Las dotes de observación características de Tafur le llevan incluso a consignar detalles sobre el tipo de calzado de los turcos:

é porque la tierra es fria mucho é elada, é los cavallos caen á menudo, traen unas botas hasta la rodilla de cuero damasquines muy duro, é las espuelas encajadas allí, que nunca jamás se quitan de allí, porque, quando cae el cavallo, sacan la pierna sin resçebir daño, é quedase la bota en el estribo. (AV: 154)

Una vez más emerge en las *Andanças* el interés del relator por presentar la habilidad del hombre para superar las dificultades que el medio natural le plantea, en este caso con respecto al clima. Los múltiples ejemplos con los que Tafur adereza su relato constituyen una colección de breves escenas costumbristas de gran detallismo en las que se percibe su profunda admiración por la variedad de formas que manifiesta el ingenio humano.

### 3.5.2. Imágenes del clima

Deluz (1988: 153) señala que Mandeville ofrece una visión binaria del clima –frío y calor, verano e invierno– y que sólo en tres ocasiones habla de una región templada. También en nuestros relatos observamos esta tendencia, tanto si los viajeros aluden al clima en general de las regiones atravesadas –cuando lo hacen–, como si mencionan las condiciones atmosféricas en las que transcurre su viaje. Igualmente, las referencias explícitas a las estaciones del año se reducen al invierno y al verano, y, en caso de que los relatores mencionen fenómenos que ocurren durante la primavera o el otoño, suelen

precisar el mes pero no nombran las estaciones intermedias<sup>86</sup>. A los viajeros les interesa, ante todo, dar cuenta de las condiciones climáticas extremas ya que éstas suponen dificultad en su andadura y se relacionan con el parámetro del peligro, uno de los hilos de la urdimbre sobre la que se teje su visión de la naturaleza. Veremos que en *El Victorial* estas condiciones extremas se concretizan cuando se levantan los vientos y se desatan las tormentas en alta mar.

### 3.5.2.1. El frío y el calor

El viaje como «trabajo» o como prueba se pone de relieve a través del relato de las penalidades causadas por el exceso de frío o de calor, que contribuye a construir una imagen personal positiva de los viajeros. Si, en general, el relato objetivo de los embajadores es párco en detalles sobre las dificultades con las que los viajeros deben enfrentarse, su discurso no deja lugar a dudas en cuanto a la dureza del clima de las zonas que atraviesan. De camino a Samarcanda, cruzan las estepas asiáticas en pleno verano: calor y viento no les dan tregua. Confiesa el relator que los embajadores «ivan muy desmaídos de la sed e del grand sol que fazía» (ET: 234) y añade que el viento era tal que «parecía que ardía» (ET: 225), «que parecía fuego» (ET: 239) o que «parecía que salía del infierno» (ET: 219). La intensidad del calor les obliga a realizar parte del viaje durante la noche e incluso provoca la muerte de uno de los halcones que transportaban como presente para Tamorlán (ET: 219). Sus propias monturas perecen de calor y de sed (ET: 234).

El camino de regreso les reserva, por el contrario, nieves intensas. La descripción del paisaje se realiza a través de la evocación de las actividades de los naturales para luchar contra el peligro que suponen las precipitaciones y de su organización para abrir paso a los embajadores:

<sup>86</sup> No hay ninguna ocurrencia en nuestros textos de *primavera* u *otoño*. Las crecidas del Nilo –se dice en las *Andanças e Viajes*– se producen en el mes de septiembre y las del Biamo –según los embajadores– a partir del mes de abril. En el apartado del léxico dedicado al clima se presenta la particular división del año que reflejan los textos (s.v. *invierno* y *verano*).

[...] e en esta ciudat fallamos mucha niebe, que no podíamos andar por las calles. E omnes e bestias no fazían ál, sino sacar niebe; e tanta caía que estaba en peligro; e la que sobre las casas caía, echávanla con palas ajuso, porque no les derrocase las casas. (ET: 330-331) [...] E sávado partieron de aquí, e ante ellos ivan fasta trenta omnes a pie, con palas en las manos, que abrían el camino; e los omnes d'esta ciudat, que llegavan alguna aldea o castillo, estos omnes de pie que así ivan abriendo los caminos, tornávanse de allí, e ivan otros tantos. (ET: 331)

Los viajeros-relatores consiguen plasmar el efecto nivelador de la nieve, su molesto resplandor y la metamorfosis de las ciudades sepultadas bajo su manto:

E las niebes eran tantas que el suelo e montañas todo era llano d'ella, e muy alta, así que no parescía tierra ninguna. E los omnes e las bestias no podían ver de los ojos e eran ciegos de catar todavía en la niebe; e sino porque estaba elada, no se pudiera andar de mucha que era. E aun cuando omne llegava cerca de alguna ciudat o villa, no la podía conocer, ca era cubierta de niebe. (ET: 331)

La acumulación de oraciones consecutivas –«fallamos mucha niebe, que no podíamos andar por las calles», «e tanta caía que estaba en peligro», «[e] las niebes eran tantas que el suelo e montañas todo era llano d'ella»– refleja el carácter excepcional de la situación vivida.

También las condiciones climáticas extremas causan penalidades a Tafur, que atraviesa los Alpes «con grant trabajo é peligro por los grandes frios» (AV: 286). Sin embargo, sufrimientos todavía más intensos le acarrea la rudeza del clima invernal en su camino a Viena pues el viajero cuenta que pierde todos los dientes y las muelas debido al frío y advierte que «grandíssimo trabajo es cavalar por tal tierra en invierno» (AV: 280).

La estancia del Marqués de Tarifa en Jerusalén transcurre en pleno verano y el noble peregrino se refiere constantemente a las molestias ocasionadas por el calor:

allegamos tarde y con muy rezio sol y reposamos allí poco, (VJ: 220); Partimos muy temprano de mañana, que toda la rezura del sol passamos en el camino, (VJ: 221); según el mucho sol avíamos pasado y mucha

aspereza de camino, no nos fue muy apazible (VJ: 222); el sol de aquel mes hera muy grande (VJ: 251)

Sin embargo, sus desplazamientos por Tierra Santa se organizan en función de las temperaturas: «[a]llegamos a Belén ya bien tarde, porque por miedo del sol partimos tarde» (VJ: 248), y el calor –«la graueza del sol sin ninguna sombra» (VJ: 252)– le lleva incluso a renunciar a su peregrinación al Jordán. Por la misma causa –junto a la dificultad del camino y la distancia– no se llega al Monte Judea (VJ: 251). Son también las elevadas temperaturas las que provocan indirectamente la muerte de dos peregrinos noreuropeos quienes, sedientos, se exceden en el consumo de agua, bebida a la que no están acostumbrados (VJ: 215).

### 3.5.2.2. La tormenta marítima

Pese a que los rigores del clima suponen un duro trance para los viajeros, nada se puede comparar con la tormenta marítima, el mayor peligro que acecha a los que se hacen a la mar y, seguramente, el riesgo mayor de todo viaje en la Edad Media. Exceptuando a Gómez de Santisteban, todos nuestros relatores dejan testimonios de esta experiencia, paradigma privilegiado de las dificultades del periplo<sup>87</sup>.

Sin embargo, los episodios que dan cuenta de tormentas marítimas suelen relegar en buena medida la pura descripción, que no percibimos más que por algunas pinceladas relativas al viento o al oleaje. Sólo en *El Victorial*, el motivo de la tormenta se desarrolla con

<sup>87</sup> Refiriéndose a los peregrinos y a los peligros de la navegación dice Gomez-Géraud (1999: 500-501): «[l]es dangers terrestres n'étaient rien en comparaison de ceux qui attendent le voyageur après l'appareillage de la nef périgrine. Parce que la mer constitue l'espace paroxystique du péril, c'est en cet environnement où nul chemin ne subsiste, comme se plaisent à le rappeler les récits paraphrasant les Ecritures que le fidèle connaît de multiples occasions de chute spirituelle, mais aussi d'abandon à la volonté divine». Si en los relatos de peregrinación las tormentas marítimas suponen la prueba espiritual por excelencia, para nuestros viajeros, éstas –sin presentarse explícitamente como pruebas– constituyen el marco idóneo para dar claro testimonio de su condición de cristianos y de su fe en Dios.

mayor detalle y permite al relator hacer gala de sus dotes literarias en pasajes de clara voluntad estilística donde despliega comparaciones, personificaciones y metáforas<sup>88</sup>. Díaz de Games describe cómo se levanta el viento y el mar:

El acuerdo avido, arrezió el viento tan fuerte e tan bravo, e levantó la mar tanto, que enbestían las olas por proa fasta media galea, e hizo girar las galeas por fuerça. Venían las olas tan altas como sierras, la mar ca-vada. (VIC: 362)

Y detalla el impacto de las olas sobre las naves:

Las olas heran tan fuertes que davan en el costado de la galea, que la querían fazer pedaços, e toda la fazía sonar. E venían las olas muy grandes por popa, que algunas dellas entravan por la galea. Éstas son muy peligrosas, (VIC: 363)

En aguas del Mar Negro, también Clavijo consigue transmitir el aumento gradual de la violencia del viento, que provoca el fuerte oleaje:

E a ora de media noche creció el viento contrario e alçóse el mar. [...] el mar creció mucho e el vento era rezio e la tormenta, alta. [...] E la tormenta crecía todavía, a tanto que las anclas echaron la galeota entre unas rocas. [...] E la tormenta creció tanto que era espanto; e todos se encomendavan a Dios, ca pensavan que nunca avían de escapar. E las vagas de la mar fazían tan altas, que quebravan e entravan por el un bor-ne e salían por el otro. E la galeota trabajava mucho e fazía mucha agua. (ET: 152-153)

No obstante, las tormentas se perciben más por su impacto sobre las embarcaciones, los daños en el velamen, las actividades de la tripulación, el miedo que suscitan y sus asociaciones con la muerte que por el estado del mar o las alteraciones atmosféricas; los textos no aluden ni a truenos ni a relámpagos y escasean las menciones a la lluvia.

<sup>88</sup> Se trata de «las mejores descripciones de tormentas que hallamos en nuestra prosa medieval», según Navarro González (1962: 76).

De hecho, cuando las fuerzas de la naturaleza se desatan con violencia y suponen un riesgo para la vida de los viajeros, el componente narrativo sumerge al descriptivo y la percepción del fenómeno vira del ámbito de lo climático al de lo sobrenatural. Las causas de las tormentas y de las alteraciones en el mar, las relacionan los viajeros-relatores con leyendas de la Antigüedad grecolatina, como las sirenas en el estrecho de Mesina (AV: 297-298); las vinculan a la hagiografía, como en el golfo de Satalías donde Santa Elena echó al agua el clavo de la Santa Cruz –causa continua de terribles tempestades (VJ: 217-218)– o bien las atribuyen a intervenciones maléficas, como las nieblas que los musulmanes levantan en aguas de Málaga al paso de las embarcaciones cristianas (VIC: 275). En este último caso, cuenta Díaz de Games que, frente a las costas de esta ciudad:

Conteçió [...] una maravilla a los que tal non avían visto. Viniendo las galeas remando, costeando la tierra, la mar calma, podría aver hasta Málaga quanto dos millas, e mediado el mes de mayo, el cielo muy claro, el sol a sudueste, levantóse a desora una niebla muy escura, que venía de contra la ciudat, e vino sobre las galeas, en manera que los de la una galea non veýan a los de la otra, aunque estavan bien cerca. E algunos marineros que avían visto tal ya otras veces dixeron que los moros heran fechiçeros de aquellas tales cosas, e que ellos lo farían a fin si pudiesen fazer perder las galeas. E que desatasen los marineros, por si tocasen en alguna roca; mas que fiziesen todos la señal de la cruz e dicesen oraciones a Dios que los librare de aquella maldad. E que non duraría, e que aýna sería desfecho. E ansí fue, que luego súbitamente fue desfecha e tornada en nada, e paresció el tiempo claro, e cobraron remos. E luego vino otra niebla como la primera, e fizieron oraciones e, como ante, fue quitada luego. Podría durar aquella maldad cada vez media ora. (VIC: 275)

La espesa niebla se achaca aquí a las prácticas nigrománticas de los musulmanes y son los rezos lo que salva a los navegantes. Efectivamente, el origen sobrenatural atribuido a estos poderosos e inexplicables fenómenos climáticos precisa, como correlato, una intervención también sobrenatural para aplacarlos; de ahí el recurso a la oración en la que se suplica la vuelta a la calma.

La narración de las tempestades sigue muy a menudo un esquema prefijado: 1. aparición del peligro; 2. súplica; 3. intervención divina;

4. acción de gracias. Ocurre así, por ejemplo, en la tormenta que Pero Niño y su séquito deben arrostrar en el golfo del Casquete (VIC: 374-375) cuyo feliz desenlace se califica de «maravilla». El relator empieza describiendo cómo se desencadenan los vientos y estalla la tormenta: «[c]omençó a ventar un viento de la mar rezio, e dava a las galeas en descubierto, e las fazía yr por fuerça a dar a las peñas». Cuando los navegantes ven la muerte cercana, levantan sus oraciones al Cielo: «[y]a non valía allí remar, sinon llamar a la Virgen Santa María que los acorriese». Las fuerzas de la naturaleza se aplacan de inmediato con lo que la vuelta a la calma queda vinculada a una intervención sobrenatural: «[e] plogo a Dios que la corriente que las metió en el golfo por la una parte, esa mesma corriente las sacó por la otra, que fue una grand maravilla». Y, finalmente, los navegantes expresan su gratitud por haber sido salvados del peligro: «[e] dieron muchas graças a Dios».

Otro buen ejemplo lo ofrece la *Embajada* (ET: 91-92) donde los relatores cuentan la tempestad que se levanta en aguas del Mediterráneo. Tras las súplicas de los navegantes al Cielo, aparecen los Fuegos de San Telmo, fenómeno natural debido a la electricidad atmosférica que anuncia el final de una tempestad y bien conocido por los hombres de mar. En el relato, sin embargo, los fuegos se presentan como un hecho prodigioso –la respuesta del Cielo a la intercepción de un santo–, lo que confiere a la calma una dimensión milagrosa<sup>89</sup>.

Abundan los ruegos y las promesas al Cielo en casos de tormenta. Tafur, por ejemplo, recuerda que durante un temporal en el Egeo los viajeros iban «quasi desesperados de la vida, é allí se fazían peregrinajes al Levante é al Poniente» (AV: 190). La peregrinación constituye el compromiso más frecuente, como se ve también en *El Victoriano*:

E toda la gente fazían oraciones e votos a Dios e a los santos que los librase, e hecharon romería para Santa María de Guadalupe. (VIC: 285); allí fazían los hombres, con el miedo de la muerte, botos e prometimien-

<sup>89</sup> Gomez-Géraud (1999: 509-512) cita diversos ejemplos de peregrinos que presencian este fenómeno en el mar y lo sitúan igualmente en el ámbito de lo sobrenatural.

tos, unos a Santa María de Guadalupe, otros a Santiago de Galizia, otros a Santa María de Finesterra, otros a Fray Pero Gonçález de Tuy, e otros a Sant Vicente del Cabo. (VIC: 455)

En nuestros textos, las descripciones de tormentas marítimas nos informan mucho menos sobre factores relacionados con las condiciones climáticas que sobre las actividades de la tripulación, los movimientos de las naves, las creencias relativas a sus causas o las reacciones de los navegantes en estas difíciles circunstancias. Y, sobre todo, manifiestan de modo muy particular la profunda conciencia que tiene el hombre medieval sobre la sujeción de la naturaleza a Dios.

### 3.5.2.3. Los vientos

En las travesías marítimas el fenómeno del viento cobra particular protagonismo. Los navegantes viven a su merced: su ausencia –la calma– impide el avance de las embarcaciones mientras que su fuerza desmesurada desata las tormentas, sinónimo de peligro. Conocer los vientos es, pues, esencial en la navegación.

Sin embargo, exceptuando a Díaz de Games, los viajeros-relatores muestran poca familiaridad con este aspecto del clima lo que se manifiesta en el uso de un léxico sumamente reducido. Clavijo designa al viento por su nombre genérico, al que opone el también genérico *calma*; sólo en una ocasión introduce denominaciones precisas: la *tramontana* y el *maestro* –que eran propios de la rosa de los vientos del Mediterráneo– y el *gallego*, denominación usual en Castilla del viento del Noroeste. Si observamos en la *Embajada* una escasez de voces para designar la situación en el espacio (véase el capítulo 7 «Situar»), también aquí la procedencia de los vientos parece de poca importancia para el relator. Sin embargo, ni Tafur ni don Fadrique se mostrarán mucho más precisos: el primero menciona el *viento poniente*, el *viento griego levante* y el *viento de la tierra*, y el segundo se limitará a hablar del *levante* y del *poniente*.

Aunque en *El Victorial* no se presente un repertorio exhaustivo de los diferentes vientos del Mediterráneo y del Atlántico, se ofrece un elenco de voces de mayor amplitud que en los demás textos pues se habla del *amilón*, el *austro*, el *çierço*, el *viento berberisco* o el *viento a munte*. El relator suele precisar la dirección de la que éstos soplan,

por lo que encontramos también *viento del poniente, del levante, del norte, del oeste, del sudueste o del sur*.

Díaz de Games introduce en su relato un largo apóstrofe al viento –de marcada voluntad literaria– en el que éste aparece como fuerza elemental violenta y ciega, símbolo de vanidad, inestabilidad e inconstancia. La digresión se inserta tras la victoria de la flota inglesa sobre las naves castellanas gracias a la contribución determinante del viento y juega con la polisemia de la voz *fortuna*, a la vez «tormenta» y «suerte». El relator le reprocha su arbitrariedad e inmenso poder en todos los rincones de la tierra y en todos los ámbitos:

¿Quién heres tú, Viento tan poderoso? Tú tienes el Oriente, e el Océano, e el Aquilón, e el Meridón. Tú posees la mar e la tierra. Tú crías e tú matas. Tú enriquezes e empobrezes. Tú fazes las cosas contra natura: la grand madera, criada en los altos montes, e el fierro, e las piedras pesadas, fazes correr sobre el agua; los hombres, criados de la tierra, fazes bivir en la mar. Tú fazes al de Prusa morador en Chipre, e al ynglés bivir en Etiopía. (VIC: 433-434)

Le echa en cara, además, su carácter cambiante y caprichoso:

Está el honbre en su casa, con su algo ganado, folgando e en plazer. Muéstraste su amigo: sácaslo de su casa con todo su algo, fázesle desanparar muger, e fijos, e tierra; e quando le tienes en alta mar, fázesle como henemigo. Levantas las hondas de la mar tan altas como sierras, e tráeslo entre medias: agora lo lievas al cielo, después tórnaslo a los abismos. Fázesle apalpar la muerte mil veces en una ora. (VIC: 434)

Y el relator pasa luego a imputarle toda suerte de males como el ser dañino para la agricultura y la ganadería, causar fenómenos climáticos adversos o provocar los terremotos. A tales invectivas replica la Razón, en nombre del Viento, con una exposición ordenada sobre la teoría medieval de los cuatro elementos en la que señala las características de cada uno de ellos y explica la importante función del viento en el equilibrio del universo. Aclara, además, los motivos por los que origina los terremotos:

Otro lugar tengo donde yo soy criado: en la cavernas, e en la cuevas, e en las concavidades; e en los grandes lugares por donde pasan las gran-

des aguas entre la tierra. Allí soy engendrado, e quando está la tierra preñada de mí, tanta es la mi fuerça, que la fago tenblar, porque non puedo della salir. (VIC: 436)

El pasaje, de carácter marcadamente culto, es el más largo y completo en el conjunto del corpus sobre un fenómeno atmosférico. Sin embargo, lejos de vincularse a una experiencia directa, despliega una reflexión de corte didáctico, moralizante y filosófico sobre las características generales de esta manifestación de la naturaleza.

### 3.5.3. Caracterización

Como hemos ido viendo, los relatos nos informan prioritariamente sobre el tiempo atmosférico en el que se desarrolla el viaje y con menos frecuencia sobre el clima de las regiones recorridas. Detengámonos ahora para observar cómo caracterizan a uno y otro.

En la *Embajada*, cuando el relator menciona el tiempo que hace, se suele referir a la temperatura (frío-calor). Encontramos los sintagmas *fazer (buen) tiempo*, *fazer calentura*, *fazer sol* o *aver mal tiempo*. El relator puede aludir también a la presencia o ausencia de vientos, y a las tormentas: *fazer viento*, *fazer calma*, *fazer tormenta*, *fazer tiempo contrario*, *aver (grand) viento contrario*, *aver contrario el viento*, *aver tormenta* o *aver buen viento en popa*. A veces, evoca igualmente otros fenómenos atmosféricos como la presencia de niebla: *fazer grand niebla cerrada*; la formación de nubes: *anublarse*; la lluvia: *lluber*; o la nieve, que *cae*, *se desfaze* o *dura todo el año*.

El viento puede ser *caliente*, *rezio*, *contrario*, *poco*, *escaso*, *esforçado*, y aparece como sujeto de verbos diversos: *levantarse*, *ventar*, *cesar*, *venir de travieso*, *crescer*, *mecerse* o *amansar*. En el mar, el viento «rompió las velas e las echó a la mar» (ET: 105) y en tierra, «llevaba el arena de un lugar a otro e cegava el camino a los omnes» (ET: 239).

Para la expresión del clima de una zona los embajadores hablan de una tierra *caliente* o de montañas *friás*, *calientes*, *de muchas niebes* o *nevadas*.

Tafur es más parco en la caracterización tanto del clima como del tiempo atmosférico. De la tierra recorrida dice en una ocasión que es «fría mucho é elada». En las *Andanças*, también los fenómenos at-

mosféricos pueden ser sujeto de verbos: las nieves, por ejemplo, *se desfazen*; en tierra, el viento «desfaze (el camino)», «mueve las arenas» o «faze grandes alturas» (AV: 91-92); y, en el mar, se dice del viento que «sobrevino [...] fresco», que «nos llevaba fázia la tierra» o que «saltó [...] de la tierra». Al viento se le caracteriza, además, como *fresco* o *riguroso*.

La manera en que este viajero expresa el tiempo que hace a lo largo del camino contrasta con la de los embajadores por la mayor frecuencia de formas con *aver* en primera persona del plural («ovimos mal tiempo») –frente a la forma *fazer* + fenómeno del tiempo atmosférico (*fazer calma*, *viento*, etc.) de los embajadores–, que otorga al texto mayor grado de subjetividad: menudean las formas del tipo «ovimos (mal) tiempo en la mar» (AV: 125) o bien «ovimos tan grant tormenta» (AV: 135).

Cuando el Marqués de Tarifa se refiere al clima de una región habla de la «tierra» y dice de ella que es «doliente» (VJ: 214), por ejemplo. Si alude al tiempo atmosférico, utiliza la forma impersonal *haze*: *muy grande aguacerro*, *mucho calor*, *muchas nieves*, *mucho ayre*, *tormenta*, *fortuna* o *calma*. Habla a menudo del sol que *ardía* o que *hera muy grande, muy doliente, muy amarillo* o *muy malo*; a veces, también se refiere al *buen sol*. Y el aire puede venir *frío* (VJ: 269).

En *El Victorial* se dice del calor o del sol que es *grande*; la niebla es *escura*, el tiempo *claro*, la tormenta *grande* y los tiempos *fuertes*. El viento suele estar caracterizado con mayor precisión –como *fuer-te, grande, bueno, forçoso, bravo, rezio, contrario, escaso, afortuna-do o asosegado*– y es sujeto de una amplia gama de verbos como *venir, ventar, meterse, levantar, saltar* (en una dirección: al oeste, por ejemplo) o *tornar* (en una dirección, al sur, por ejemplo). Y puede también *arreziar, forçar, mudarse, amaynar, calmar* y *asosegar*. Díaz de Games atribuye, además, a los vientos el poder de provocar la lluvia (*llover*), de *serenar, humedar* y *secar* (VIC: 255).

Un último rasgo en las descripciones del clima o de los fenómenos meteorológicos digno de mención –típico de Clavijo y Tafur– es el frecuente recurso a estructuras consecutivas con valor hiperbólico: «[e] la tormenta creció tanto que era espanto» (ET: 152); «[é] partimos del Cayro, é yendo por aquellas arenas muertas del Egypto con

muy grande trabajo é grande peligro, la calor *tan grande, que dudaba onbre de poderlo sofrir*» (AV: 91). En el apartado 8.4. sobre la comparación («Comparar») observaremos con detalle el uso y la productividad de estas construcciones.

### 3.5.4. Balance

Este ámbito de la geografía se liga, más que ningún otro, a la experiencia viajera pues los relatores aluden, particularmente, a las condiciones atmosféricas en las que se desarrolla su periplo. Las referencias al clima suelen reducirse a apreciaciones dispersas sobre la temperatura de las regiones recorridas (frío-calor) que pueden ponerse en relación con la salubridad de las tierras, la población de éstas, las prácticas agrícolas o las costumbres de sus gentes. Frío o calor extremos y tormentas o vientos durante la navegación se presentan, además, como fenómenos climáticos que prueban las dificultades del viaje y que se vinculan al parámetro del peligro del que hablan los viajeros al principio de sus obras. La referencia a las tormentas marítimas da lugar a pasajes en los que la narración de la experiencia vivida domina claramente sobre la descripción, lo que refuerza el carácter testimonial de los textos.

## 3.6. LA VEGETACIÓN

El manto vegetal de las regiones que los viajeros recorren queda bien reflejado en todos los relatos de nuestro corpus, exceptuando el *Libro del infante don Pedro de Portugal*. Las tierras cultivadas ocupan un espacio preferente, sin que ello impida que se profile la naturaleza virgen, representada principalmente por el bosque. Los viajeros encuentran estas tierras cultivadas alrededor de las ciudades y también en su interior; las vislumbran, más excepcionalmente, en los jardines, reflejo de un mundo cortesano; y las descubren, con características que les maravillan, en las huertas orientales. Siempre se presentan con connotaciones de *loci amœni* a los que se opone el espacio falso

de vegetación, el desierto<sup>90</sup>. Y, cuando la ocasión lo permite, los relatores integran noticias sobre la flora maravillosa, herencia de las tradiciones antiguas y medievales.

Los datos que nos llegan a través de los textos indican una firme voluntad de observar el paisaje y traducen, ante todo, una franca admiración por la huella que el hombre imprime en su entorno. En la *Embajada*, muy especialmente, la vegetación –junto a las ciudades y, en menor medida, el relieve– aparece como uno de los elementos esenciales en los que el relator se basa para describir las tierras recorridas. Muy distinta visión presenta el *Libro del infante don Pedro de Portugal*, en el que apenas se alude a la vegetación pero que recoge, en cambio, algunos testimonios sobre la flora fantástica de la Edad Media.

### 3.6.1. La vegetación silvestre

En nuestros textos, es borrosa la frontera que separa la vegetación silvestre de la vegetación «domada», producto de los cuidados del hombre. Montes, bosques, arboledas, árboles, pastos, praderías, prados, vegas, campiñas o campos ceden el paso imperceptiblemente a viñas, labranzas, tierras de labor y, finalmente, a huertas, vergeles y jardines<sup>91</sup>. Cuando los viajeros hacen referencia a la vegetación de ciertas islas deshabitadas, por ejemplo, no resulta fácil distinguir entre vegetación natural y cultivos<sup>92</sup>. Por otro lado, en el propio léxico, se solapan cobertura vegetal y morfología terrestre. En la *Emba-*

<sup>90</sup> Nos ocupamos en este apartado tanto de la vegetación y de los espacios cubiertos por ella como de las tierras desnudas, los desiertos. Por ello, en el léxico de la vegetación, se dedicará un breve subapartado con las voces relativas a las tierras yermas.

<sup>91</sup> La interesante gradación semántica de estos términos se puede observar en el apartado sobre el léxico de la vegetación.

<sup>92</sup> Según Deluz (1988: 158-159), sorprende también en Mandeville la ausencia de distinción entre vegetación virgen y plantas cultivadas –al igual que entre fauna salvaje y animales domésticos– y señala que no es fácil trazar la línea de separación entre hábitat natural y hábitat resultante de las actividades humanas, particularmente en las descripciones de las islas. Mandevilla emplea continuamente el verbo *crecer* para la vegetación en general, sin precisar la intervención o no del hombre.

jada a Tamorlán, sobre todo, aparecen continuas menciones a la vegetación, estrechamente relacionadas con las formas del relieve: *campos, montes y montañas* designan tanto el perfil de la tierra como su manto vegetal.

Las noticias sobre la naturaleza virgen se reducen prácticamente a los bosques<sup>93</sup> pero no se ofrecen precisiones sobre las especies de árboles o vegetales que los pueblan, excepto de tarde en tarde. En Ibiza, por ejemplo, Clavijo se refiere a los «montes baxos e pinares» que cubren las montañas de la isla. En una ocasión, Tafur menciona un bosque de cedros, a los que compara con el laurel, árbol familiar a los receptores de su relato: «é de allí me mostraron el monte de Líbano, que es todo él arboleda de çedros, que paresçen laureles» (AV: 65). Y, pese a que tampoco en *El Victorial* se suele precisar el tipo de arbolado de las regiones boscosas, una vez se habla de «un monte abierto de enzinas» (VIC: 302) y otra vez se alude al tupido palmeral del oasis de Tafilet:

E cerca de allí es la çivdad de Tafileth, donde es el Azachf. Éste es un monte de palmas que dura ocho leguas, tan espeso como un pinar espeso. (VIC: 294)

Sin embargo, poco más sabemos por los relatores sobre estos bosques. Mientras que Clavijo nunca evoca su aspecto, Tafur recuerda el carácter inhóspito e impenetrable del Bosque de Bohemia que es «muy alto é muy espeso» y «paresçe que sea como muro» (AV: 271). El viajero hace hincapié en la importancia de los caminos que permiten cruzarlo pues este bosque «non se podríe cavalgar nin aun á pie andar, sinon por los caminos ordenados» (AV: 271). Díaz de Games suele interesarse por la fauna que puebla los lugares boscosos. Del oasis menciona los animales que lo habitan –búfalos, camellos, gacelas, leones, avestruces y puercoespinas (VIC: 294) –; en el Norte de África se refiere a un bosque poblado por simios (VIC: 294); y, en

<sup>93</sup> Durante el largo recorrido asiático, Clavijo no menciona la presencia de bosques en las montañas pero, en cambio, señala de continuo su ausencia: «sierra muy alta, rasa, sin montes» o «montañas altas, rasas, sin montes».

otras ocasiones, sabremos que los bosques abundan en venado (VIC: 392).

Espacios todavía vírgenes –pero ya más próximos al hombre– son los que describe el Marqués de Tarifa. Las fortalezas de Pavía y de Milán se encuentran rodeadas por bosques donde los grandes señores crían animales, probablemente para la caza. En Pavía hay «vn bosque cercado que tiene a la redonda doze millas, que tenía saluaginas y muchas aves y liebres y sembrauan dentro el heno para dirlles a comer en el ynuierno» (VJ: 190). Estos bosques, explotados por el hombre, generan beneficios para sus propietarios, y el marqués –terrateniente y gestor de grandes territorios– registra sistemáticamente estos datos económicos en su relato. Del bosque de Pavía nos dice que produce unas rentas de doce mil ducados y el viajero precisa que la ciudad de Milán «tiene vn bosque que dura cinco millas, donde los Duques de Milán tenían saluajinas, agora es del Alcayde y réntale siete mill ducados» (VJ: 194).

En Lombardía, el noble sevillano insiste en la omnipresencia de arbolado (VJ: 190) y describe una vegetación que llega hasta las puertas de la capital con «árboles y praderías, que se siembran, que nc ay vazío sino los caminos» (VJ: 194).

Otra referencia a la vegetación asilvestrada, la encontramos en las menciones de las viñas abandonadas, que llaman la atención tanto a Clavijo como a Tafur:

E toda esta tierra de Traspisonda que es a la marina era de muy altas sierras, de montañas de árboles muy altos; *e en cada árbol estaba una parras, e d'estas parras fazían vino, e nunca las labran.* (ET: 353)

fuemos á ver la ysla, la qual a en torno diez é ocho millas; ay muchos conejos, *é toda ella es de viñas, salvo que están todas perdidas.* (AV: 135)

Ei el Monte Ararat, los embajadores observan la presencia de algunas plantas silvestres como el centeno borde y el mastuerzo. La abundancia de agua propicia, además, el crecimiento de carrizos, gnmíneas propias de terrenos pantanosos:

E en ella avía nascido mucho centeno, que se nasció ello de cada año, como si fuera sembrado, pero era vano, que no granaba. E otrosí avía

nascido mucho mestuerço, como si lo sembraran. [...] E ante la dicha puebla avía un grand llano en que avía muchos almarjales de agua e grandes carrizales e muchas fuentes (ET: 192)

Hay que señalar que sólo la *Embajada* aporta noticias precisas sobre las especies silvestres de las tierras recorridas. Díaz de Games y Gómez de Santisteban se limitan a designar mediante el término genérico «yerbas» cualquier planta silvestre de pequeñas dimensiones así como el pasto para el ganado.

Si bien es verdad que la vegetación virgen ocupa un espacio limitado en los relatos, cabe destacar que en ningún caso está connotada negativamente; nunca aparece como un *locus horribilis*, aspecto que presentaba en muchos otros textos medievales anteriores, sobre todo literarios<sup>94</sup>. En nuestro corpus, contrariamente a lo que ocurría con algunas referencias al relieve o al mar, el bosque no se relaciona con la dificultad, el peligro o la muerte porque, por un lado, se observa siempre desde lejos y no se atraviesa –salvo «por los caminos ordenados» (AV: 271)– y porque, por otro, el hombre del Cuatrocientos ha adquirido ya cierta familiaridad con este medio<sup>95</sup>.

### 3.6.2. Los cultivos

Frente a las referencias a espacios ocupados por la vegetación silvestre, revisten mayor importancia en nuestros relatos las descripciones de espacios dedicados a la agricultura pues los viajeros describen las tierras cultivadas, tanto en el exterior de las ciudades como en su interior. Le Goff (1980: 105-107) se refiere al cinturón vegetal que rodea pueblos y ciudades en la Edad Media y recuerda que huertas y viñedos –espacios donde la naturaleza aparece domada y ordenada– son signo de presencia humana y acompañan siempre los lugares de vida del hombre. La relación entre ciudad y naturaleza se manifiesta en los textos como un contacto benéfico, con descripciones en las que la vegetación y los cursos de agua realzan el núcleo urbano:

<sup>94</sup> Para la visión medieval del bosque como espacio ligado a las penalidades, al sufrimiento y como territorio privilegiado para el retiro religioso, véase Le Goff (1985b).

<sup>95</sup> Remitimos a las interesantes páginas de Zumthor (1993: 64-68) que presentan la evolución de la visión del bosque en la Edad Media.

E tantas son estas huertas e viñas que acerca de la ciudat son, que cuando omne llega a la ciudat no paresce sino una montaña de muy altos árboles, e la ciudat, asentada en medio. (ET: 311)

Otro día juebes, [...] fueron en una ciudat que se llama Quix; la cual ciudat estaba en un llano, e por todas partes d'ella le pasan muchos arroyos e acequias de agua; e avía muchas huertas e casas alderredor d'ella. (ET: 245)

En *El Victorial*, la confluencia entre aglomeración urbana y vegetación aparece en un entorno musulmán, en la descripción de la huerta que rodea la ciudad de Túnez:

La huerta de Túnez non ay otra tal en el mundo que en nuestra memoria sea. Ay en ella treynta mill torres; cada una torre, con su heredad, á de dar al rey cada torno de luna una dobla de oro. La tierra, e las comarcas de al derredor, es la más virtuosa e más abastada del mundo. (VIC: 294)

Si embargo, la vegetación se descubre también intramuros en forma deviñedos, campos de cereales, olivares, frutales, huertos y jardines pues en la Edad Media, la ciudad está salpicada de jardines y huertos, destinados al ocio, al recogimiento espiritual o al sustento. La descripción de Gaeta, en la *Embajada*, deja ver una ciudad rodeada por unmarco de verdor y cuajada, en su interior, de espacios cultivados:

E esta dicha ciudad de Gaeta e el puerto d'ella es bien hermoso; e luego, en la entrada del puerto, es angosto, e dentro, más ancho; e es cerrado todo en derredor de altas sierras en que ha castillos e *tierras* e casas bien hermosas e *muchas huertas*. [...] E luego de la cerca de la ciudat, comienza otra que va una grant pieça junto con el mar. *E dentro d'esta cerca*, está un otero alto que es cerrado de dos partes del mar, e es poblada de *muchas viñas e huertas e olivares*. E entre este otero e la cerca que va junta con el mar, va una calle poblada de muchas casas e tiendas. [...] *E dentro desta cerca es poblado de muchas hermosas huertas e casas e açoteas, e de muchos naranjales a limonares e cedral's e de viñas e olivas, que parece muy hermoso de ver.* (ET: 86-88)

Y de Constantinopla los embajadores recuerdan igualmente los espacios intramuros dedicados a la agricultura<sup>96</sup>:

E comoquiera que la ciudat sea grande e de grand cerca, no es tan bien poblada, ca en medio d'ella ha muchos oteros e valles en que ha labranças de panes e viñas e muchos huertos; e do están estas dichas uertas, ay casas como a barrios; e esto es en medio de la ciudat. (ET: 142-143)

Entre todos los textos del corpus, la *Embajada* sobresale por sus descripciones detalladas y precisas de las tierras cultivadas que, amén de la riqueza de datos que presentan, permiten la visualización del paisaje:

entraron en un valle muy poblado de aldeas e de muchas huertas e viñas; e era tierra caliente e bien fermosa, que es tierra muy temprada de frutas, que avía muchas. E por medio d'ella, entre estas huertas e aldeas, anduvieron cuatro jornadas; e, a cabo de las cuatro jornadas, llegaron a unos grandes llanos en que avía asaz lugares poblados. E en estos campos avía mucho arroz sembrado e escanda e mijo. E d'esta tierra se abastecen muchas tierras de arroz; e no se coge aquí trigo ni cevada; e d'este arroz a aquí tanto, que lo dan a los caballos. (ET: 334)

El afán de precisión informativa lleva a los embajadores a consignar en este pasaje tanto los cereales que se cultivan en las tierras recorridas como los que no crecen en ellas. El arroz, la escanda y el mijo – propios de tierras húmedas – excluyen la presencia de cereales típicos de tierras de secano como el trigo y la cebada.

Recurrente en la *Embajada* es la referencia a la fertilidad de las tierras. De Samarcanda se dice que «es tierra muy abastada de todas cosas, así de pan como de vino e carne e frutas e aves» (ET: 311). Del conjunto de las descripciones de Clavijo se desprende una impresión de abundancia que se transmite mediante el recurso al poli-

<sup>96</sup> Jehel y Racinet (1996: 119-120) destacan la idealización poética de los jardines de Constantinopla ya en época de Carlomagno y aluden a las vastas extensiones cultivadas tanto en el interior de esta ciudad como en la vecina Pera. Ésta, nos dicen los historiadores, se encuentra cubierta de cultivos, viñas y jardines que rodean las residencias de los ricos comerciantes genoveses instalados allí desde finales del siglo XIII.

síndeton –«E dentro desta cerca es poblado de muchas fermosas huertas e casas e açoteas, e de muchos naranjales e limonares e cedral's e de viñas e olivas» (ET: 88)– y mediante la hipérbole cuantitativa con la repetición de *muchos-as* y *muy*: «[e] por estos llanos avía *muchos* panes sembrados que se regavan, e *muchas* viñas e *muchos* algodones e *muchos* melones e *muy* grandes arboledas de frutales» (ET: 245).

La fertilidad de las tierras depende en buena medida de la presencia de agua para el riego, y la relación entre agua y cultivos es señalada a lo largo de todo el texto:

E otro día, martes, fueron durmir en Chaustanten; e estaba en un llano, e en él avía muchas huertas e viñas e muchos árboles e frutas. De una montaña que encima d'este lugar estaba, descendían muchas aguas de que se regavan estas dichas huertas e viñas. (ET: 198)

El trabajo esmerado del hombre se entrevé por las referencias a las *tierras labradas* o *sembradas* como en Calabria, donde la tierra aparece «labrada e sembrada de panes, e muchas huertas e viñas» (ET: 93).

En la *Embajada*, no obstante, estas tierras cultivadas y fértiles no constituyen espacios exclusivamente utilitarios: los elogios que despiertan dejan translucir, más allá de su función como fuente de alimento, su importante valor estético a los ojos de los viajeros. Éstos expresan a menudo el placer que produce la visión de una naturaleza organizada y, particularmente, de esta forma perfecta del paisaje, la huerta, calificada de *fermosa*, una y otra vez, desde Málaga hasta Samarcanda<sup>97</sup>:

E de fuera de la ciudat ha muchas casas e huertas muy *fermosas*, e muchas cidras e limas e limones e otras muchas frutas (ET: 99); En la noche fueron durmir en el campo; e lo más del camino que este día anduvieron, fue entre huertas e viñas e aguas que duravan mucho; e el cami-

<sup>97</sup> Véase Carrizo (1992: 82-84; 1997: 52-55) y López Estrada (1943: CCXXII-CCXXV; 1999: 82-83, nota 17) para la importancia que revisiten las huertas en el paisaje descrito por los embajadores.

no era llano, e parecía *muy fermoso* de andar entre estas dichas huertas. (ET: 199)

Aparece, pues, un interés por la agricultura en la que ésta se asocia con la fertilidad, la abundancia, la presencia de agua, el trabajo del hombre y, sobre todo, la belleza: la hermosura de las tierras cultivadas y la presencia de agua serán dos elementos que nos remiten al topos del «vergel paradisíaco» –como lo llama Carrizo Rueda<sup>98</sup>– y que desempeñan también un papel fundamental en el mundo musulmán<sup>99</sup>. Efectivamente, en los relatos de viajeros árabes medievales –las *rihlas*–, menudeaban las referencias a los cultivos, caracterizados por los mismos rasgos que en la *Embajada*, y en estos relatos se manifiestaba igualmente una verdadera fascinación por la belleza de las tierras cultivadas. Las «huertas» de Samarcanda –a las que dedicamos un análisis más detallado en la segunda parte de este apartado– constituyen en la *Embajada* los compendios por excelencia de todas estas bondades. La insistencia en la fertilidad de las tierras cultivadas tiene en todos nuestros textos un carácter no sólo informativo sino también persuasivo pues se manifiesta en ellos una marcada voluntad de presentar –a través de la vegetación– la bondad y la belleza del mundo.

Tafur también contempla los cultivos con un claro objetivo laudatorio: elogia, por ejemplo, la ciudad de Málaga de la que «de huertas é frutas non cabe dezir» (AV: 9). Sin embargo, su mirada parece más materialista y pragmática que la de Clavijo: el andaluz observa constantemente la fertilidad y la productividad de la tierra que es calificada de *buena*, *gruessa*, *abundosa* o *abastada*. De Pisa a Florencia recorre «muy buena tierra de lavor y de pan» (AV: 16); en Ferrara

<sup>98</sup> Carrizo Rueda (1992: 84) señala que prefiere denominar al tópico que marca estas páginas de la *Embajada* «vergel paradisíaco» más que *locus amœnus*. Por un lado, si bien están continuamente presentes el agua y la vegetación, faltan, para configurar el topó, el canto de los pájaros, la brisa y las flores. Por otro lado, se evitan así las connotaciones clásicas y renacentistas del término *locus amœnus*.

<sup>99</sup> Martínez Crespo (1990: 78-79) demuestra la importancia del paisaje en las obras de los viajeros musulmanes y pone de relieve, particularmente, la omnipresencia de comentarios sobre la vegetación y la agricultura.

describe una «tierra muy gruessa de lavor, é entorno de muchas huertas de todas frutas» (AV: 223); la isla de Rodas «es abundosa reasonablemente de pan é vino, é de jardines» (AV: 49-50); y en Modón hay «muchas huertas de todas frutas é tierra muy abastada á modo del Andaluçía» (AV: 45).

Si Tafur se complace en observar esta fecundidad, no deja de hacer referencia a los territorios yermos como cuando compara la aridez de Turquía a la fertilidad de Grecia:

la Turquía es muy grant tierra, pero muy estérile é mal poblada é mota-ñosa; la Greçia, que ellos tienen ocupada, es tierra llana é abundosa, aunque agora mal poblada por las guerras, (AV: 156)

Y, en Brujas, señala que la tierra infecunda aboca a la población a las actividades comerciales:

La gente es muy industriosa á maravilla, que la esterilidat de la tierra lo faze, que en la tierra nasce muy poco pan é vino non ninguno, é non ay agua que de bever sea, nin fruta ninguna, é de todo el mundo les traen todas las cosas, é an grande abastamiento dellas, por levar las obras de sus manos; (AV: 252)

De modo parecido, el Marqués de Tarifa se fija en la rudeza del relieve y la esterilidad de la tierra en las inmediaciones de Génova: «[t]odo alderredor es muy áspero, que las huertas hazen sobre peña [...] La tierra es estéril, que todo se trae de fuera [...]» (VJ: 336-338).

En Tierra Santa, el noble sevillano se refiere a las fértiles tierras que rodean Jerusalén, en las que la escasez de agua, sin embargo, dificulta la agricultura y permite solamente el crecimiento de árboles de secano y palmeras:

La tierra parescía muy buena para todo lo que della se quisiesen aprouechar y el camino muy llano, saluo que hera faltó de agua. [...] Toda esta tierra desde Jafa a Jerusalén es muy buena si oviesse agua y por mengua della no ay árbol sino desequero y muchas palmas. (VJ: 220)

Es, sin embargo, en las descripciones de las tierras lombardas donde verdaderamente se individualiza la visión de don Fadrique sobre la

vegetación. No hay que olvidar que el marqués es señor de extensas propiedades agrícolas y que goza del monopolio del aceite en los obispados de Sevilla y Cádiz (Beltran 2001: 130). Por ello se muestra personalmente interesado por las labores del campo y compara las faenas de los lombardos a las de los musulmanes, que a menudo se dedicaban a actividades agrícolas en tierras andaluzas:

Toda la tierra deste Ducado es de muchas aguas y todos los más de Lombardía son en el labrar de la tierra como los moros, poco y bien hecho, y lo más se lleuan los señores, que los señores es gente muy miserable. Estercolan cada año la tirra (*sic*) y las semillas siembran cada año y el trigo en vna tierra vn año y en otra otro, el año que la siembran danle cinco hierros y el año que no quatro, lo mesmo es en Piamonte, porque la tierra es de la misma manera. (VJ: 194)

Las precisiones sobre el abono, la siembra o la práctica del barbecho dejan ver a un personaje directamente implicado en la explotación y productividad de las tierras. A orillas del Mar Muerto, el marqués menciona la producción de «betún» –el asfalto– del que destaca la utilidad para combatir el pulgón de la viña (VJ: 242). Y, a lo largo de todo su *Viaje*, da cuenta de las actividades derivadas de la agricultura como la fabricación de aceite (VJ: 174) o el majamiento del cáñamo (VJ: 188).

En el recorrido asiático, también Clavijo relaciona el modo de vida de los pueblos que encuentra a su paso con sus labores agrícolas. De los nómadas, por ejemplo, observará que:

E en verano van a do están las aguas e siembran sus panes a algodones e melones, que an los más e mayores que creo que en el mundo son. Otros siembran mijo mucho, que lo comen ellos cozido con leche; e en ivierno vanse a los lugares calientes. (ET: 233)

E incluso a través de las referencias a las prácticas agrícolas, el relator de la *Emabajada* consigue ofrecer un documento vivo y, sobre todo, actual, propio de la crónica. Clavijo cuenta que Tamorlán –deseoso de embellecer la capital de su imperio– repuebla la ciudad de Samarcanda con los mejores artesanos de todas las tierras que ha conseguido someter. Estas gentes, nos dice, llegan a la ciudad con

sus propias costumbres e implantan nuevos cultivos en la zona pues «sembraron cáñamo e lino, que lo nunca ovo en esta tierra hasta agora» (ET: 312).

S los detalles sobre los árboles que componen el bosque y sobre la naturaleza de las plantas silvestres escasean en nuestro corpus, tampoco los viajeros se muestran mucho más pródigos cuando se trata de particularizar los cultivos de las tierras recorridas. Sólo los embajadores ofrecen gran cantidad de datos: hablan de la vid y el olivo; entre los cereales, mencionan el arroz, el centeno, la cebada, la escaída, el mijo y el trigo; de los frutales se interesan particularmente por los cítricos (cidras, limas, limones, naranjas) mientras que de las demás frutas sólo se refieren a los melones<sup>100</sup>. La abundancia de éstos en el corazón de Asia les produce tal sorpresa que en numerosas ocasiones elogian su calidad y dan noticias sobre su cultivo, transporte, conservación y consumo:

los melones d'esta tierra son muchos e buenos, e por Navidat ay tantos melones e ubas que es maravilla; e de cada día vienen muchos gamellos cargados de melones, e tantos que es maravilla como se gastan e comen; e en las aldeas ay tantos d'ellos, que los pasan e fazen como de los figos, que los tienen de un año a otro. E pásanlos d'esta manera: córtanlos al tráves pedaços grandes, e quítanles las cortezas e pónenlas al sol; e desque son secos, tuércenlos unos con otros e métenlos en unas seras e allí los tienen de año en año. (ET: 311)

En la nómina de los cultivos mencionados por los embajadores hay que añadir, además, el cáñamo, el lino y el algodón. El objetivo de la *Embajada* de recabar información de todo tipo sobre las tierras recorridas se materializa aquí con los datos que los embajadores recogen sobre las actividades agrícolas.

La relativa abundancia de voces que en la *Embajada* designan los cultivos contrasta con la franca pobreza de los demás textos del corpus. En las *Andanças e Viajes*, el relator se limita a mencionar los

<sup>100</sup> Nos limitamos aquí, al igual que en el léxico, a los vegetales que aparecen como componentes del paisaje; por ello no tenemos en cuenta otras plantas o frutos a los que los viajeros se refieren simplemente como alimento o producto de comercio (las especias, por ejemplo).

azucarales, los dátiles, el trigo y la viña. En *El Victorial* hay referencias a los dátiles –aunque solamente en el episodio de la huida a Egipto–, las mieses, el trigo y el vino. En el *Viaje a Jerusalén*, aparece el cáñamo, la viña y el trigo. En el *Libro del infante don Pedro de Portugal* no se hace alusión alguna a los cultivos. Árbol, frutal y fruta funcionan sistemáticamente como hiperónimos, y los espacios destinados a los cultivos (*arriate, jardín, huerto, huerta, vergel, vega, labranza, tierra de labor, campiña, campo*) parecen suficientemente evocadores para no necesitar mayores precisiones; en este sentido, Tafur habla, por ejemplo, de «huertas de todas frutas».

### 3.6.3. Imágenes de la vegetación

En el ámbito la vegetación, tres espacios destacan en nuestros relatos: las huertas de Samarcanda, ante las que los embajadores expresan su mayor fascinación; el jardín de Sérifontaine en *El Victorial*, ámbito cortesano que encuentra su lugar en el relato de viajes; y, finalmente, el medio carente de vegetación, el desierto, que los viajeros descubren en sus periplos.

#### 3.6.3.1. Las huertas de Samarcanda

A caballo entre las grandes extensiones cultivadas de cereales, frutales, olivos o viñas, destinadas prioritariamente a la alimentación, y el jardín del mundo cortés, pintado por Díaz de Games, aparecen las huertas de Samarcanda. Ya hemos vislumbrado, en las primeras páginas de este apartado, algunos rasgos generales propios de las huertas descritas por los embajadores. No obstante, el interés y el entusiasmo que los viajeros manifiestan por estos espacios a su llegada a tierras asiáticas merecen una atención detenida.

A falta de vocablo más preciso, los embajadores denominarán «huertas» a los vastos parques de los alrededores de Samarcanda, grandes extensiones cultivadas con fines utilitarios pero también recreativos. Las descripciones de dichos espacios evocan de inmediato los jardines de las miniaturas persas. Se trata de parques que tienen nombre propio –Delicuxan (ET: 264), Beheguinar (ET: 264), Bagueño (ET: 267), Talicia (ET: 255), etc.– en los que tienen instaladas sus residencias tanto Tamorlán como sus esposas y los grandes señores de su corte. Rodeados de tapias –lo que refleja la tradicional imagen

de «hortus conclusus» (ET: 254)– se accede a ellos a través de hermíssas puertas adornadas de mosaicos, como las que todavía hoy se pueden admirar en la ciudad de Samarcanda: «[e] esta huerta avía una portada muy grande e alta e fermosa e fecha de ladrillo, labrada de azulejos e de azul e de oro, a muchas maneras» (ET: 265). La magnitud de estos terrenos llama la atención de los embajadores:

E esta huerta es *grande* mucho, (ET: 265); E esta huerta era *tan grande* que podía estar en ella mucha gente aposentada en tiempo de verano con grand deleite, cerca de agua e sombra de aquellos árboles. (ET: 248)

Fití reflejo de las técnicas de aprovechamiento de los recursos hídrico en las que la civilización islámica siempre ha despuntado, en el interior de los parques se encuentran depósitos y estanques, destinando tanto al almacenamiento del agua y al riego como al recreo. Un complejo sistema de calles, pasarelas y canales los comunican unos con otros, organizando el espacio. En la huerta de Talicia:

avía seis alvercas de agua, e por medio d'ella iva un grand calze de agua que la atravesava toda. E d'estas alvercas de agua, ivan unas como calles, de una a otra. E avía árboles grandes e muy altos que fazían muy grand sombra. E por medio d'estas calles e árboles, ivan unos andanes que travesavan toda la huerta. E en medio d'esta dicha huerta, estaba un cerro alto de tierra que fue echada a mano allí en derredor de vergas de madera; e d'estas calles ivan otras, como comarcadas, que se podrian bien andar por ellas e mirar toda la huerta. (ET: 254)

También encuentran su lugar en estos parques toda clase de suntuosas construcciones fijas, como residencias y palacios:

E en medio d'él, estavan unos fermosos palacios, con sus cumplimientos de cámaras muy ricamente obrados, de obra de oro e de azul, e sus alisares labrados de azulejos. E este cerro en que esta casa estava, era cercado de unas cabas muy fondas, e que eran llenas de aguas; e todavía caían en ellas un grand caño de agua. E para subir a este otero onde esta casa estaba, avía dos puertas, una a la una parte, e otra, a la otra; e después de las puertas pasadas, estavan dos puertas, e luego una escalera por do subían encima al dicho cerro, tanto que esta casa era como fortaleza. (ET: 254)

En las huertas se disponen a menudo pabellones, tiendas y doseles de telas preciosas, bajo los que se instalan los señores y sus huéspedes<sup>101</sup>:

E en esta huerta avía muchas tiendas armadas e sombras de tapete colorado e otros paños de seda e de otras muchos color's, d'ellas entretalladas e de otras maneras llanas. (ET: 265)

Espacios destinados a la vez al sustento y al ocio, en ellos crecen tanto árboles frutales como árboles decorativos:

E en ella avía muchos árboles frutales de muchas maneras, salvo cidras e limas [...] E avía árboles grandes e muy altos que fazían muy grand sombra [ET: 254]; E esta huerta es grande mucho, e en ella avía muchos árboles frutal's e de otros que fazían sombra (ET: 265); E junto con las tapias, e era cercada toda en derredor de unos árboles altos que parescían muy fermosos. (ET: 255)

Los animales viven en ellos para el recreo del hombre pues hay elefantes y «ciervos qu'el Señor fezo allí echar a mano, e muchos faisanes» (ET: 254).

Y, por supuesto, la conjunción de este haz de elementos no puede dejar de producir un inmenso placer:

E esta huerta era tan grande que podía estar en ella mucha gente aposentada en tiempo de verano con grand deleite, cerca de agua e sombra de aquellos árboles. (ET: 248)

Las descripciones de las huertas están connotadas de manera positiva –sugiriendo descanso, saciedad y frescor– y el abundante uso de *muy, mucho* y *grande* contribuye a la hipérbole cuantitativa que permea el texto de los embajadores.

---

<sup>101</sup> El análisis de un fragmento sobre las tiendas del campamento timurida puede encontrarse en el apartado 6.2.1.1. («Verbalizar el espacio», «Tratamiento lineal del espacio») donde se estudian los recursos utilizados por los embajadores para verbalizar el espacio.

### 3.6.3.2. El jardín de Sérifontaine

Durante una pausa invernal en sus campañas atlánticas, Pero Niño se establece en Ruán y allí es invitado por el ya anciano almirante Renaud de Trie a su cercana mansión de Sérifontaine. Una estancia de tres días en este lugar permitirá a Díaz de Games pintar una serie de estampas –de miniaturas, casi– sobre la vida cotidiana cortesana, que transcurre en un marco natural fuertemente idealizado.

La descripción del exterior de la mansión nos abre la puerta a las delicias del *locus amoenus*: «[p]asava por delante de la casa un río, en que avía muchas arboledas, e graçiosos jardines» (VIC: 392). Situado alrededor de la residencia, el parque cuenta con un estanque –que asegura la presencia de pescado en la mesa del almirante– y en él se encuentran también la perrera –con casi cincuenta canes destinados a las actividades de caza– y los caballos. Los bosques de las proximidades abundan en toda clase de venado. La naturaleza –con el agua, los jardines, los animales y los bosques– parece estar al servicio del hombre.

La descripción que Díaz de Games nos brinda sobre la rutina diaria de la joven esposa del almirante permite distinguir distintos espacios naturales en los alrededores de Sérifontaine. En primer lugar, el bosque, próximo a la residencia –y, por lo tanto, humanizado y amable– en el que la señora se recoge con sus damas para los rezos matinales:

Levantávase la señora de mañana, con sus damiselas, e ývase a un bosque que hera cerca dende, e cada una un libro de oras, e sus cuentas. E sentávanse apartadas, e rezavan sus oras, que non fablavan mote mientra que rezavan. E después, cogiendo floretas e violetas, ansí se venían al palazio; e yvan a su capilla, e oýan misa rezada. (VIC: 393)

Después del desayuno, la señora y su séquito cabalgan, acompañados de caballeros y gentilhombres, por otro espacio, el campo, donde todos ellos se dedican a realizar «chapeletes de verdura» y a cantar. Por la tarde, las orillas del río les invitan a la práctica de la cetrería y se dirigen después a un nuevo espacio, el prado: «[d]espués que la ribera hera corrida, descendía madama e toda la gente en un prado» (VIC: 395); allí comen, antes de regresar a la mansión. En verano, luego de la cena, la vida en el exterior continúa pues «salía madama

a los campos, a folgar, a pie, e jugavan la bolla fasta que hera noche, e bolvían a la sala con entorchas» (VIC: 395).

En el jardín de Sérifontaine se colman todos los sentidos: la vista, por la belleza del lugar; el oído, por las canciones que entonan damas y caballeros; el gusto, por los manjares que se ofrece a los comensales; y, finalmente, el perfume de las violetas que las damas recogen en su paseo matinal es agradable al olfato. Este jardín representa un lugar de goce sensual, recreo y espiritualidad. Pero se trata también del lugar de intimidad, propicio para el encuentro –sólo sugerido en *El Victorial*– del caballero con su amada.

En un relato en el que las alusiones a la vegetación no merecen más que unas breves líneas para esbozar rápidamente el paisaje, la pintura detallista de Sérifontaine añade una faceta original al prisma de imágenes que los libros de viajes nos brindan sobre la vegetación. Cabe observar, además, que si las huertas orientales en la *Embajada* rozan lo maravilloso, las elogiosas palabras de Díaz de Games nos permiten afirmar que el relator presenta también Sérifontaine con claros tintes de maravilla: «[y]o vos digo que quien aquello vio [querría que] siempre durase, non querría otra gloria» (VIC: 394)<sup>102</sup>.

### 3.6.3.3. El desierto

En el desierto, morfología de la tierra, clima y ausencia de vegetación confluyen para dar lugar a un espacio que encarna el *locus horribilis* y que se opone así radicalmente a los espacios cultivados, a las huertas o a la naturaleza idealizada que rodea Sérifontaine. Sin embargo, lo que caracteriza verdaderamente al desierto en la Edad Media es la ausencia de vida humana: dos de los términos con los que se lo designa en nuestros textos –*yermo* y *desierto*– significan respectivamente, todavía hoy, 'terreno inhabitado' y 'lugar despoblado' (DRAE).

En el Medioevo, el desierto se inserta en una larga tradición que hunde sus raíces en las Escrituras Sagradas y se presenta con dos facetas: como espacio de prueba y maldición –territorio de los ex-

<sup>102</sup> En su artículo dedicado a la imagen de Francia en *El Victorial*, Cirlot (1989: 133) afirma que «en la primera mitad del siglo XV [...] Francia es desde la mirada española el espacio de lo maravilloso».

cluidos, los fugitivos y los animales salvajes— o como espacio de soledad, que favorece la privación, el ascetismo y la espiritualidad<sup>103</sup>. Como lugar de ascesis lo evoca Gómez de Santisteban —con la mención del retiro de Jesucristo (DP: 16)— y también Pero Tafur:

Los pelegrinos avían de bolver aquella noche á dormir á Gericó, é otro dia á la Quarentena, donde Nuestro Señor ayunó. É yo rogué á un moro que me pasase al desierto de Arabia, que está aí junto quanto tres leguas, á donde Sant Juan andava predicando é allí fizó su vida Sant Anton el primer hermitaño é otros Santos Padres; (AV: 60)

Díaz de Games recoge referencias al desierto relacionadas con la Historia Sagrada —la huida a Egipto, por ejemplo, endurecida por los rigores del calor y la falta de agua—, que se insertan en el relato general a modo de breves narraciones. El Marqués de Tarifa, en cambio, no hace ninguna mención del desierto pese a la frecuencia con la que este espacio aparece en los relatos de peregrinación.

Tres de nuestros textos ponen de relieve la experiencia vivida en tierras desiérticas. Aunque puedan recurrir a ciertas imágenes y comparaciones que hacen pensar en la existencia de un espacio estereotipado, los embajadores, Pero Tafur y Gómez de Santisteban consiguen relatar sus vivencias en este medio, relacionándolas más con dificultades prácticas que con la Historia Sagrada o la mística<sup>104</sup>.

La travesía del desierto, junto con la travesía marítima, supone para el viajero una de las facetas más duras y peligrosas del periplo. Tres suelen ser las dificultades evocadas: los rigores del clima, la falta de puntos de referencia y la ausencia de vida humana (Gomez-Géraud 2000b: 153-155). Ya hemos visto que las adversidades climáticas —principalmente viento y calor— acrecientan los trabajos y sufrimientos de los viajeros e incluso inspiran imágenes que evocan el propio Infierno: en la *Embajada*, el viento es tal que parece fuego (ET: 239), parece que arde (ET: 225) o que sale del Infierno (ET: 219).

<sup>103</sup> Para una visión sobre la percepción del desierto en la Edad Media, véase el extenso y documentado artículo de Lecoq (2000).

<sup>104</sup> En el caso de Gómez de Santisteban, se trata, evidentemente, de una experiencia en la ficción.

Contrariamente a la plenitud que reflejaban las descripciones de cultivos, huertas y jardines, la visión del desierto se forja a partir de imágenes de la negación – sobre todo en las *Andanças e Viajes* y en el *Libro del infante don Pedro* – que se traduce por frecuentes estructuras negativas (*no / ni / ningún*: «*no* ay en aquel desierto agua *ni* árboles»; «aquí *no* ay camino *ninguno*»), prefijos negativos (*des-*: el viento «*desfaze*» el camino) o un léxico que indica privación (el guía *yerra* la ruta, los viajeros *pierden* el camino, el viento *ciega* el camino, los hombres *mueren*). El propio término de *arenas muertas* con el que Tafur designa el desierto conlleva la idea de ausencia de vida.

El *Libro del infante don Pedro* menciona la escasez de lluvias en estos lugares (DP: 30) y tanto Clavijo como Díaz de Games relacionan explícitamente el desierto con un territorio de poca vegetación o carente de ella:

E no ay en aquel desierto agua ni árboles. (VIC: 201)

e miércoles siguiente partieron de aquí e entraron en otro yermo que duró cinco jornadas muy grandes, el cual era llano e de más aguas que el primero. E en lo más del camino avía monte baxo, e avía arenales e tierra muy caliente. (ET: 327)

La falta de vegetación y el viento ponen a estos «arenales» (ET) o a estas «arenas muertas» (AV) en constante movimiento lo que provoca la desaparición del camino y de todo punto de referencia:

y eneste camino & desierto no ay caminos que guiassen por mar ni por tierra: (DP: 49)

E como se muda el viento assi se leuanta el poluo tras el. (DP: 30)

aquí non ay camino ninguno, porque el viento lo desfaze é mueve las arenas de una parte á otra, é faze grandes alturas, é allí mueren aquellos que dixe, é como en la mar ansí navegan por el aguja; (AV: 92)

Es Clavijo, sin embargo, el que nos describe con minuciosidad la formación de las dunas, término éste inexistente todavía en el castellano de la época:

e entraron en el camino del yermo; el cual camino era unos grandes llanos de arenales, la cual arena movía el viento, por poco que fuese, de una parte a otra, e fazíala montón. E en este arenal avía grandes valles e oteros, e el viento mobía aquella arena de allí e desfazía aquellos cerros donde estavan fechos, e fazíalos en otra parte. E el arena menuda, de cómo la mobía el viento, quedava fecha ondas como de chamolote, e no podían los omnes tener los ojos en ella cuando el sol le dava. (ET: 326)

Los embajadores mencionan incluso el reflejo deslumbrante del sol sobre la arena que recuerda la experiencia de estos viajeros en el paisaje nevado, donde también caminaban cegados por la nieve y donde aludían igualmente a la ausencia de camino. Las dificultades para orientarse en el desierto precisan de la ayuda de un guía:

E este camino no le pueden andar sino con guía de omnes que lo saven por señales que tienen puestas; e estos tal's que los saven, estos caminos, a estos omnes llaman anchias. E con los dichos embaxadores fue uno d'estos omnes que los guiava, e erró asaz de veces en el camino. (ET: 326-327)

E el camino era por unos arenal's, e el viento levaba el arena de un lugar a otro e cegava el camino a los omnes. E este día perdieron el camino muchas veces; e el cavallero que los levaba hizo tornar por un omne a las dichas tiendas, que les mostrase el camino. (ET: 239)

Las «arenas muertas» se asemejan al mar (Gomez-Géraud 2000b: 153-154) y –al igual que ocurre durante la navegación– la brújula es un instrumento indispensable: «aquí non ay camino ninguno [...] é como en la mar ansí navegan por el aguja» (AV: 92).

Además, si cualquier tierra habitada –y la ciudad en especial– produce en el viajero un sentimiento de seguridad y dicha, la insistencia de los relatores en la falta de presencia humana refleja su profunda desazón:

nunca falla[ron] poblado ni gente: (DP: 49); atrauessamos vn desierto de fasta trezentas leguas que no auia [enel] poblado ninguno. (DP: 22); & atrauessamos [por] vn desierto de fasta dozentas leguas que no fallamos [ningun] poblado. (DP: 28); é desde Babylonia fasta el monte de Synay non ay poblado (AV: 92); avían de pasar una tierra despoblada que durava cincuenta leguas (ET: 229)

Este conjunto de características hace del desierto un espacio que engendra temores ancestrales relacionados con la leyenda. Tanto Tafur como Gómez de Santisteban mencionan la momificación de los que mueren en el desierto. El primero recoge, mediante el «dizen», lo que se cuenta sobre el fenómeno:

En estas arenas dizen que se faze la momia, que es carne de onbres que mueren allí, é con la gran sequedad non podresçen, mas consumiéndose aquél humido radical, queda la persona entera é seca, tal que se puede moler; (AV: 91-92)

Mientras que Santisteban, en cambio, asume su afirmación: «E alli se faze la carne momia que se falla ay» (DP: 30).

Como espacio de experiencias extremas –e impropio para la vida del hombre–, Gómez de Santisteban asocia el desierto al espacio poblado por animales nocivos o fabulosos:

Otro si nos ymos cada año a visitar el cuerpo del profeta Dauid: & ymos a babilonia sobre castillos hechos sobre elefantes. Esto es por razon que enel desierto ay muchas serpientes & dragones & algunos animales que tienen ocho cabeças. (DP: 53)

Este constituye el hábitat natural de una humanidad monstruosa:

& cerca destos son de otra manera que son hombres dela cinta arriba: & delo otro son como cauallo & comen carne(s) cruda(s) & traen arcos para caçar: & moran enlos desiertos como animales y hazen peleas con los sagitarios (DP: 52)

Relacionando el desierto con la presencia de una fauna peligrosa o mítica y presentándolo como hábitat de monstruos humanos, Gómez de Santisteban se inscribe de lleno en la percepción medieval de este medio, tal como lo describe Lecoq (2000: 32-84).

Destaca la ausencia de epítetos para calificar el desierto, espacio que se define –como hemos visto– por el movimiento de sus arenas, por los fenómenos climáticos extremos y, sobre todo, por las experiencias que allí viven los viajeros. Éstos recorren el desierto, en palabras de Tafur, con «muy grande trabajo é grande peligro» (AV:

91), como lo demuestra el que los caballos de los embajadores pierdan la vida en él (ET: 234).

### 3.6.4. Vegetación, religión y maravillas

El protagonismo positivo o negativo que cobran en distintos momentos de la Historia Sagrada algunos espacios naturales, árboles o incluso matorrales, los sacraliza o los anatematiza, convirtiéndolos así en objeto de veneración o de repulsa. Tafur peregrina al Huerto de los Olivos, «donde Nuestro Señor oró é donde fué preso» (AV: 63) y el Marqués de Tarifa menciona el huerto «adonde dizen que Nuestra Señora estuuuo aquella noche que Nuestro Señor estuuuo allí e oya lo que pasaua» (VJ: 226)<sup>105</sup>. En el escenario de la traición de Judas, el infante don Pedro y sus acompañantes observan la aridez de la tierra y su color, muestras de la reprobación sobrenatural de la que este espacio es objeto: «el lugar que [Judas] le dio paz que nunca nascio yerua: ni cayo poluo. & toda la tierra se torno como [de] color de sangre» (DP: 14).

También los árboles pueden ser benditos o malditos, según su papel en la Historia Sagrada. La palmera se inclina para dar sus frutos a la Virgen en el episodio de la huida a Egipto (VJ: 264), (DP: 11), (VIC: 201); camino de Belén, el Marqués de Tarifa ve un árbol junto al camino «adonde dizen que quando Nuestra Señora venía de Belén a Jerusalén reposauan allí» (VJ: 247); Tafur cita la higuera en la que se que ocultaron la Virgen y el Niño (AV: 86); y en el Monasterio del Monte Sión, muestran a Tafur «vna çarça como la de Moysén, que la raýz truxeron de allá» (VJ: 246). Frente a estos vegetales benéficos, el saúco y el algarrobo serán –según Tafur y Gómez de Santisteban respectivamente– los árboles malditos en los que se ahorcó Judas y ocuparán igualmente un lugar en el paisaje descrito en Tierra Santa.

A caballo entre religión y maravilla –y para señalar la maldición que pesa sobre las antiguas ciudades bíblicas de Sodoma y Gomorra–, Tafur menciona la particularidad de los árboles que cre-

<sup>105</sup> Es interesante observar que, en nuestros textos, la voz *huerto* aparece relacionada casi exclusivamente con la topografía de Tierra Santa (véase estudio léxico de la vegetación *s.v.*).

cen en sus tierras, cuyos frutos desprenden un humo hediondo al ser arrancados: «é en allegando los dedos á ella, por sotilmente que sea, luego se quiebra é sale humo della, é queda el olor malo todo el dia en la mano» (AV: 61). El *Libro del infante don Pedro* alude al mismo fenómeno, aunque el olor nauseabundo de los frutos se sustituye por un sabor amargo: «E alli fallamos las mas fermosas frutas que ay en el mundo mas tienen (de) dentro caruon molido & ceniza: & de que hombre toma [de] aquellas frutas llegando las ala boca son mas amargas que la hiel» (DP: 28).

A los frutos de aquellas tierras malditas se opone la prodigiosa fructificación de los árboles que crecen en el espacio mítico asociado al Paraíso. El infante don Pedro se desplaza para ver los dos perales que se cultivan en el supuesto emplazamiento del Edén, en tierras mesopotámicas:

& cada vno el año que mas lieua (lleua) quarenta peras & nunca mas ni menos. Y esto significa la sancta quarentena: y estas peras son etregadas al preste Juan: y [el] las [re]parte por todas sus provincias a los señores principales por confirmar los en la fe de [nuestro señor] Jesu christo: porque vean el milagro que en aquella fruta es: que en cada parte (que se parte) paresce [enella] el crucifijo & sancta maria con su hijo enlos braços (DP: 49)

El número de peras que produce el árbol, su destinatario privilegiado y la imagen que aparece en el interior del fruto cuando éste se corta prueban el valor sagrado de este vegetal.

Otro tipo de fructificación milagrosa que relata el mismo libro se produce en la lejana tumba de Santo Tomás, en la India<sup>106</sup>. En la vigilia de la fiesta del santo, las gentes del lugar:

toman vn sarmiento que aya muchos años que sea cortado & ponen lo en su mano desde hora de bisperas hasta la oracion [y] el sarmiento echa de si (tres) pampanos & cada pampano lleua tres razimos de agraz: & desde la oracion hasta maytines son estos agrazes en cierne. & desde maytines

<sup>106</sup> Tanto en la *Embajada* como en las *Andanças e Viajes* se incluyen también milagros atribuidos a Santo Tomás de los que no nos ocupamos aquí por no estar relacionados con elementos vegetales.

fasta missa vienen en maduracion y sacan dellos mosto y conello(s) celebra el preste Juan delas indias este dia. (DP: 46)

La leyenda del árbol seco de Tabriz –que decían que había de reverdecer cuando un obispo predicara en la ciudad la fe en Cristo– constituye un relato frecuente entre los viajeros medievales que se adentraban en tierras asiáticas<sup>107</sup>. La recogen los embajadores con toda la prudencia de la que suelen hacer gala frente a este tipo de noticias, mediante el recurso al «dizen»:

Onde esta ciudat, acerca de una plaça, está un árbol seco en la calle junto con una casa; e dizen que aquel árbol ha de tornar verde, e que en aquel tiempo a de ir a aquella ciudat un obispo cristiano e con mucha gente de cristianos, e que ha de levar una Cruz en la mano e que ha de convertir a los de aquella ciudat a la fe de lesu Christo. E dezían que lo dezía un moro caite que era como hermitaño. E diz que la gente d'esta ciudat, que ovo desto grand despecho, e que fueron a cortar aquel árbol e diéronle tres colpes con un destral, e los que ge los dieron, reventaron. [...] E este dicho árbol está oy en día allí, en aquella calle, que no osa ninguno llegar a él. (ET: 201)

También el huerto de la Materea –mencionado en muchos relatos de viajes medievales– representa un espacio próximo a lo maravilloso. A su paso por tierras egipcias, tanto Pero Tafur como don Pedro y su séquito visitan este jardín donde crece el árbol productor del bálsamo de Judea, resina muy apreciada desde la Antigüedad para los sahumerios y por sus propiedades medicinales<sup>108</sup>. En las noticias que se ofrecen sobre el árbol, se entremezclan elementos fantásticos y milagrosos. Gómez de Santisteban habla de su inmenso tronco que apenas puede ser rodeado por seis hombres. Tafur brinda detalles suplementarios y describe el huerto, el árbol y el modo de extraer su resina una vez al año. La plantación de nuevos brotes sólo es posible gra-

<sup>107</sup> Hablan de él, Marco Polo y Fray Odorico de Pordenone, entre otros.

<sup>108</sup> A esta resina aluden ya Solino, Tácito, Plinio y también San Isidoro en sus *Etimologías* (XVII, 14). Mandevilla (2001: 96-98) dedica un largo apartado a la descripción del árbol que la produce, el lugar donde éste se cultiva, la extracción de la resina, y las adulteraciones y procedimientos para reconocer la pureza de ésta.

cias al riego con un agua milagrosa –«que Nuestra Señora la Virgen María sacó en aquel lugar, quando yva fuyendo con su fijo á Egypto», de gran eficacia –» é despues que regado con aquella agua, luégo otro dia lo fallan preso»– e insustituible pues «muchas veces an probado á regar aquellos piés con el agua del Nilo ó otra qualquiera, é luégo se seca» (AV: 86).

A esta colección de noticias sobre maravillas relacionadas con la vegetación, habría que añadir la información que Gómez de Santisteban ofrece sobre otro árbol mítico, el palo de áloe – al que se atribuía un origen paradisiaco–, y los árboles que crecen a orillas de los cuatro ríos edénicos: olivos, palmeras, cipreses y arrayanes.

### 3.6.5. Balance

Las páginas que acabamos de dedicar a la vegetación permiten apreciar el interés de los relatores por este aspecto de la geografía, que es especialmente notorio en la *Embajada*. Una vez más, se manifiesta en el corpus una multiplicidad de visiones que varía según los viajeros-relatores y todos los textos –excepto el *Libro del infante don Pedro*– ponen de manifiesto una observación más o menos atenta de la vegetación presente en las tierras recorridas. Se incluyen algunas menciones sobre los espacios vírgenes –alusión a los bosques y descripción de las zonas desérticas– pero a los viajeros les atraen sobre todo las tierras cultivadas, ya sean las huertas que ciñen las ciudades o que se encuentran en su interior, ya sean las zonas ajardinadas destinadas al recreo. Los grandes parques de Samarcanda en la *Embajada* o el jardín de Sérifontaine –que nos recuerda el universo cortesano en el que se mueve Díaz de Games– contribuyen, por sus características, a configurar el conjunto de espacios donde se manifiesta la maravilla en nuestros relatos.

El texto de Gómez de Santisteban, en cambio, entraña con la visión de la vegetación y de los espacios desérticos que habían transmitido enciclopedias, mapamundis y leyendas medievales, incluyendo referencias al árbol de las peras del Preste Juan, al huerto de la Matarea o a yermos poblados de fauna peligrosa y de monstruos humanos o animales. Recoge, asimismo, elementos sobre la vegetación ligados a la Historia Sagrada, a los que también aluden Tafur y el marqués de Tarifa pues en Tierra Santa los tres peregrinos se refieren a espacios

vegetales y plantas, vinculados con hechos bíblicos. En estas latitudes, la vegetación se animiza y la flora revela su carácter bendito o maldito según el acontecimiento sagrado con el que se vincule. Incluso la *Embajada* y las *Andanças* incluirán menciones a una vegetación mítica o legendaria: los embajadores aludirán a la leyenda del árbol seco y Tafur visitará el huerto de la Matarea, donde crece el árbol del bálsamo.

### 3.7. LA FAUNA

La observación del reino animal en tierras ajenas enriquece el espectro de realidades inéditas que los viajeros recogen y transmiten en sus textos. Testigos del provecho que saca el hombre de los animales con la caza, la ganadería y la pesca, cuando se sirve de ellos como alimento, montura o abrigo, o en su función de objeto de regalo, diversión o aliado en el campo de batalla, los relatores dan primacía a la relación de los animales con el hombre y en pocas ocasiones la fauna aparece en su entorno natural<sup>109</sup>. Tampoco los viajeros-relatores pretenden ofrecer aquí una visión sistemática y de conjunto sobre las especies que pueblan un determinado territorio sino que la fauna va surgiendo en el discurso al hilo de su andadura. Lejos de cualquier clasificación taxonómica, los animales se suelen mencionar agrupados, simplemente, por el uso que el hombre hace de ellos y es así como los presentamos en este apartado.

Por supuesto, los viajeros se maravillarán frente a los animales exóticos –desconocidos en tierras castellanas– y tanto Gonzalo de Chvijo como Pero Tafur dedicarán largas descripciones al elefante y a la jirafa, cuya imagen tratarán de plasmar con la mayor fidelidad posible. Tafur dará cuenta igualmente de los cocodrilos de las aguas nióticas. La introducción en los textos de una fauna exótica pero real contrasta con los animales que desfilaban por los relatos de viajes anteriores, verdaderos compendios de la fauna fabulosa transmitida

<sup>109</sup> Como ocurría con la flora –donde no siempre resultaba fácil distinguir entre especies silvestres y especies cultivadas–, tampoco en la fauna se percibe con nitidez la frontera entre animales salvajes y domésticos.

por las *imagines mundi*. Las descripciones realistas de nuestros textos se oponen asimismo a la visión simbólica de los numerosos bestiarios de la época, herencia del *Physiologus* de la Antigüedad. Aun así, también en nuestro corpus encuentra la fauna libresca su lugar pues *El Victorial* y el *Libro del Infante don Pedro* al igual que las *Andanças e Viajes* ofrecerán referencias a animales míticos como las «vacares», el unicornio, el grifo o el dragón.

### 3.7.1. Animales en su entorno natural

En la *Embajada*, las lacónicas alusiones a animales en su hábitat se reducen a las especies de caza menor –perdices y conejos– que los viajeros divisan en las islas del Mediterráneo desde su embarcación (ET: 109); en una ocasión, el relato da cuenta también de la presencia de halcones en uno de estos espacios insulares (ET: 95); y Clavijo menciona asimismo las molestias causadas por los tábanos durante la penosa travesía de las estepas asiáticas en verano (ET: 203). Nada más recogen los embajadores sobre la fauna en su medio de origen. La parquedad de la *Embajada* se convierte en silencio en el *Viaje a Jerusalén*, donde se echa en falta toda referencia a la fauna silvestre autóctona, que el peregrino encontró sin duda en su camino o de la que, en todo caso, tuvo noticia. Tafur, en cambio, se muestra mucho más generoso y enumera con precisión, por ejemplo, los animales de las montañas de Ceuta: «[e]n estas sierras de Çepta se crían más leones reales que en parte del mundo, é puercospines, é xímios, é onças, é ossos, é puercos infinitos (AV: 8).

También en Berbería, Díaz de Games hace referencia a los primates que pueblan los bosques cercanos a las ciudades de Bona y Bugía, y pormenoriza la fauna exótica en el oasis de Tafilet: «[a]llí son los búfanos, e los camellos, e las gazelas, e los leones, e los avestruzes, e los puercos espines» (VIC: 294).

No hay que olvidar la importancia de todos estos animales salvajes –y exóticos– en la Edad Media. Las especies que mencionan las *Andanças* y *El Victorial* figuran entre los animales que los monarcas europeos colecciónaban en sus *ménagéries* o «casas de fieras». Los reyes castellanos Juan II, Enrique IV e Isabel I fueron propietarios de leones, y los animales exóticos constituían uno de los máspreciados regalos que intercambiaban los magnates medievales. La fauna

exótica se importaba justamente de tierras norteafricanas y la Península desempeñó siempre un papel importante en su comercio (Morales Muñiz 2000: 237).

Encontramos, además, otras referencias a la fauna silvestre diseminadas en nuestros textos. Díaz de Games menciona la abundancia y diversidad de aves en las islas Habibas, algunas de ellas comestibles: «palomas, e buldreas, e alcatrazes, e gaviotas, e falcos, e codornizes, e otras aves de muchas naturas» (VIC: 296). Durante su recorrido por los Alpes, Tafur alude a los cuadrúpedos –«martas comunes é bestes» y «animalias como cabrones de que se fazen chamuçis» (AV: 232)– que viven allí en libertad y, a su paso por tierras dálmatas, observa que hay «muy buenos aços» porque «es tierra muy alta é muy montañosa» (AV: 192). Al llegar a Damiata, en Egipto, advierte la omnipresencia de «comadrejas» –animales parecidos a la mangosta<sup>110</sup>– por las calles de la ciudad (AV: 72) y compara estos animales con los numerosos ratones que invaden las urbes castellanas. También ve allí, por primera vez, las palomas mensajeras –tan importantes en aquellas tierras desde antiguo– y explica su cría y actividad (AV: 72-73). El viajero describe asimismo la fauna nilótica con sus cocodrilos e hipopótamos. Si Tafur suele presentar la fauna salvaje en un medio agreste (el Atlas, los Alpes o los Balcanes), en Egipto ésta aparece en el seno de la ciudad o muy próxima a ella lo que crea entre la naturaleza y el ámbito urbano «una convivencia que asombraba a una mente europea» (Carrizo 1997: 121). Es interesante observar los vínculos que establecen Pero Tafur y Díaz de Games entre fauna y hábitat –morfología de las tierras, vegetación, medio fluvial– que son implícitos en los casos mencionados de Ceuta, Tafilete, los Alpes y el Nilo, y explícitos en el caso de los azores en Dalmacia.

Por lo que se refiere a la denominación de las especies salvajes, los relatores tienden a la generalización –mediante el uso de hiperónimos– ya sea porque desconocen su nombre<sup>111</sup> ya sea porque no desean particularizar. Recurren entonces a fórmulas del tipo «otras

<sup>110</sup> Ver léxico de la fauna.

<sup>111</sup> Sin confesarlo, no obstante, contrariamente a los Cronistas de Indias que expresaban su tristeza por la limitación que suponía el no conocer el nombre de las cosas (Martinell 1988: 138-139).

aves de muchas naturas» (VIC: 296); «de toda suerte de aves que ay en España» (AV: 154); «avía de todos los venados, grandes e pequeños» (VIC: 392); «do ay muchos ciervos é muchas salvaginas» (AV: 250); «é otras salvaginas» (AV: 283); «así de truchas [...] como de otro pescado» (VJ: 194).

### 3.7.2. La caza y el recreo

Reflejo de su estamento nobiliario, las actividades cinegéticas suponen uno de los centros de interés de nuestros viajeros y tanto los animales de caza mayor y menor como los animales que se utilizan para correr montes merecen un espacio en los textos. Pese a que los embajadores no participan en cazas ni monterías –o en todo caso no lo mencionan–, su relato permite atisbar la importancia del venado a través de los presentes que reciben del Emperador de Constantinopla. En una ocasión el monarca les ofrece un jabalí (ET: 134) y en otra, un ciervo: «[e] desque ovo con los dichos embaxadores estado, mandólos ir para sus posadas; e un grand ciervo que estoncés truxeron al Emperador unos sus monteros, mandó traher a la posada de los dichos embaxadores» (ET: 114).

Los halcones gerifaltes –que los castellanos llevan como obsequio para Tamorlán de parte de Enrique III y con los que recorren todo el Mediterráneo y las estepas asiáticas hasta Samarcanda– dan fe del inestimable valor de estas aves de cetrería, frecuente regalo entre soberanos.

De nuestros viajeros, Tafur es el único que participa en repetidas cacerías, invitado por sus poderosos anfitriones. En el Cairo acompaña al Sultán, que sale con un numeroso séquito de caballeros y gran número de halcones y leopardos (AV: 90). En Adrianópolis Tafur cuenta que el Gran Turco Amurates II lleva para las partidas de caza «muchos falcones é azores é leones pardos, é toda artillería de caça» (AV: 154) e informa que allí se capturan «muchos faysanes é franco-lines, é despues de toda suerte de aves que ay en España» (AV: 154).

Durante su estancia en Constantinopla, junto al Emperador, dan muerte a «muchas liebres é perdiçes é franco-lines é faysanes, que ay muchos en aquella tierra» (AV: 151). De los griegos dice que «[s]on grandes caçadores de falcones é açores é de galgos»; y de su tierra que es «de mucha caça de altanería é riberas, é muchos faysanes, é

francolines, é perdiçes é liebres» (AV: 181). Cuando visita al rey de Polonia, a Tafur le hubiera gustado:

verle correr monte de tigres, que es la más señalada cosa que se faze en aquellas partes, que son bestias muy bravas é muy peleadoras é muy ligeras, é es una grant montería é non se faze sinon con muchas gentes é muchos canes, é es la carne buena de comer; (AV: 276)

Por razones que no expresa, el viajero no ve cumplidos sus deseos, pero su breve y evocadora referencia a la caza del tigre<sup>112</sup> permite adivinar la magnificencia de aquellas monterías al tiempo que introduce una nota de exotismo en su relato.

También Díaz de Games reserva algunas pinceladas a las actividades de caza y a los animales necesarios para su práctica en la evocación de la mansión de Sérifontaine, espacio que –como ya hemos visto en el apartado sobre la vegetación (3.6.)– se integra en *El Victoriano* a modo de una miniatura de la vida cortesana. Amén de la variedad de caballos que el Almirante posee –«destrieres, e c[ursie]res, e bahañones, e facaneas» (VIC: 392)– cuyos usos –combates, torneos y paseos– nos remiten al mundo caballeresco, el relator da cuenta de la nutrida perrera del Almirante destinada también a las monterías. Por supuesto, no faltan los halcones con los que la señora de Sérifontaine mostrará cumplidamente su refinada educación:

Des que [madama] se levantava de dormir, yvan a cavalgar, e los donzeles tomavan los *gentiles*, e ya tenían concertadas las garzas. Poníase madama en un lugar, e tomava un *falcón gentil* en la mano. E levantava[n] los donzeles, e lançava ella su *falcón* tan donosamente e tan bien que non podía mejor ser. Allí veríades fermita caça, e grand plazer; allí veríades nadar canes, e tañer atanbores, e rodear señuelos, e damiselas e gentiles-hombres por aquella ribera, aviendo tanto plazer que se non podrá dezir. (VIC: 394)

<sup>112</sup> Jiménez de la Espada (1982: 601) confiesa su extrañeza frente a una caza del tigre en tierras polonesas dado que tal especie no habita en aquellas regiones y señala que la montería que Pero Tafur describe se parece a la del oso.

Y Díaz de Games no deja de mencionar la abundancia de venado –«ciervos, e daynes, e sanglieres, que son xabalíes» (VIC: 392)– en los bosques cercanos a la propiedad.

Aparte de la caza, los viajeros aluden a menudo a los animales semidomesticados que se encuentran en parques y bosques para el recreo de monarcas y nobles. En las zonas ajardinadas que rodean Samarcanda, se crían ciervos y faisanes, probablemente como puro objeto de contemplación estética (ET: 254-255). También el Marqués de Tarifa y Tafur se refieren a la presencia de animales semidomesticados en los bosques que circundan algunas ciudades europeas o en las grandes propiedades privadas de los nobles. Las especies que viven en estos espacios acotados pueden destinarse a la caza, a la explotación de su carne y de su piel, o pueden criarse para el simple deleite de sus propietarios<sup>113</sup>. Recordemos las posesiones «donde los Duques de Milán tenían saluajinas» (VJ: 194) o el bosque de Pavía que «tenía saluaginas y muchas aves y liebres» y donde sembraban «heno para dirlles a comer en el ynuierno» (VJ: 190).

El objetivo recreativo de las tierras del duque de Borgoña en los alrededores de Bruselas es explícito en el texto de Tafur:

é fuemos fuera de la çibdat á ver ciertas posadas quel Duque tiene, do va á aver plaçer, entre las quales vimos una en que está un gentil aposentamiento é un grant parco de una legua entorno, cercado, *do ay muchos ciervos é muchas salvaginas.* (AV: 249-250)

Asimismo, la propiedad cerca de Viena, donde se hospeda Pero Tafur, cuenta con «un grant parco de una legua en torno, do avíe puercos, é venados é otras salvaginas, por medio una rivera, é soto de la una parte é de la otra» (AV: 283).

Si en estos lugares semiurbanos la presencia de la fauna salvaje se ve como un atractivo, en otras ocasiones la irrupción *intramuros* de la naturaleza virgen puede reflejar la entrada del caos en el orden ciudadano. La imagen que nos ofrece Tafur de una Roma invadida por una vegetación que alberga una abundante fauna montaraz per-

<sup>113</sup> Morales Muñiz (2000: 243) señala la existencia de recintos en las propiedades nobiliarias de la Península donde se conservaban especies tanto para cazar como por el placer de poseerlas.

mite al viajero evocar la decadencia en la que se encuentra sumida la ciudad faro de la Cristiandad medieval:

Dizen que Roma, aunque despoblada, tiene mas gente que ningunt pueblo del mundo de xpianos; pero en partes ay del muro adentro, que non paresce si non una montaña espesa, é ay muchas salvaginas que crían en aquellas cuevas, ansi como liebres é raposos, é lobos, é ciervos, é dizen que puercrespines. (AV: 35-36)

### 3.7.3. La ganadería y la pesca

Con el objetivo de informar sobre las actividades económicas de los pueblos que encuentran en su camino, los embajadores se refieren continuamente a la práctica de la ganadería entre las tribus nómadas, los chacatays, cuya principal fuente de riqueza radica en sus rebaños de carneros, ovejas, camellos, caballos y vacas. Una vez en Samarcanda, los viajeros-relatores dan cuenta de la abundancia de carneros y del módico precio al que éstos se venden, detalles que reflejan una tierra de envidiable riqueza material. El interés por la ganadería en la *Embajada* nos recuerda la intensa vocación pastoril de las vastas tierras castellanas y la importancia económica de esta actividad en la Castilla del siglo XV.

También Díaz de Games alude a la presencia de ganado en las tierras costeras frente a las que navega. En este caso, el interés se debe a que los animales constituirán parte del botín de las tropas de Pero Niño o asegurarán su sustento (VIC: 301, 356, 387):

Otro día partieron de allí las galeas, e fueron costeando la costa, e buscando los puertos, e tomaron las galeas agua e leña. E vieron andar *ganado de vacas e ovejas, e fueron por ello, e fizieron carnaje quanto ovieron menester.* (VIC: 378)

En el *Libro del Infante don Pedro*, los animales exóticos se convierten en aliados del hombre tanto en el Monte Sinaí (DP: 32) –donde camellos y búfalos son utilizados para arar las tierras o son animales de carga– como en el reino del Preste Juan. En este viaje imaginario, la «domesticación» de lo exótico –incluso de lo fabuloso– en tierras lejanas contribuye a configurar el topos del Oriente como «mundo al

revés» del que habla Le Goff (1977: 294 y 1985: 24), lo que tenía que provocar extrañeza en los receptores.

Por lo que se refiere a la fauna acuática, las menciones suelen reducirse a las especies destinadas a la alimentación. Sin embargo –y pese a que los viajeros realizan parte de sus desplazamientos por vía marítima–, no hay apenas referencias al pescado de mar o al marisco, ni a las actividades pesqueras en este medio, salvo ocasionalmente en *El Victorial*:

Luego esa tarde salieron fasta quarenta o çinuenta hombres de mal recavdo a la tierra, a coger marisco, sin mandado del capitán, e comenzaron a escaramuçar con los de la ysla. (VIC: 441-442)

Y en las *Andanças*, donde Pero Tafur señala el elevado consumo de marisco en Constantinopla:

Este dia tovimos fasta medio dia que mirar asaz en la yglesia é en su circuyto; é fuera desta yglesia están grandes plaças é casas acostumbradas de vender pan é vino é pescado é más mariscos que otra cosa, porque los griegos esto acostumbran mucho comer, que en çiertas quaresmas del año, non solamente del pescado se mantienen, mas de aquel que non tiene sangre, es á saber, marisco; (AV: 174)

Entre las especies marinas no se pueden olvidar las ostras en cuyo interior se encontraban las tan apreciadas como valiosas perlas naturales. Los embajadores ofrecen una detallada descripción de estos moluscos e informan sobre las redes de distribución y comercialización en Oriente de sus concreciones nacaradas (ET: 207-208).

Los viajeros-relatores mencionan con mayor frecuencia, en cambio, las especies lacustres y fluviales –o que desovan en los ríos–, como truchas (VJ: 194) y salmones (AV: 233); Tafur alude asimismo a los esturiones con cuyas huevas se elabora el caviar (AV: 165-166).

### 3.7.4. El alimento, la montura y la indumentaria

La fauna local se percibe también a través de los animales que los viajeros reciben como sustento o aquellos que encuentran en los mercados de las ciudades recorridas. Los embajadores, por ejemplo,

destacan la abundancia de las suculentas aves de corral y de caza en Samarcanda:

E por la ciudat ha muchas plaças en que venden carne cozida e adovada de muchas maneras, e *gallinas* e *aves* muy limpiamente adovadas; otrosí pan e fruta, muy limpiamente. Así estas plaças están compuestas de día e de noche, vendiendo muchas cosas. E otrosí ay muchas carnecerías de carne e de *gallinas* e de *perdizes* e *faisanes*, e fallávanlas de día como de noche. (ET: 314)

Las referencias a los animales destinados al consumo permiten una comparación constante –más o menos implícita según los casos– entre las costumbres alimenticias de Castilla y las de las tierras visitadas pues los viajeros tienden a consignar aquello que les sorprende o que es diferente de su lugar de origen. Son sobre todo Clavijo y Gómez de Santisteban los relatores que ofrecen más información en este ámbito. En las estepas asiáticas, y especialmente en la corte de Tamorlán, por ejemplo, tanto los embajadores como don Pedro y su séquito (DP: 27) afirman haber consumido carne de caballo<sup>114</sup>. En tierras de Turquía, estos últimos comen dromedario pues, como advierte el relator, allí «no auia vaca ni carnero» (DP: 7). Gómez de Santisteban detalla la variedad y abundancia de viandas en la mesa del emperador timurida, en la que se mezclan animales familiares con animales exóticos y fabulosos:

& mando [Tamorlán] que (de) todas las viandas que traxessen ante su señoría que nos las pusiesen delante: porque viésemos su gran potencia. y traxeron [nos] carne de dromedario & *gallinas*, cozidas & carne de elefante [s] & capones & carne de vñicornio & pauones & carne de

<sup>114</sup> La visita de los viajeros a Tamorlán en el *Libro del infante don Pedro* revela muchos puntos en común con lo que los embajadores cuentan sobre su estancia en Samarcanda y deja ver que la *Embajada* fue el texto del que se sirvió Gómez de Santisteban para construir esta parte de su relato. Los banquetes a los que son invitados don Pedro y los suyos junto a la abundancia de viandas con las que se les obsequia son una de las tantas muestras de esta relación intertextual. Sin embargo, Gómez de Santisteban incluye entre las viandas carnes de animales fabulosos o exóticos, que no mencionaban los embajadores.

*marfil & papagayos: & carne de bestia fiera: & halcones & otras aues que buelan poco & corren a pie tanto como vn hombre. [...] Y pusieron nos Corrobora &.pecho(s) de cauallo. E desque ouimos comido mando que no partiessemos de alli (DP: 27)*

Este cuadro debía de producir un sentimiento ambiguo en la sociedad receptora. Por un lado, el relato pinta una mesa imperial y –se supone– refinada: se encuentran en ella animales de carne apreciada, como gallinas o capones, lo que lleva a percibir positivamente el consumo de las demás viandas como el elefante, el unicornio o el papa-gayo. Además, todo se presenta de forma copiosa y recordemos aquí que la abundancia alimenticia en sociedades sometidas a frecuentes hambrunas tenía que despertar admiración, cuando no envidia. Por otro lado, sin embargo, la ingesta de animales relacionados con lo desconocido o lo simbólico<sup>115</sup> podía suscitar a la vez cierta extrañeza, incluso repulsión, y podía despertar recelo, y hasta miedo, frente a un mundo donde no solamente los animales eran tan distintos sino donde también los seres humanos tenían costumbres tan alejadas a las del universo propio.

Las monturas necesarias para el camino o las de los naturales merecen asimismo comentarios por parte de los viajeros. Los embajadores se refieren a menudo a los caballos que Tamorlán pone a su disposición durante su recorrido por tierras asiáticas y tanto la organización de las postas como la resistencia de los animales maravilla a los castellanos. Para acelerar el viaje de los que le visitaban, el emperador había creado una red de caminos jalonados de cuadras donde los viajeros podían dejar sus monturas fatigadas y proseguir su camino sobre nuevas cabalgaduras. Esta eficaz organización de las comunicaciones era uno de los recursos en los que se apoyaba la política y la estrategia militar de Tamorlán (López Estrada 1999: 224, nota 294). Tafur, por su lado, describe los caballos de los turcos que, pese a ser muy numerosos, le parecen tan flacos y débiles que cualquier animal de carga en Castilla podría equipararse con ellos (AV: 155-156); a través de las *Andanças* se descubre, además, el importante comercio de équidos en las ferias europeas (AV: 259-260).

<sup>115</sup> El unicornio, por ejemplo, era un animal crístico en el universo medieval.

La fauna de las tierras visitadas se refleja asimismo en los textos por las menciones de la indumentaria de los naturales, que emplean plumas de aves y pieles de pequeños animales como material de adorno o como abrigo. Unos embajadores tártaros obsequian a Tamorlán con «pellejos de murta sin adovar, [...] zebelines e [...] raposos blancos» (ET: 271). La descripción de los ropajes del emperador y sus familiares permite entrever la utilización de plumajes de grulla y pieles de marta en la vestimenta:

E estavan vestidos el Emperador e su fijo, de paños imperiales; e tenían en las cabeças senos sombreros altos con unas vergas de oro que subían encima unos castillos con unas plumas de *grúas*; e en los sombreros, unos chapiteles de cueros de *martas*. (ET: 163)

Y Tafur nos informa también sobre el empleo en la indumentaria de las pieles de animales –martas, armiños y zorros– cuya belleza, suavidad y calor tanto aprecian los turcos:

é lo que yo mejor vi nin mayor abundancia fué la grant pellitería de martas çebellinas é comunes, é muchos armiños, é con dientes, de unos raposos que allí tienen en mucha estimaçion, ansí por ser gentil pelleja, como por que tienen muy grant molesa é son muy calientes para en tierra tan fria; (AV: 154-155)

### 3.7.5. Los regalos, los espectáculos, la guerra

Los animales aparecen igualmente en nuestros textos con unas funciones muy propias del mundo medieval; nos referimos a su uso como presente, como fuente de diversión cuando se destinan a espectáculos y como pieza clave en la estrategia bélica.

En el Medioevo, los regalos eran «signo de cortesía y hasta de captación de voluntades» (Ochoa Brun 1986: 402-409, *apud* Morales Muñiz 2000: 244) y desempeñaron siempre un papel fundamental en los intercambios diplomáticos. Los animales figuraban entre los obsequios más estimados y prueba de ello es que los embajadores castellanos atravesan buena parte del mundo conocido con unos halcones gerifaltes que Enrique III manda a Tamorlán. En la *Embajada*, la jirafa y los avestruces entran en el relato como probable presente que el Sultán de Babilonia envía al emperador, y el valor que se otorga a

los caballos en tierras asiáticas hace de ellos un regalo de precio: «[e] aquí en esta casa dieron a los dichos embaxadores en presente un cavallo. E en esta tierra son alavados los cavallos d'ella por de grand afán» (ET: 245). Antes de marcharse de El Cairo Tafur recibe dos gatos de la India y dos papagayos (AV: 118).

Los animales son apreciados también en los espectáculos y tanto Clavijo como Tafur dan fe de la presencia de elefantes en Samarcanda y El Cairo, respectivamente, donde los paquidermos se utilizan, sobre todo, en juegos celebrados con ocasión de alguna festividad:

Estas bestias paresce como que tengan entendimiento; tantas burlas fazen, que á las veces traen aquella trompa llena de agua, é échala encima á quien quiere, é fázenlos jugar con una lança echándola en alto é rescibiéndola, é otros muchos juegos; (AV: 87-88)

Nada más llegar a Samarcanda, los embajadores observan la presencia de seis elefantes en las calles de la ciudad y, más tarde, durante las fiestas a las que son invitados, cuentan que «este día fizieron muchos juegos de muchas maneras; e otrosí los marfiles que tenía allí el Señor, pintáronlos verdes e colorados e de otras muchas maneras, e con sus castillos, e fizieron grandes juegos con ellos» (ET: 289). Un poco más adelante, explican en qué consisten tales juegos:

E con estos marfiles fazían este día muchos juegos, faziéndolos correr tras cavallos e tras la gente, que era grand plazer. E cuando todos corrían juntos en uno, parecía que la tierra quería fazer mecer en aquel derecho. No ha cavallo ni animalia tras que vaya, que le ose esperar. E tengo de verdat, segund lo que en ellos vi, que en una batalla deven ser contados cada uno por mil omnes. (ET: 295)

El relator de la *Embajada*, efectivamente, tendrá también ocasión de dar cuenta de la eficacia bélica de los elefantes. En la larga secuencia sobre Samarcanda, inserta una digresión en la que narra la anexión de los territorios de la India al imperio timurida y la estrategia de la que se valió Tamorlán para conquistar esas tierras, estrategia en la que los animales desempeñaron un papel fundamental. Refiere el relator que, en un primer enfrentamiento con las huestes indias, Tamorlán fue vencido porque su enemigo utilizó elefantes en el campo

de batalla. Sin embargo, la astucia que caracterizó siempre al emperador le ayudó a derrotar a su contrincante. Tamorlán decidió enfrentarse a los paquidermos, lanzando contra ellos camellos cargados de paja ardiendo; los elefantes huyeron despavoridos, permitiendo la victoria final del ejército mongol (ET: 287).

Huelga mencionar la nota de exotismo que estas estampas y anécdotas introducen en los textos y la fuerte impresión que debían de dejar en la imaginación de los receptores. La lejanía de las tierras a las que llegan nuestros viajeros –recordemos las «luengas tierra» de las que hablan los embajadores en el prólogo de su obra– tiene como correlato un extrañamiento que entra con fuerza en el discurso de la mano de la fauna.

### 3.7.6. Imágenes de la fauna

Hemos podido ver hasta aquí que la fauna de la tierra incógnita suele aparecer en los textos a través de simples menciones y que en pocos casos se describen las especies. Sin embargo, en algunas ocasiones, los viajeros interrumpen su relato para proporcionar información detallada sobre el reino animal, ya sea sobre animales exóticos ya sea sobre animales fabulosos. Por un lado, la voluntad de transmitir datos fidedignos acerca del mundo nuevo y desconocido lleva a viajeros como Clavijo o Tafur a describir animales exóticos –la jirafa, el elefante o el cocodrilo– a los que ven por primera vez y que son extraños a la sociedad receptora. Por otro lado, la abundante literatura sobre la fauna fantástica, contenida en los bestiarios o en las *imagines mundi* y transmitida por muchos de los libros de viajes anteriores, lleva a los relatores a incluir referencias acerca de animales fabulosos como las sirenas, las «vacares», el unicornio o los grifos. En cualquier caso, la irrupción en los relatos de especies exóticas y fantásticas introduce lo «maravilloso», concepto que, lejos de presentar un carácter unívoco, expresa tanto lo que realmente se ve pero es diferente de lo cotidiano como lo puramente fabuloso.

#### 3.7.6.1. Animales exóticos

En su camino hacia Samarcanda por tierras asiáticas, la embajada castellana va a reunirse con unos mensajeros del sultán de Babilonia que se dirigen también a la corte de Tamorlán, cargados de presentes

para el emperador, y comparte el camino con ellos. La comitiva procedente de Egipto transporta –probablemente como parte del regalo para el soberano– seis avestruces y una jirafa, animal que los embajadores contemplan por primera vez y que les causa enorme sorpresa: «omne que nunca la oviese visto, le parecía cosa maravillosa de ver» (ET: 197-198), dicen, asimilando de inmediato la percepción del animal con lo maravilloso<sup>116</sup>. También Pero Tafur verá por primera vez una jirafa en El Cairo y también él la relacionará con lo asombroso<sup>117</sup>.

Para describir esta realidad totalmente nueva y acercarla al público receptor, permitiéndole construir una imagen mental del animal, los relatores despliegan un verdadero concentrado de recursos discursivos que incluyen la comparación, la adjetivación, la referencia a las medidas así como el uso de la hipérbole<sup>118</sup>. La *Embajada* y las *Andanças* presentan acabados ejemplos de la voluntad –y del éxito– de nuestros relatores de hacer «ver»<sup>119</sup>.

Los relatores echan mano de la comparación y establecen un paralelismo entre la jirafa y otros animales. Para los embajadores el cuerpo de la jirafa es tan grande como el de un caballo; su pie se parece al del buey; su cuello es delgado como el del ciervo; sus patas son como las del búfalo; su cabeza y sus cuernos, como los del ciervo;

<sup>116</sup> La descripción de la jirafa es un «clásico» en los libros de viajes como prueban los numerosos textos citados por Gil (1995: 373) entre los que destacan los de Plinio (*Historia Natural* VIII, 69), Estrabón (*Geografía*: XVI, 4), Marco Polo (III, 41) y Cosme Indicopleusta.

<sup>117</sup> El viajero inserta la descripción de la jirafa en la relación de las actividades que lleva a cabo en El Cairo, entre las que se encuentran la visita al huerto de la Matarea, a las pirámides (los «graneros de José») y a la casa de los elefantes, con lo que configura un prisma de elementos que manifiestan diferentes facetas de lo maravilloso.

<sup>118</sup> En el capítulo 8 («Transmitir el mundo extraño»), veremos que los recursos empleados en las descripciones de la jirafa y el elefante –tanto en Tafur como en Clavijo– constituyen los medios usuales de los que se sirven los relatores para acercar el mundo extraño a su público receptor.

<sup>119</sup> López Estrada (1999: 197, nota 245) considera la descripción de la jirafa en la *Embajada* como una «obra de arte de la prosa narrativa de la época, con la doble referencia de la novedad oriental, comparada con el medio castellano de los embajadores».

sus orejas, como las del caballo (ET: 197). Por otro lado, Pero Tafur reduce sus comparaciones a las dimensiones del animal –la jirafa es del tamaño del ciervo– y a su rostro, que se asemeja al de la cierva. Tafur compara, además, la longitud de su cuello a una «raçonable torre» (AV: 88).

Con los adjetivos se refieren los relatores a la forma, el tamaño y el color del animal, a las distintas partes de su cuerpo, así como a su comportamiento. Los embajadores describen el vientre blanco de la jirafa, que contrasta con su cuerpo «dorado e rodado de unas ruedas blancas e grandes» (ET: 197). Dicen que el animal tiene el cuello largo, los ojos grandes y redondos y dos cornezuelos pequeños y redondos también. Tafur describe su pelaje cubierto de motas blancas y amarillas, y añade que es manso (AV: 88-89).

Tanto los embajadores como Tafur proporcionan las dimensiones de la jirafa. Según los primeros, el animal mide lo mismo (dieciséis palmos) desde los pies hasta la cruz que desde ésta hasta la cabeza. El segundo da las medidas de sus extremidades anteriores («dos brasas») y posteriores («un codo»).

El recurso a las estructuras consecutivas permite presentar algunos de los rasgos del animal con una fuerte carga hiperbólica:

E *tan alto* avía el pescueço e *tanto* lo estendía cuanto lo quería, que encima de unas paredes que oviese cinco o seis tapias en alto, podría bien alcançar a comer; e otrosí, encima de un árbol *tan alto* alcançava a comer las fojas d'él, que las comía mucho (ET: 197)

Y los embajadores sitúan al animal en el ámbito de lo maravilloso:

E cuando quería enfestar el pescueço, alçávalo *tanto e tan alto, que era maravilla.* (ET: 197)

La *Embajada* y las *Andanças e Viajes* proporcionan igualmente sendas descripciones del elefante. Los relatores emplean los mismos recursos que en sus retratos de la jirafa: los embajadores comparan este animal con otros (el caballo, el toro, el búfalo, el cerdo y el oso); con el hombre (los dedos con uñas, como los de un ser humano; los colmillos tienen el tamaño de la pierna de un hombre); y con objetos (el cuerpo como un costal lleno; la cabeza como una albarda de asno)

(ET: 293-296). Tafur, por otro lado, parangona el elefante con el camello y el oso, y recurre también a la comparación con objetos (los ojos parecen cornados; las patas, columnas; la oreja, una adarga; y la cabeza, una tinaja de seis arrobas). Después de una jornada en la que ve por primera vez a este animal, confiesa Tafur: «[e]ste dia bolví á la posada mirando muchas é muy estrañas cosas» (AV: 88).

Otro animal exótico –que Tafur encuentra en aguas del Nilo– es el cocodrilo. El viajero describe someramente su forma –que compara a la del lagarto– y su potente dentadura. Se extiende, por el contrario, contando las precauciones que los naturales deben tomar contra estas peligrosas bestias al navegar por las aguas del río o al cruzarlo –lo que hacen montados sobre búfalos– y narra también cómo les dan caza:

Estas bestias suelen salir fuera del agua çinco ó seys pasos, é quando faze sol están mucho adormeçidas, é los que las van á matar, llevan un asta de lança é en cabo un rallon con orejas, que, quando entra, aprieta, é al tirar, afierra en la carne; é al cabo dél está una cuerda atada en que ay çiento é çinuenta braças ó más, é como allega á ella, si la puede ferir debaxo del costado, que en otra parte non aprovecharía, entra el fierro; é allí tiene el cuero muy sotil, é como se siente ferida váse al agua, é dánle cuerda fasta tanto que anda cansada, é despues tíranla en tierra é lévanla por las villas é lugares, demandando como fazen en Castilla el que mata el lobo. (AV: 74-75)

Una vez más, lo anecdotico invade el relato de Tafur –con la consiguiente narrativización de la descripción–, confiriéndole viveza y centrando la atención en la relación entre el hombre y el animal. Otros viajeros, como Fray Jordán Catalán de Séverac (Gil 1995: 409-410), habían descrito ya el cocodrilo; sin embargo, la descripción de nuestro andaluz se caracteriza por insertarse en un contexto de acción, en el que el ser humano desempeña un papel de protagonista.

### 3.7.6.2. Animales fabulosos

Entre las maravillas orientales recogidas en las obras enciclopédicas medievales, destaca la fauna fabulosa. Los viajeros-relatores emprenden su viaje esperando encontrar aquellos seres –descritos un sinfín de veces tanto en enciclopedias como en libros de viajes ante-

riores— y confrontan de continuo su saber libresco con lo que la realidad les presenta. Los embajadores son los únicos viajeros que silencian la fauna que no ven y se basan exclusivamente en la experiencia vivida<sup>120</sup>. En cambio, por el *Libro del Infante don Pedro de Portugal* desfila una amplia galería de animales fantásticos e incluso *El Victoria* y las *Andanças e Viajes* reúnen referencias a éstos.

Gómez de Santisteban aprovecha su viaje ficticio para incorporar el vasto catálogo de seres prodigiosos que solían aparecer en las *imágenes mundi* y en numerosos relatos de viajes medievales<sup>121</sup>. Así, entran en el texto dragones, animales de siete cabezas o carneros diminutos con ocho pies y seis cuernos. Al paso de don Pedro y su comitiva por Armenia —tierra primigenia del Edén—, Gómez de Santisteban describe una región bendita de la que «que mana [infinita] leche & miel»<sup>122</sup>. En este espacio paradisíaco, convive fauna exótica y fauna fabulosa. Cuenta el relator que, gracias a la fertilidad de los pastos, los mamíferos producen allí tanta leche que sus crías son incapaces de consumirla en su totalidad, por lo que el remanente inunda la tierra entera. Del mismo modo, la miel de las abejas<sup>123</sup> es

<sup>120</sup> Sólo en una ocasión se desliza en su texto un animal fabuloso, un dragón, cuando relatan la leyenda sobre la reliquia del brazo de San Juan en Constantinopla (ET: 122).

<sup>121</sup> Amén de los animales fabulosos, la lista incluye seres humanos monstruosos como los centauros que los viajeros encuentran en Urián, los rusticanos de Saba, los cinocéfalos, los pigmeos o los gigantes antropófagos. En el reino del Preste Juan los viajeros tendrán también noticia de hombres con voz de perro, y la carta que el Preste envía al rey de Castilla establece un repertorio de los monstruos que pueblan las tierras de la India: los gomeos, antropófagos de un solo ojo; hombres de pies redondos, que se dedican a la agricultura; belicosos hombres de reducida estatura; pacíficos gigantes y seres híbridos de humanos y caballos.

<sup>122</sup> En el Éxodo, Yaveh pide a Moisés que saque a su pueblo de Egipto y le conduzca a la tierra en la «que mana leche y miel» (Éxodo III, 8); Ovidio, en su descripción de la Edad de Oro, habla de la región en la que «corrientes ya de leche, ya corrientes de néctar pasaban y flavas desde la verde encina goteaban las mieles» (*Metamorfosis*, libro I, cap. III).

<sup>123</sup> La abeja, animal benéfico y simbólico, se considera como uno de los animales críticos por su miel y su aguijón, que representan respectivamente la misericordia y la justicia del Salvador (Chevalier et Gheer-

tan copiosa que, al no poder ser recogida, se derrama igualmente por la tierra. El intento del relator de racionalizar la abundancia en este paraje edénico nos recuerda que –pese a encontrarnos frente a un texto que transmite un legado marcadamente medieval– la Edad Moderna con sus exigencias de causalidad se encuentra ya a la vuelta de la esquina.

En este mítico Edén, se enfrentan las fuerzas del bien y las fuerzas del mal. Estas últimas se encarnan en insectos y reptiles ponzoñosos –«assi como dragones & serpientes: & alpes & escorpiones [&] biuoras que buelan que es llamada biuora bolante» (DP: 18)–, que envenenan las aguas potables. No obstante, su peligro queda neutralizado por las fuerzas contrarias, encarnadas en el unicornio –animal crístico–, que las purifica con su cuerno, permitiendo así a todos los animales abrevarse en ellas. Gómez de Santisteban se abstiene en su relato de describir a los animales que menciona, apelando, sin duda, a unos conocimientos de origen libresco que su público debía de tener sobre todos ellos y sólo ofrece algunos rasgos de la víbora voladora (DP: 18-19) o evoca el característico cuerno del unicornio (DP: 18-19).

Otros animales fabulosos en el *Libro del infante don Pedro* aparecen en la misiva que el Preste Juan dirige al rey de Castilla y en la que el monarca-sacerdote describe sus tierras. En ella, se evoca en una alegre mezcla a los animales exóticos (elefantes, camellos, leones, dromedarios) y fabulosos (grifos) que pueblan aquellas regiones (DP: 51). La imagen de la India del Preste Juan como tierra de abundancia lleva al relator a comparar la escasa fecundidad de las gallinas de su Castilla de origen con la fecundidad prodigiosa de las que se crían en los dominios del Preste (DP: 28)<sup>124</sup>.

Aunque Pero Tafur no viajó hasta la India, este espacio geográfico entra en las *Andanças* de la mano de Nicoló di Conti que abre la puerta tanto a la fauna exótica (los papagayos y gatos de la India que llegan en la caravana del veneciano) como a la fabulosa (por su rela-

brant: 1973, s.v. *abeille*). El unicornio –otro animal crístico– y la abeja se encontrarán reunidos en el espacio paradisíaco pintado por Gómez de Santisteban.

<sup>124</sup> Mandevilla sitúa un prodigo parecido en tierras de Egipto (2001: 95).

to sobre las tierras orientales). No se tratará aquí –como en otros libros de viajes anteriores– de introducir un catálogo de animales prodigiosos sino que, contestando a la pregunta de Tafur sobre la existencia de monstruos humanos en Oriente, Nicoló asegurará que:

non sintió nada de todas estas cosas, pero que bestias vido de estrañas figuras; que en una tierra de gentiles vido un elefante muy grande blanco como nieve, que es cosa bien estraña, por quanto todos son negros, é que lo tenían atado á una colupna con cadenas de oro, é aquél por Dios adoravan; dize que vido un asno, que truxeron al Preste Juan, poco mayor que un podenco é de quantas colores se podien dezir; é que vido muchos onicornios, é muchas animalias que serie largo de escrevir; (AV: 106-107)

Como testigo presencial, al viajero veneciano le ampara el principio según el cual hay que creer al que dice haber visto: por ello, las palabras de di Conti, si bien dejan de lado la posibilidad de que existan monstruos humanos, reafirma la existencia de los míticos unicornios e introduce nuevas variedades de animales fabulosos como un elefante blanco y un asno multicolor, amén de una larga lista de posibles prodigios animales, «que serie largo de escrevir». El recurso meta-discursivo del que echa mano Tafur para terminar su enumeración deja la puerta abierta para que la imaginación del público receptor complete la nómina con los conocimientos que la tradición libresca le ha proporcionado por medio de las *imagenes mundi* y de los relatos de viajes anteriores.

El reino del Preste Juan reserva, además, otras sorpresas por lo que se refiere a la fauna pues –también según di Conti– se encuentran en él, por ejemplo, hibridaciones del reino animal y mineral: «é dize que avíe una costa de mar, donde en saliendo los cangrejos é dándoles el ayre se tornavan piedras» (AV: 101).

El variado espectáculo sobre el mundo que desea ofrecer Pero Tafur le lleva a incluir en sus *Andanças* breves narraciones –auténticos micro-relatos– que oye en el camino, como la de aquel ser monstruoso –mezcla de pescado, animal volador y ser humano– que raptaba a las mujeres y las llevaba a las profundidades marinas, hasta que los lugareños consiguieron darle muerte. Por no haber sido testigo presencial de los hechos, el andaluz se distancia de su relato, que con-

cluye: «[e]sto yo non lo vi, pero dicho me fué é que avía poco que avía acaesçido» (AV: 194). En otra ocasión, y mediante el «dizen» distanciador, cuenta Tafur de las sirenas —«esta natura de pescados en parte paresçe fembra de la çinta arriba é de allí abaxo pescado»— y de la atracción que ejercen con su canto sobre los marineros que navegan por las aguas del estrecho de Mesina (AV: 297-298), eco de la aventura de Ulises.

En sus páginas sobre Inglaterra —a la que califica de tierra de maravillas—, Díaz de Games acoge también tres animales fabulosos: la *belva marina*, el *pexerey* y las *vacares*. El relator describe a la primera y relata tanto las desgracias causadas por el animal en las tierras circundantes como los esfuerzos de los lugareños para acabar con este ser híbrido. Las características del basilisco se reconocen cuando Díaz de Games añade que es «una cosa enconada, que de la vista o del su ayre puede matar» (VIC: 460).

La descripción del *pexerey* —al igual que la de las *vacares*— es introducida por Díaz de Games mediante un «diz» / «dizen» que le distancia de lo que cuenta. Sin embargo, cualquier posible duda sobre la existencia del *pexerey* se disipa en el momento en el que el relator sostiene que un inglés —«un honbre muy entendido» y, por ello, testigo privilegiado— le confirma haber visto un pez con las características descritas, rectificando ligeramente algunos rasgos del animal. Igualmente, después de una detallada descripción de las *vacares* (AV: 456-457) —aquellos seres a caballo entre el reino animal y vegetal, medio aves y medio frutos<sup>125</sup>— y frente a la posibilidad de que exista tal prodigo de la naturaleza, Díaz de Games expresa sin dudarlo su franco escepticismo. Porque, este relator «no sólo lleva historias consigo, que contará en el momento más oportuno, sino que indaga, con marcado escepticismo, la verdad de los diferentes prodigios que se ponen al alcance de su «saber»; todo debe contarse, es

<sup>125</sup> Del árbol que produce aves habla ya Fray Odorico de Pordenone, que lo sitúa en Irlanda —«en Hibernia hay árboles que dan aves»—; la tradición está recogida también en el Atlas Catalán de 1375 —«hi a arbres al quals auçels hi son portats axi com a figamm madura»—; y se encuentra en el *Libro del conosçimiento* y en Mandevilla (Gil 1995: 498). Todo el Oriente está repleto de historias que presentan a seres híbridos de animales y plantas.

cierto, pero no todo debe creerse» (Gómez Redondo 2002: 2363). Sin embargo, también aquí, la voz de un especialista vendrá a confirmar a los receptores la existencia de este ser fabuloso.

En el *Viaje a Jerusalén*, las dos referencias a la fauna fabulosa se enmarcarán dentro de lo que Acosta (1992: XXX) denomina la «maravilla cristiana». Se trata, en el primer caso, de los perros del castillo de San Pedro de Bodrum que, sin ser realmente animales fabulosos, reflejan lo maravilloso por su capacidad de discernir entre cristianos y musulmanes, y brindar ayuda incondicional a los primeros (VJ: 310). Y, en el segundo caso, introduce el Marqués de Tarifa al mítico dragón en una referencia a la leyenda de San Jorge.

En el capítulo de la fauna fabulosa es interesante observar el desajuste que se expresa a menudo, de forma más o menos abierta, entre una imagen de la realidad de tipo libresca y las experiencias de los viajeros. El legado escrito tradicional –Plinio, Solino, San Isidoro, las encyclopedias– prepara a los viajeros para ser testigos de ciertos prodigios animales. Llama la atención la curiosidad de Tafur por saber de monstruos y animales fabulosos que conocía a través de esa tradición libresca. Y el viajero, en busca de una respuesta a sus interrogantes, introduce estos seres en su texto. Algo parecido ocurre en *El Victorial*: los animales prodigiosos –que en este caso proceden de la desconocida *Corónica de los Reyes de Anglaterra*– encuentran un lugar en el relato de Díaz de Games aunque éste exprese sus dudas sobre su posible existencia. Los viajeros buscan y preguntan, oyen y reaccionan. En cualquier caso, sus inquietudes e interrogaciones funcionan como estrategias que acaban permitiendo la entrada de la fauna fabulosa en el texto<sup>126</sup>.

### 3.7.7. Caracterización

Las fronteras entre fauna exótica y fauna fabulosa tenían que resultar forzosamente borrosas para el público al que se dirigían los textos

<sup>126</sup> Aparte de la fauna, ocurre lo mismo en otros ámbitos: Mandevilla dice haber bebido de la Fuente de la Juventud sin obtener efectos benéficos; en el *Libro del Conosçimiento* el autor dice no haber visto los monstruos con cabezas fijas en el pecho; Nicoló di Conti responde negativamente a la pregunta de Tafur sobre si ha encontrado hombres de un solo pie o con un ojo, pigmeos o gigantes.

pues no hay prácticamente diferencia entre el modo de describir una u otra: en ambos casos, los relatores echan mano de idénticos recursos retóricos. Gomez-Géraud (2000a: 81) señala que el intento de los viajeros para aproximar la realidad desconocida —y «verdadera»— a la sociedad receptora mediante el uso de los procedimientos que hemos ido viendo subraya, paradójicamente, la distancia que separa el «acá» del «allá» y que la acumulación de analogías con otros animales conocidos lleva a pensar en el animal exótico como un híbrido (Gomez-Géraud 2000a: 87), sin que se pueda establecer una nítida diferencia entre animal «real» y animal «fabuloso». No se puede negar que el recurso a la comparación del que echan mano Clavijo y Tafur en sus descripciones del elefante o la jirafa no difiere del empleado por Díaz de Games al describir la fabulosa «belva» marina<sup>127</sup>: «[a]vía el cuerpo fechura de pescado, e la boca e pico como águila, e piernas e uñas como león, e alas como ave. E llamávanla '[b]elva' marina» (VIC: 458-459).

La fauna desconocida por el público receptor es caracterizada por los viajeros, sobre todo, gracias a las comparaciones —como hemos visto que ocurría en las descripciones de la jirafa, el elefante o el cocodrilo— pero también mediante la adjetivación. De los animales en general, se nos informa sobre su tamaño: *animalia (muy) grande, mediana o pequeña*; y sobre su mansedumbre, ferocidad o peligrosidad: *animalia mansa, animalia brava, fieras animalias, bestias fieras, bestias bravas, espantables, ponzoñosos animales o fuertes dragones*. De los pescados nos dirán si son *buenos, sanos, frescos o salados*; los azores y los halcones serán *buenos* y se hablará sobre su tamaño: *falcones pequeños* (ET: 95). Además, hemos visto que aparecían algunos adjetivos de color para describir el cuerpo de la jirafa (*blanco, amarillo, dorado*); en *El Victorial* se dice de las vacares que son «*canos, como tordos, prietos e[n] el pico e los pies vermejos*» (VIC: 457). Y también se precisa la forma de ciertas partes del cuer-

<sup>127</sup> También Kappler (1980: 195) señala que es el propio lenguaje y la manera de describir la realidad lo que crea al monstruo, particularmente a través de las comparaciones: «[à] partir des comparaisons, il s'opère donc un insensible glissement vers le fabuleux».

po del animal (el cuello largo de la jirafa, o sus ojos y cuernos redondos, por ejemplo) y el tamaño de éstas.

Tafur se distingue por ser el relator que ofrece mayor número y variedad de detalles sobre los animales. A modo de ejemplo, baste recordar que precisa que los caballos en Turquía son *flacos*, que los tigres «son bestias muy bravas é muy peleadoras é muy ligeras» (AV: 276) o que «[l]os camellos desta tierra [Egipto] son asaz grandes é fermosos, pero non ligeros; los asnos son las más gentiles bestias é de más gentil talle é andariegos» (AV: 118).

### 3.7.8. Balance

Aunque haya que reconocer que nuestros relatos contienen más menciones de animales que verdaderas descripciones de éstos, la fauna constituye un motivo omnipresente a lo largo de todo el corpus y evidencia que «la sociedad medieval cristiano-occidental tuvo una familiaridad con la especie animal como en casi ninguna otra época de la Historia» (Morales Muñiz 1998: 308).

El estudio de la fauna nos ha permitido percibir a los animales en su realidad más inmediata y cotidiana pero nos ha enfrentado, sobre todo, con un universo que encarna –y como ningún otro elemento de la geografía– la alteridad del mundo recorrido tanto por el encuentro de los viajeros con animales exóticos como por la pervivencia en los textos de una fauna fabulosa. Las descripciones de la jirafa y el elefante de la pluma de Clavijo y Tafur llaman la atención por el esfuerzo de observación y verbalización de lo nuevo que suponen, esfuerzo que no hemos podido apreciar de manera tan precisa en las descripciones de los apartados precedentes. De hecho, las descripciones de animales ofrecen un «concentrado» de los recursos discursivos necesarios para transmitir el mundo de «allá» a la gente de «acá» y podemos observar en ellas una especie de sistematización de la «retórica de la alteridad», según la acertada fórmula de Hartog (1980: 225). En otros ámbitos de la geografía física o de las ciudades, estos recursos –que analizaremos sistemáticamente en el capítulo 8 («Transmitir el mundo extraño»)– aparecen en pequeñas dosis o de manera parcial, según la naturaleza de la realidad descrita. Cabe señalar, por último, que los procedimientos de los que se valen nuestros relatores para plasmar la fauna desconocida evocan las innumerables descrip-

ciones de animales que llenarán las páginas de las Crónicas de Indias unos decenios más tarde<sup>128</sup>.

Dejando aparte el lugar destacado que ocupa el discurso sobre la ciudad en nuestros textos –como veremos en las páginas que siguen–, el mundo animal le va a la zaga en orden de importancia y el número de voces que recoge el léxico da buena prueba de ello. El equilibrio entre los distintos apartados de nuestro trabajo nos obliga a limitar el estudio de este tema, que deja interesantes aspectos por ahondar.

### 3.8. LAS AGLOMERACIONES URBANAS

Hemos tratado hasta aquí de arrojar luz sobre diferentes facetas de la geografía física que nuestro corpus nos ofrece algunas veces claramente y con generosidad, y otras, veladamente y con parsimonia. Proseguiremos el camino temático que hemos delineado para esta parte del trabajo y abordaremos ahora la percepción de la ciudad, materia privilegiada en los relatos de viajes y sobre la que ya contamos con importantes trabajos tanto en el ámbito hispánico como en el de la Cristiandad medieval<sup>129</sup>. El interés de los viajeros del Medioevo por el hombre, su entorno y sus actividades les lleva a otorgar un lugar privilegiado a las aglomeraciones urbanas en su discurso. Se puede afirmar que las estancias en las ciudades articulan los relatos ya que los viajeros «saltan» de un núcleo urbano de importancia a otro, silenciando incluso a menudo tanto el camino que los separa

<sup>128</sup> Martinell (1988: 156-157) ofrece ejemplos de estas descripciones de la pluma de los cronistas; en algunos pasajes de viajeros europeos del siglo XVI reunidos por Gomez-Géraud (2000a: 84-86) se percibe igualmente que todos los recursos discursivos para acercar el mundo animal desconocido al público receptor están ya presentes en nuestros relatos de viajes. Algunos viajeros del XV (Breydenbach) y del XVI (André Thevet) integrarán, además, la imagen para ilustrar su discurso sobre la fauna.

<sup>129</sup> El estudio más completo sobre la percepción de las ciudades en los libros de viajes medievales castellanos se lo debemos a Eberenz (1992). En el marco europeo, Zumthor (1993: 111-141) dedica páginas interesantes a la representación de las ciudades en los textos medievales.

como las pequeñas aglomeraciones. A veces, los propios relatores ponen al descubierto este artificio:

é fezimos nuestro camino por la Grecia, *pasando algunos lugares pequeños, que aquí non son de dezir*, fasta que llegamos á Andrinópoli, que era de allí nueve jornadas, (AV: 152-153)

Las descripciones de las poblaciones en nuestro corpus dejan ver los albores no sólo de una nueva percepción del espacio urbano por parte de los viajeros sino también de nuevos modos de plasmarlo en el discurso. Hasta ese momento –y de acuerdo con la tendencia general en la Edad Media a establecer una polarización entre ciudad y naturaleza–, estos núcleos forjados por la mano del hombre se presentaban como opuestos al espacio natural, al espacio virgen:

L'imagination médiévale oppose avec force, à la terre nue, l'espace bâti. C'est là, dans l'organisation de ses thèmes et le fonctionnement de la fantaisie, une polarité primordiale. Le lieu construit et habité (maison, château, monastère) n'est plus un lieu comme les autres. Construit, il est arraché à la simplicité paisible ou terrifiante de la nature. Habité, il est en quelque sorte socialisé. La faible densité de la population en beaucoup de régions et, en d'autres, la concentration des hommes en agglomérations très ramassées contribuent à accuser, dans l'expérience quotidienne, ces contrastes. (Zumthor 1993: 91)

Sin que se pueda afirmar, por supuesto, una desaparición de dicha polaridad, sí que se observa que la oposición empieza a quedar desdibujada, particularmente en las aglomeraciones orientales. Las páginas dedicadas a la geografía física ya han proporcionado elocuentes ejemplos en los que la naturaleza –sobre todo en aspectos como la vegetación, las aguas marítimas o fluviales, o el relieve en el caso de la *Embajada*– se presenta en los textos del corpus en estrecho contacto con la ciudad. Este apartado nos dará ocasión de vislumbrar nuevos lazos entre espacio construido y naturaleza.

Por lo que se refiere al discurso sobre el mundo urbano, se pueden apreciar también cambios notorios con respecto a textos anteriores. Si en un análisis realizado por Zumthor (1993: 112-113) de veinticinco descripciones de ciudades de los siglos XII al XV, el crítico observa una tendencia a la enumeración admirativa de las muestras

características del poder de la urbe –murallas, puertas, iglesias, palacios, torres, riqueza y belleza de los alrededores– y señala una tipificación del discurso –sobre todo en las más antiguas–, los análisis presentados aquí pondrán de manifiesto que los viajeros-relatores –partiendo de la observación y de sus propias vivencias– consiguen individualizar en buena medida los espacios descritos, distanciándose de los cánones tipificadores medievales. En las páginas que siguen, evaluaremos la impronta en nuestro corpus de los modelos textuales vigentes, en particular de la *laus urbis* y de las guías de peregrinación. Observaremos que la visión mítica y simbólica de ciudades como Jerusalén o Constantinopla –propia de textos anteriores– es sustituida por una percepción materialista y realista de dichas urbes con descripciones precisas que no ocultan en ningún momento, según los casos, su decadencia política, material, económica e incluso espiritual. Los nuevos espacios para la admiración y la «maravilla» se construyen principalmente en torno a temas como la exuberancia, la riqueza y la otredad de la ciudad, y se encuentran tanto en aglomeraciones orientales como occidentales.

Este apartado pondrá de manifiesto, sobre todo, que las descripciones de los núcleos urbanos son un crisol de la multiplicidad de aspectos concretos que pueden interesar a la sociedad receptora. Procedentes de medios urbanos, los viajeros destinan sus relatos a un público también mayoritariamente ciudadano. Por ello, aparte de la realidad material de la ciudad, de su urbanismo y de su aspecto exterior, la dimensión histórica, política, económica, comercial, militar, religiosa, etnológica, cultural o artística quedará reflejada en los relatos, configurando un discurso diversificado según el contexto pragmático de cada una de las obras: una vez más son tanto el objetivo del viaje y del relato, como los intereses de emisores y destinatarios los que determinan los aspectos que los viajeros-relatores ponen de relieve en las descripciones de las ciudades. Cada relato tenderá, pues, a privilegiar contenidos ligeramente diferentes y a enfatizar distintas temáticas, creando así un espectro de estampas urbanas que van de las florecientes ciudades comerciales de Venecia o Brujas, a las ciudades de peregrinación como Jerusalén o Roma, pasando por la monumental Constantinopla o las aglomeraciones exóticas de Samarcanda y El Cairo.

### 3.8.1. Visiones diversificadas

Las descripciones de ciudades en la *Embajada* ocupan un lugar importante en el conjunto general del relato y se presentan bien delimitadas textualmente, con un claro comienzo y un claro final, y con digresiones bien acotadas, cuando las hay. A lo largo de las páginas precedentes, ya hemos podido percibir que la *Embajada* forja un discurso que pretende ofrecer una imagen ordenada del mundo; por lo que se refiere a las ciudades, dicha imagen debe ser, además, lo más detallada y objetiva posible y debe permitir su visualización –sobre todo espacial– al público receptor. Para ello, los relatores echan mano de una serie de recursos<sup>130</sup> que les llevan a presentar de manera estructurada la topografía de los espacios urbanos y la situación de sus principales edificios. Las ciudades suelen describirse en bloques compactos, a menudo frontalmente y desde el exterior de las mismas. Esta presentación de la urbe responde a una de las demandas de la sociedad receptora –y especialmente del monarca– ya que permite dar cuenta de su situación estratégica y capacidad defensiva en caso de guerra. Sin embargo, en núcleos importantes como Constantinopla o Samarcanda, la descripción se amplía y se organiza a modo de paseo con un itinerario articulado alrededor de monumentos urbanos particularmente relevantes como iglesias, monasterios, edificios civiles o religiosos (Constantinopla) o con un itinerario por el campamento de Tamorlán (Samarcanda). En ese caso, el discurso se centra más en los contenidos de las ciudades que en la mera situación espacial de sus constituyentes.

Si éstos son rasgos comunes al conjunto de descripciones urbanas en la *Embajada*, podemos observar otros que reflejan diferencias según el ámbito geográfico y cultural de las ciudades descritas. Así, a lo largo del recorrido europeo hasta Constantinopla, los embajadores presentan las ciudades ante todo como una realidad material: destacan su situación, elementos defensivos, accesos, topografía y ubicación de los edificios –especialmente religiosos–, pero silencian la presencia del hombre. De la ciudad, interesa la faceta de la *urbs*, construcción material, frente a la *civitas*, conjunto de los habitantes

---

<sup>130</sup> Estos recursos serán analizados en el capítulo 6 («Verbalizar el espacio»).

que viven en ella (Zumthor 1993: 123; Eberenz 1992b: 35). Se trata, generalmente, de una ciudad vacía, descrita desde el exterior: la mención de la llegada y la partida de los viajeros es la única referencia al hecho de haber «estado» en ellas y, por ejemplo, es muy escasa la información sobre los lugares donde se aloja la comitiva. De este modo funcionan descripciones como las de Málaga, Gaeta, Mesina, Rodas o, a modo de ejemplo, la de Ibiza:

E la villa está poblada en un otero alto que está junto con el mar, e tiene tres cercas, e entre cada cerca mora gente; e tiene un castillo en lo más alto de la villa faza la mar, e tiene altas torres e cerca sobre sí; e la iglesia de la villa está a par del castillo, e tiene una torre alta que se contiene con el dicho castillo. E cerca de la villa e castillo, de partes de fuera, está una cerca sola. [...] En la cerca de la villa, ha una torre en que están fechas unas casas que llaman la torre de Abicena, e dizen que d'esta isla fue natural Abicena. E en la cerca e torres d'ella están pedradas de ingenios que'l rey don Pedro hizo lançar cuando la tovo cercada. (ET: 84)

Una vez en Constantinopla, la importancia, magnitud y riqueza de la urbe invita a los redactores a ampliar y detallar la información recaudada, y la antigua capital del imperio bizantino aparece como un espacio «visitado». No en vano los embajadores solicitan al emperador que les guíe por la ciudad y la descripción se estructura de acuerdo con el itinerario seguido. A pesar de ello, los visitantes se eclipsan en el discurso a favor de los edificios descritos –particularmente las iglesias y sus reliquias– y casi nada se menciona sobre los habitantes de la ciudad<sup>131</sup>.

Con la llegada a Oriente, a partir de Trebisonda, cuando la comitiva abandona la ruta por mar y se adentra en tierras asiáticas, el relato empieza a evocar lo vivido, ofreciendo una fresca estampa de la experiencia de la alteridad. El encuentro con Oriente, con unas culturas claramente diferenciadas de la propia y con un ambiente religioso ajeno al cristianismo modifica la percepción de los relatores, secularizándola y, en cierto modo, vivificándola. Las ciudades, ahora con sus gentes y sus modos de vida y costumbres, van a ser motivo una y

<sup>131</sup> Analizamos en la segunda parte de este apartado las páginas dedicadas a Constantinopla.

otra vez de observaciones, comentarios y descripciones por parte de los castellanos, que aparecen no sólo como fieles transmisores de las realidades de las que son testigos, sino también como individuos curiosos, abiertos, receptivos y hasta entusiastas frente a lo que viven. Algunos elementos del patrón utilizado hasta este momento para describir las ciudades deben adaptarse a las nuevas realidades. El modelo descriptivo en el que se daba cuenta con prioridad de las realidades materiales se diluye en tierras de Oriente y en su lugar asoman los mercados, la vida en la calle y también el hombre con sus actividades y costumbres. Las ciudades que recorren los castellanos –Tabriz, Soltania, Teherán, Damogan, Bujara y la propia Samarcanda– constituyen núcleos importantes en el entramado de la ruta de la seda, por lo que los viajeros dan cuenta de los pueblos que participan en la actividad mercantil, de cómo se organiza ésta y de los productos con los que se comercia. Por otro lado, estos centros despiertan la admiración de los embajadores no sólo por ser lugares de intenso intercambio comercial y puntos de encuentro de gentes llegadas de los más recónditos lugares del mundo sino también por las costumbres que observan en ellos. Por fin, los embajadores parecen entrar en la ciudad y mezclarse con sus gentes, aunque sea discretamente, y ello repercute en los contenidos descritos pese a que continúe primando la distancia y la objetividad en la manera de presentarlos.

Así, después de empezar la descripción de Tabriz con referencias a su situación, el relieve circundante y las aguas que la riegan, los relatores ofrecen una visión del interior de la ciudad:

E por la dicha ciudad ha muchas rúas e calles muy ordenadas, ca entre estas calles e rúas venden muchas cosas, e están oficiales de muchas maneras, muy bien ordenadas; e d'estas alcacerías salen ciertas puertas e ciertas rúas do venden muchas cosas, así como paños de seda, cendal's e tafes e sedas e aljófar. En estas alcacerías venden otrosí muchas cosas. E es ciudat de grand bollicio e de muchas mercadorías. E en un lugar d'estas alcacerías están unos omnes que venden muchas oluras e afaites para las mujeres, e ellas mismas vienen allí a lo comprar, e se afeitan e untan con aquellas cosas; e vienen todas cubiertas con sábanas blancas, e ante los ojos, unas redes de sedas prietas de cavellos; así van cerradas, que las no pueden conoscer. En esta ciudat ay muy grandes edificios de casas e mezquitas, fechas de maravillosa obra de azulejos e de losas e de

azul e de oro e de obra de gesería, e vidrieras muy fermosas e muchas. [...] E entre estas dichas obras e edificios, avía una grand casa que tenía una cerca sobre sí bien fermea e de obra rica, en la cual casa avía veinte mil cámaras e casas e apartamientos. [...] E esta ciudat es muy grande e muy rica de moneda e de muchas mercaderías que en ella se tratan de cada día; e dizen que otro tiempo fue más poblada, pero en lo que oy día es poblada, ay más de dozientas mil casas. E en ella ay muchas plazas en que venden muy reglada e limpiamente carne cozida e adovada de muchas maneras, e muchas frutas. [...] E por las calles e plaças d'esta ciudat a muchas fuentes e pilares; e en verano ínchenlas de pedazos de yelo e con mucha jarrillas de letón e de cobre en ellas con que beven las gentes. [...] E otrosí en esta ciudat avía muchas mezquitas e muy ricas e muy fermosas; e otrosí avía muchos baños, los más solepnes que creo que en el mundo pueden ser. (ET: 200-202)

Si comparamos la descripción de Tabriz con la de Ibiza, podemos ver que se han incorporado nuevos elementos en la percepción de la ciudad. Por un lado, hay presencia humana, pues hombres y mujeres ocupan el espacio urbano e incluso se ofrece información sobre su atuendo: en Tabriz los embajadores ven, seguramente por primera vez, a mujeres cubiertas con la *burka*. Por otro lado, se percibe el movimiento y la actividad de la urbe: el vaivén de la multitud en el zoco donde se realizan las transacciones comerciales y las referencias a los productos con los que se comercia ya sean de tipo suntuario –telas ricas o perlas–, ya productos de belleza –cosméticos o perfumes–, ya alimentos básicos como carne o frutas. Los embajadores observan el orden que reina en el mercado en el que vendedores y artesanos se agrupan según sus respectivas actividades. Además, no les pasan desapercibidos otros centros de actividad de las ciudades musulmanas como mezquitas, baños y fuentes. De los edificios religiosos y civiles, admirán el trabajo decorativo a base de azulejos, yesería y vidrio, característico del arte islámico. Los datos sobre la demografía de la ciudad, con los que enriquecen su descripción, recuerdan uno de los objetivos de la redacción de la *Embajada*, la de proporcionar al rey de Castilla un informe sociopolítico fidedigno de las tierras que recorren.

Frente a una voluntad general de facilitar una imagen precisa, distante y objetiva –motivada por el carácter oficial del texto de los

embajadores—, el discurso de Tafur sobre el espacio urbano aparece teñido de impresionismo, implicación personal y subjetividad. También aquí, tanto los objetivos explícitos del viaje —«venir en conocimiento de lo más provechoso á la cosa pública é estableçimiento della» (AV: 2)— como el objetivo velado del relato —la valorización personal del viajero y el reconocimiento de su linaje— están en íntima relación con las imágenes de la ciudad que Tafur ofrece, así como con su manera de presentarla.

En las *Andanças e Viajes*, los núcleos urbanos ocupan un lugar preponderante aunque —al contrario que en la *Embajada*— Pero Tafur siempre aparece inmerso personalmente en ellos. El relato descubre con frecuencia el interior de la ciudad con constantes referencias a sus calles, a sus casas y a los lugares donde el viajero se hospeda. Menudean los verbos *visitar*, *mirar* y *ver* que introducen las descripciones y colocan al relator en el papel central de actor, observador y transmisor. El espacio urbano de Tafur refleja el de los medios aristocráticos, eclesiásticos o comerciales con los que el protagonista entabla relaciones de inmediato, una vez que ha llegado a su destino. Por ello, en la polaridad *urbs-civitas*, Tafur muestra un marcado interés por la *civitas*, por los habitantes y la faceta humana. La ciudad de Tafur no es, como en la *Embajada*, un espacio presentado de manera objetiva y tampoco se limita este viajero a reflejar la mirada de un extranjero sobre las actividades de una ciudad y de sus gentes. La ciudad de Tafur deja ver, ante todo, un entramado social en el que el viajero halla rápidamente un lugar al lado de los poderosos —altas jerarquías políticas y eclesiásticas de su época y alta burguesía de comerciantes—, lo que le valoriza personalmente. Así, si el tratado de Tafur refleja la «construcción de una memoria linajística» (Gómez Redondo, 2002: 3425), también deja ver un proceso de afirmación personal que queda ilustrado en su modo de presentarse como actor dentro del espacio ciudadano. Su visita a Ferrara, donde se entrevista con el Papa y muestra su total familiaridad con el Emperador de Constantinopla, lo ejemplifica ampliamente:

é de allí me fui á Ferrara, do estonçe estava el papa Eugenio é el emperador de Constantinopla é muy muchas gentes, que allí avían ocurrido por ver la union de la yglesia con los griegos. É el segundo dia, bien acompañado de castellanos, fui á ver al papa Eugenio, é me resçibió

bien, é quiso saber de mí largamente el fecho de Ierusalem é del Soldan é del Turco, é áun del Emperador que tenía aí consigo, qué poder era el suyo; é yo oí todo, é de aquello que sabía, satisfece á su demanda, é con tanto me partí dél. E ese dia en la tarde fuí ver al emperador de Grecia é díle letras de su muger é de su hermano el Díspote, el qual me rescibió muy alegremente, diciendo que como á pariente é onbre de su tierra, é allegóme mucho á sí, é fizome asentar allí baxo cerca de sí, preguntándome por las nuevas de su tierra, é rogándome que, tanto que estoviese allí, cada dia le visitase, aunque mayor plaçer le faría si me viniese á posar con él; ya él estava commigo doméstico mucho; posaba él en unos palaçios del marqués de Ferrara, que son sobre el agua del Poço, que llaman del Parayso, un muy gentil aposentamiento. [...] É aquel dia ovo de yr el Emperador á fablar al Papa, é fui con él; [...] é despues partímosnos de allí, é el Papa se entró en su cámara, é el Emperador se vino á su posada acompañado de quantos allí estavan en la corte. [...] é el Emperador entró en su posada, é despidiéronse todos, é yo quedé allí, é entré con él, é fizome comer aquel dia con él, mostrándome mucho buena voluntat. (AV: 220-222)

Con un discurso cuajado de huellas del «yo» del relator, narra Tafur su llegada a Ferrara y sus encuentros; sólo después, proporciona información organizada y sistemática sobre la ciudad, incluyendo comentarios sobre su belleza, tamaño, urbanismo, defensas, riqueza de las tierras circundantes y dependencia fiscal del Papado:

É esta çibdat es de las gentiles que yo he visto por el mundo, é es de grandeça como Valladolid, pero muy bien encasada é muy gentiles calles é muy bien murada con barrera é fossado, un castillo á un canto sobre la rivera de Po, muy fermoso de dentro é muy mucho más de fuera; la tierra muy gruessa de lavor, é entorno de muchas huertas de todas frutas. Esta çibdat es tributaria al Papa, é dizen que estava en çiento é cincuenta mil ducados, é de poco en poco se deçendió á diez é seys mil, é agora queda en tres mil, é adelante diré la raçon (AV: 223)

La descripción de Pero Tafur se basa en una enumeración de las características de Ferrara y de sus construcciones en general. La topografía y la situación de los edificios en el espacio –uno de los ejes de las descripciones de ciudades en la *Embajada*– no preocupan particularmente al viajero, que se interesa más bien por la estética, el urbanismo, la demografía, el comercio y la organización política de las

ciudades visitadas, facetas que pone de relieve en su discurso. Así, de Florencia nos dice: «é estuve aquí ocho dias mirando la çibdat, la qual es una de las más fermosas de la xpiandat, ansí en fermosura como en grandeça como en riqueça é regimiento» (AV: págs. 292). La importancia y el valor que concede el viajero a estos aspectos de la vida urbana le llevan a expresar su satisfacción y sentimiento de bienestar cuando las encuentra reunidas en las ciudades que visita: «[é] pasé este tiempo en Veneja aviendo mucho plaçer é mucho descanso, é aun no faziendo grant gasto, é cada dia mirando cosas ricas é gentiles» (AV: 41).

En el ámbito del urbanismo, el viajero presenta un marcado interés por las viviendas –que ya ha sido señalado por Carrizo (1997: 101-106)– y, durante su periplo por Europa, las describe, poniendo de relieve los rasgos que las caracterizan. Importa recordar que Tafur será, entre nuestros viajeros, el que más ciudades europeas recorra, incluyendo las del centro y el Norte del continente. De todos estos espacios nos dejará un fiel testimonio de la huella que una rica burguesía en pleno auge va imprimiendo en la vida urbana. Pensamos aquí en la pavimentación de las calles y su limpieza, los servicios públicos, la importancia de los hospitales, la presencia de casas de cambio, la comodidad de los mesones o la vivienda particular.

Un último punto que diferencia el discurso urbano de Tafur del de Clavijo son las frecuentes digresiones que el relator inserta en ellas. Lejos del carácter compacto y estructurado que suelen presentar las secuencias descriptivas en la *Embajada*, Tafur mezcla en sus interpolaciones el rumor, la anécdota, la leyenda y la historia a la descripción de la urbe, imbricando así hombre, mito y tiempo, al espacio<sup>132</sup>.

Otra percepción del núcleo urbano se desprende de la lectura del *Viaje a Jerusalén*. Como en la *Embajada*, el relator desea proporcionar información objetiva sobre la ciudad –facilitando en este caso numerosos datos cuantitativos– y también aquí, al igual que en la *Embajada*, el relator se limita a mencionar su llegada y partida de la ciudad, ofreciendo muy raras veces detalles sobre su estancia, sus vivencias o su interacción con la población local. De este modo, la

<sup>132</sup> La descripción de Ferrara, por ejemplo, incluye una larga digresión con información sobre el Conde de Ferrara.

presencia del relator se desvanece y el protagonismo principal recae sobre el referente, la aglomeración urbana. Sin embargo, a diferencia de Clavijo, el Marqués de Tarifa no pretende «hacer ver» la ciudad a su público destinatario: son pocas las menciones a la topografía de las urbes –salvo en el caso de Jerusalén, como observaremos un poco más adelante– o a la situación de sus principales construcciones y edificios en el espacio. La adjetivación, a menudo escasa, impide caracterizar el espacio urbano. Las descripciones de ciudades se estructuran más bien a partir de la acumulación de información relevante a juicio del marqués –y que responde obviamente a sus intereses–, como ocurre en la secuencia sobre Florencia:

Es vna ciudad grande; passa vn río por medio; tiene quatro puentes de piedra; son las calles muy largas e anchas; tiene muy buenas casas, avnque son pocas, lo mejor es las portadas; todas las más son comunes, de manera que en vna calle ay quattro o cinco casas muy altas e las otras son baxas; es toda enlosada. Ay de las puertas adentro sesenta monesterios de monjas e frales (*sic*) e de fuera veynte o treynta, los más son pobres. Tiene dos hospitales, vno de enfermos, vno de hombres y otro de mugeres, enfrente el vno del otro, que tiene honze mill ducados de renta e de gasto diez e nueue mill, e otro donde crían niños y se casan las que son mugeres, que tiene de renta tres mill ducados e de gasto ocho mill ducados, lo de mas destas rentas son de limosnas. Tiene la ciudad de renta trezientos e cinquenta mill ducados. Es arçobispado. Tiene vna yglesia y vna torre muy hermosa de fuera e vna capilla junto a la yglesia que llaman de Sant Juan, adonde todos se baptizan, (VJ: 313-314)

En este pasaje, el relator se refiere a las dimensiones de la ciudad; al río Arno que la atraviesa; a las obras públicas de importancia (los puentes); a los elementos urbanísticos (trazado de calles, viviendas, pavimento); al número de monasterios con los que cuenta Florencia y su situación, intramuros o extramuros; a las instituciones sociales (hospitales, orfelinatos o universidades); a las jurisdicciones eclesiásticas y a las rentas que producen las instituciones urbanas o la propia ciudad.

A este tipo de datos –frecuentes en las descripciones del espacio ciudadano del marqués– se suele añadir información sobre la situación de la urbe, elementos defensivos (fortificaciones, murallas, to-

rres, fosos, fortalezas), partes en que se divide, edificios públicos, existencia de jardines y noticias sobre su actividad política. Sin embargo, los detalles sobre la situación y las defensas de la ciudad no ocupan un lugar dominante en el relato de don Fadrique, por lo que contrastan con la importancia que revestían en el texto de Clavijo; el mundo de la guerra queda muy alejado de los intereses del marqués.

En cambio, en consonancia con su condición de peregrino, el discurso de don Fadrique sobre el mundo urbano se caracteriza por la abundante información referente a edificios religiosos y congregaciones –iglesias, monasterios, conventos– que encuentra en el camino y que pueden ser de interés para los destinatarios de su relato. Dado que la adoración de las reliquias constituye una de las actividades habituales en una peregrinación, menciona de manera sistemática los restos santos que se custodian en los lugares visitados.

Por otro lado, tanto las funciones públicas de don Fadrique –recordemos que ostentaba el importante título de Adelantado Mayor de Andalucía– como su faceta pre-humanista le llevan a mostrar un interés particular por la organización social y el urbanismo. Cuando el viajero empieza a recorrer las ciudades italianas, se fija en su trazado, su pavimentación y sus casas. De Milán, Bresa y Verona el relator admira las calles largas y anchas, en evidente contraste con las tortuosas callejuelas de su Sevilla de origen<sup>133</sup>. Las obras de ingeniería –los puentes, por ejemplo– y las actividades industriales –los molinos en Padua o las manufacturas de seda en Boloña– encuentran también su lugar en el discurso del marqués. Las instituciones de utilidad pública llaman la atención del noble viajero, que da cuenta de los hospitales y hospicios (Milán, Bresa) o de los establecimientos educativos de las ciudades que recorre (el «estudio de Mediçina y Curugia» (*sic*) en Montpellier o el «estudio general» en Turín). Menciona asimismo las entidades relacionadas con el comercio y las finanzas: casas de cambio o de préstamo («casa en que prestan dine-

<sup>133</sup> Como señala Vicente Lleó Cañal (2001: 101): «[...] el viaje a Jerusalén del sevillano supuso, en su recorrido por Italia, el encuentro de una persona procedente de una ciudad aún fuertemente islamizada, sobre todo en el ámbito de lo doméstico, y cuya mayor novedad artística la constituía el góticorezagado de la Catedral, con la cultura del Renacimiento italiano, en ese mágico primer cuarto de siglo XVI [...].».

ros» en Boloña, «casa en que prestan dineros a pobres» en Verona). Escasean, sin embargo, las referencias a los lugares donde el viajero se hospeda, muestra de la voluntad de redactar un texto donde distancia y objetividad funcionan como filtros para describir el mundo recorrido.

Ya hemos ido viendo en los apartados precedentes que las descripciones del marqués destacan dentro del corpus por la importancia que se concede a los datos cuantitativos: si don Fadrique registra sistemáticamente la distancia entre las poblaciones, también contabiliza el número de monasterios, iglesias, hospitales u otros edificios o instituciones de interés público que se encuentran en las ciudades que jalonan su recorrido, y menciona con frecuencia la renta de ciudades (de Pavía, por ejemplo), instituciones (del «hospital grande» de Milán) o personas influyentes (del Marqués de Mantua de quien «[D]izen que pasa su renta de ochenta mill ducados»). A este respecto, hay que mencionar el marcado interés del viajero por los aspectos económicos que hacen de su *Viaje* un libro de peregrinación un tanto especial.

Por último, observamos que, pese a que las ciudades del marqués se definan más por sus instituciones religiosas o civiles y su urbanismo que por sus gentes, muy de tarde en tarde asoman las ocupaciones y costumbres de sus habitantes, como en la descripción de Milán:

las mugeres son muy costosas en el vestir y en lo de los carros, porque en teniendo su marido trezientos ducados de renta mantienen vn carro con dos cauallos. Ellos son, al contrario, que más cuidado tienen en el ganar. (VJ: 192)

Así como las descripciones de ciudades son un componente esencial en los tres textos ya comentados, en *El Victorial*, éstas se insertan casi a modo de ilustración. El objetivo principal del relato –que no es «contar» el mundo– junto a su componente caballeresco puede explicar la menor importancia que reviste en él el mundo urbano. Con una estructura básica parecida a la de las descripciones en la *Embajada* –aunque muchísimo más cortas– las ciudades de *El Victorial* aparecen en forma de bloques breves, compactos, homogéneos y sin digresiones. En un relato que narra sobre todo campañas bélicas marítim

mas, son prioritarias las descripciones de urbes costeras, percibidas frontalmente desde el mar, y en las que se sitúan en el espacio los referentes seleccionados. De Gijón, Málaga, Marsella, L'Alguer, Túnez, Plymouth, Harfleur y Calais se pone de relieve su situación estratégica, gracias al mar y las mareas, a la topografía o a las fortificaciones, datos que suelen adquirir protagonismo en las descripciones; la de Harfleur, por ejemplo, se articula en buena medida en relación con el mar:

Haraflor es una fermosa villa, e tiene buen puerto de alta mar. Entran los navíos dentro en la villa por una ría que pasa por medio della; e cerca la mar la mitad della, e de la otra parte tiene buen muro, e muy fuertes torres, e tiene la cava labrada muy fermosa de cal e canto, e llena de agua. Entran por puentes levadizas, e las puertas dobladas; están cada una de las puertas entre dos torres muy fuertes. Esta villa es sienpre muy bastecida. Es muy rica de mercadores: fazen en ella muchos paños. (VIC: 388)

La ciudad de Díaz de Games es una ciudad portuaria, que se dibuja con los trazos característicos del refugio marinero y la referencia a la seguridad de los puertos se repite en su relato. Por otro lado, un acusado acento bélico marca el discurso de *El Victorial* sobre la aglomeración urbana: interesa poner de relieve el equipamiento militar del que disponen las ciudades así como la presencia de atarazanas. El relator observa que La Rochelle es «una villa de França, muy rica e muy guarnida sienpre de guerra» (VIC: 316) y esta última característica la atribuye también a Talamón y a Roanote. En Túnez señala que «[a]llí está la tarazana, en que an sienpre diez galeas; nunca en ningund tienpo está el puerto sin galea armada» (VIC: 294). Murallas, cercas, torres, fosos, puentes levadizos, castillos, alcázares, fortalezas, palacios, puertas y atarazanas –las construcciones que se mencionan en las ciudades de *El Victorial*– ocupan el primer plano de la descripción. Quedan así prácticamente eclipsadas del discurso urbano las referencias a edificios religiosos: iglesias, monasterios y conventos, tan centrales en los demás textos del corpus –aunque desde ópticas ligeramente distintas– no aparecen en *El Victorial*. Tampoco interesa sobremanera a Díaz de Games dar cuenta de las actividades comerciales de una urbe. Es revelador que de Brujas, la capital co-

mercial de la Europa del Norte en la Edad Media, el relator se limite a mencionar que «[c]onpró allí el capitán paños, e armas, e joyas, e bolvióse al Esclusa» (VIC: 429) mientras que Tafur, en cambio, aprovecha su estancia en la ciudad flamenca para integrar una larga comparación entre las actividades comerciales de esta urbe y las de Venecia. En el universo caballeresco que desea reflejar *El Victorial*, el dinero y el negocio apenas encuentran cabida.

Frente a la preponderancia de todas estas villas costeras, en cambio, no encontramos descripción alguna de ciudades del interior como París, por ejemplo, donde Pero Niño realiza una breve estancia. Ruán será en este sentido la excepción pero ello vendrá justificado una vez más por criterios pragmáticos ya que la ciudad se presenta como un puerto fluvial de primera importancia.

Escasean asimismo las alusiones a las estancias de Pero Niño y los suyos en las ciudades. Excepcionalmente, de Málaga se dice que «es una fermosa çivdad de mirar» (VIC: 275) y se añade que «los que quisieron entraron en la çivdad, e fueron a la casa de los ginoveses e a mirar la judería e la tarazana» (VIC: 276). En Ruán, el capitán se alojó en «una grand posada e fermosa, e sus gentes en otras posadas alderredor de aquélla» (VIC: 390); de Brujas se destaca la presencia de mercaderes castellanos y Pero Niño realiza allí algunas compras, como hemos mencionado; en París, por último, se narra la participación del protagonista en justas y torneos. Las referencias a ciudades no nos permiten reconstruir, pues, su tejido socioeconómico ni dejan traslucir tampoco la implicación de los poderes políticos en las actividades de las mismas.

La última faceta en el prisma de visiones urbanas que nos brinda nuestro corpus la encontramos en el *Libro del infante don Pedro de Portugal*. En el largo itinerario que conduce al infante y a su séquito desde Barcelos (Portugal) hasta el reino del Preste Juan, los viajeros hacen alto en las ciudades. Si Gómez de Santisteban apenas ofrece información sobre el trayecto que separa unas de otras, también se muestra parco en las noticias que proporciona sobre ellas. En muchos casos, se limita a mencionar su nombre, ofreciendo a lo sumo una pincelada sobre algún dato relevante, como en esta breve descripción de El Cairo:

& fuemos le a hazer reuerencia ala ciudad del cayre que es de [hasta] quatrocientos mill vezinos & son cinco cercas enla ciudad. E la cerca del omenaje es fecha toda de piedras de diamantes. (DP: 22)

El *Libro del infante don Pedro* se caracteriza por ser el único texto que presenta una imagen claramente idealizada de la ciudad oriental. Vemos que, en El Cairo, cinco murallas rodean la ciudad y una de ellas –la del homenaje– aparece decorada con diamantes, lo que no deja de evocar la descripción de la Ciudad de Dios en el Apocalipsis (21, 19-20). Este lujo oriental se hace especialmente patente en las descripciones de los interiores de residencias señoriales como en la Meca donde paredes, suelos y muebles están recubiertos de piedras preciosas:

E las paredes della eran engastonadas decornerinas & de esmeraldas. Y el suelo desta sala era toda solada con vnicornio & jaspe[s]. & las mesas eran todas entalladas de camafeos. & de diamantes. (DP: 36).

En otras ocasiones, el relator caracteriza las ciudades mediante breves epítetos: a Babilonia la llama «la poblada» (DP: 10) al igual que a Jerusalén (DP: 16). A esta última la califica igualmente de «sancta ciudad» (DP: 13) y de Albes dice que es «la mejor & más noble ciudad que ay enel mundo» (DP: 43). De algunas urbes, suministra datos demográficos: así, El Cairo, según el relator, cuenta con 400.000 habitantes; Troya, con 300.000; Asian, con 200.000; Panfibian, con 600.000 y Capadocia, con 80.000. Estas cifras contrastan con la población de las ciudades peninsulares ya que, a mediados del siglo XV, Sevilla con sus más de 40.000 habitantes era la ciudad más poblada del reino de Castilla (Ladero Quesada 1996: 14 y 16) y a principios del XVI cuenta con 60.000 habitantes por lo que se convierte en una de las más pobladas de Europa (Martínez Shaw 2001: 67). Si la densidad de población en tierras asiáticas provoca la extrañeza de los viajeros, el hecho de mencionar el elevado número de habitantes de una ciudad es, sobre todo, un recurso para ofrecer una imagen de su poder y riqueza (Zumthor 1993: 114). Además, en un viaje imaginario, los datos cifrados contribuyen a dotar de veracidad al texto. Los mismos objetivos puede perseguir el relator al referirse a la magnitud de una urbe: don Pedro y los suyos tardan un día entero,

por ejemplo, en recorrer el trayecto que separa la entrada de Samarcanda de las residencias de Tamorlán.

Por último, el relato de Gómez de Santisteban integra referencias a ciudades bíblicas que, a la imagen de la Babilonia maldita, se presentan como espacios del mundo al revés (Le Goff 1977: 294): alrededor de Sodoma y Gomorra encuentran los viajeros un lago de agua negra en el que las piedras flotan y la paja se hunde y donde los árboles dan frutas de aspecto envidiable pero son de sabor amargo y están llenas de carbón.

Contrariamente a la experiencia vivida y a la observación que reflejan las descripciones urbanas de los demás textos del corpus, las breves alusiones a ciudades en *El Libro del infante don Pedro* se basan en una geografía libresca y se limitan a ofrecer pinceladas tipificadas sobre la ciudad.

### 3.8.2. Imágenes de las aglomeraciones urbanas

Vamos a dedicar ahora una atención particular a algunas descripciones de ciudades con el objeto de exemplificar y ampliar los rasgos generales esbozados hasta aquí, contrastando la mirada particular de cada uno de los viajeros. Viajaremos así a la Venecia y a la Jerusalén de Pero Tafur, el Marqués de Tarifa y Gómez de Santisteban. Los embajadores y Tafur nos conducirán a Constantinopla y, de la mano de estos mismos viajeros, penetraremos en las ciudades orientales de Samarcanda y El Cairo.

#### 3.8.2.1. Venecia

Dado que en el puerto de la Serenísima solían embarcarse los que se dirigían a Tierra Santa, son los viajeros-relatores que peregrinan a Jerusalén –Tafur, Gómez de Santisteban y el Marqués de Tarifa– los que nos ofrecen en sus textos referencias sobre Venecia. En el *Libro del infante don Pedro*, éstas se reducen a la mención de haber zarpado de aguas vénetas rumbo a Chipre, mientras que en las *Andanças e Viajes* y en el *Viaje a Jerusalén* la ciudad está descrita con detalle.

Recordemos que Venecia funciona como base de operaciones en el largo periplo de Pero Tafur: el viajero toma esta ciudad como punto de partida para sus recorridos. Sin embargo, hay que esperar hasta su tercera estancia en Venecia –antes del periplo centroeuropeo– para

que el viajero despliegue una pormenorizada descripción de este espacio urbano. El cordobés regresa allí el día de la Ascensión, luego de una ausencia de dos años, y describe la fiesta de los desposorios del mar y la urbe, que se celebra en esta fecha; aprovecha asimismo para evocar los acontecimientos históricos que se conmemoran en esa ocasión. Después de relatar algunos encuentros e incidentes ligados a su llegada, pasa a informar sobre la población de Venecia, su perímetro, la densa construcción de la ciudad –que debía de contrastar con la repartición más diseminada observada en otros lugares– y sus castillos, señalando que la ciudad carece de murallas y de fortaleza. Pone de relieve su seguridad y su fuerza defensiva –que radican en la situación estratégica de Venecia sobre el mar y en las características de su puerto–, y observa que su particular emplazamiento repercute en diferentes aspectos de la vida de los venecianos. Describe, después, iglesias, monasterios y espacios importantes de la urbe: la Iglesia de San Marco, la plaza Grande y el palacio Ducal, que cumple el triple papel de residencia del señor, cárcel y tribunal de justicia. Trata luego de la organización y el gobierno de la ciudad, su actividad comercial, sus viviendas, sus monasterios e iglesias junto con las reliquias que se custodian en ellos, así como sobre la riqueza de sus moradores. Sigue con una descripción de la fiesta de Carnaval y se interesa por las leyes que regulan la vida del Dux, los señores de la ciudad y sus habitantes. Por último, elogia la actividad en las famosas atarazanas de Venecia, los hospitales de la urbe y la administración de esta ciudad-estado en el Mediterráneo.

Por su parte, a su llegada a Venecia, el Marqués de Tarifa describe extensamente la ciudad a la que califica como «la más hermosa población que ay en la christiandad, porque si no se vee no se puede jusgar» (VJ: 207). A pesar de presentarse como testigo ocular de lo que cuenta, el relator apenas se deja ver en un discurso en el que aparece poco inmerso, aunque en alguna ocasión mencione acontecimientos particulares que presenció. Compara la población de Venecia con la de Milán; explica con detalle la particular construcción de la ciudad sobre las aguas y los tres puertos por los que se accede a ella, lo que le lleva a evocar sus canales y puentes, que cuantifica. Describe luego sus casas; el Palacio Ducal, que funciona como lugar de justicia; la iglesia de San Marco; y la parte principal de la ciudad

—de la plaza de San Marco hasta la Lonja de Mercaderes pasando por el puente del Rialto—, dedicada sobre todo a actividades comerciales. Ofrece a continuación unas pinceladas sobre distintos aspectos del gobierno de Venecia, la administración de la justicia, el comercio, el atuendo de las mujeres, las costumbres matrimoniales y la organización política. Menciona las atarazanas, las partes en que se divide la ciudad y ofrece un recuento de las iglesias y monasterios tanto de hombres como de mujeres.

Al igual que Pero Tafur, describe la fiesta de la Ascensión y también evoca la feria que se celebra en la ciudad desde esta fecha hasta Pentecostés y que anima el comercio en la plaza de San Marco y las calles principales, sin dejar de aludir a la importante industria veneciana del vidrio. Continúa con datos sobre el número de monasterios en las islas de la laguna y la enumeración de los santos cuyos cuerpos reposan en la ciudad<sup>134</sup>. Contabiliza los hospitales y señala la especialización de algunos de ellos en hospitales para indigentes, hospicios o lazaretos; precisa el número de cofradías y de cofrades, y termina mencionando las cuatro islas principales de la laguna, consignando también la cantidad de monasterios que se encuentran en ellas:

Ay quattro lugares en yslas muy bien poblados dentro en este lago de Veneçia. Murán está a vn tercio de legua, adonde ay treynta y tres hornos de vidro; vale diez y seys mill ducados y ay en él diez y seys monasterios de frayles y monjas. Ay otro tercio de legua más adelante el otro, que se llama Torçelo, en que ay tres monasterios de monjas. Ay otro tercio de legua más adelante el otro lugar, que se llama Burrán, en que ay vn monasterio de monjas. Ay otro lugar otro tercio de legua más adelante, que se llama Macoruo. (VJ: 208)

Si comparamos las descripciones de Tafur y el Marqués de Tarifa, vemos que los elementos temáticos seleccionados por ambos viajeros-relatores presentan bastantes parecidos: se observa en ellos un marcado interés por el urbanismo y la organización política, administrativa, comercial y social. Como miembros de la nobleza, los dos andaluces están personalmente implicados en estos ámbitos. Las diferencias en sus textos aparecen en la manera de organizar y tratar

<sup>134</sup> El peregrino despliega una lista de más de treinta santos.

la información y están relacionadas con los propósitos de cada uno de los viajeros-relatores: Tafur aspira, sobre todo, a ofrecer ejemplos del buen gobierno de la ciudad y mostrar modalidades de adaptación del hombre a su entorno. Ya sabemos que, además, desea exhibirse personalmente. El viajero construirá, pues, un discurso que le permita poner de relieve esta diversidad de objetivos. En primer lugar, llama la atención el momento en el que Tafur integra la secuencia descriptiva –tercera estancia en la ciudad– que muestra la prioridad que otorga el viajero a sus actividades privadas sobre la descripción del mundo recorrido. En esta ocasión, además, la descripción no se despliega hasta que el viajero ha contado todas sus peripecias para que las autoridades den libre acceso a la ciudad a las pertenencias que transporta desde Oriente. El relato del marqués, en cambio, por su carácter pragmático, casi utilitario, pretende proporcionar datos precisos al futuro peregrino sobre qué va a encontrar en la ciudad, qué ver en ella y qué santos y reliquias venerar. Interesa poner la ciudad en primer plano y, por consiguiente, el relator desaparece prácticamente del discurso, dando prioridad al referente. Ya hemos señalado que la descripción se despliega a la llegada del viajero a la ciudad.

En segundo lugar, Tafur integra de continuo digresiones en la descripción del espacio véneto que dejan ver la huella del hombre en el entorno ciudadano: la situación geográfica de la ciudad, por ejemplo, le lleva a insertar una explicación sobre el abastecimiento de agua potable por parte de los naturales; la mención de las atarazanas le da pie a contar cómo los venecianos consiguen armar una galera en unas horas; las columnas de la plaza de San Marco le recuerdan la administración de la justicia en la ciudad; la existencia de un orfanato le permite dar cuenta de las relajadas costumbres sexuales de las venecianas; el palacio de los Dogos abre la puerta para tratar sobre el recto gobierno de la ciudad. El estrecho vínculo entre espacio y parentesis digresivos permite ver que éstos, lejos de parasitar la descripción, poseen una verdadera «función adjetivadora» (Carrizo 1997: 33). Además, por el protagonismo que se otorga a los venecianos en la descripción, ésta refleja el dinamismo, el movimiento y la actividad de la ciudad. La descripción del Marqués de Tarifa se presenta, en cambio, de manera ordenada, compacta y sin digresiones.

Los componentes de la ciudad ocupan el primer plano del discurso, relegando las referencias a la vida y costumbres de sus habitantes, aunque éstas se vislumbren, sin embargo, en la descripción de las fiestas. La voluntad de precisión se manifiesta en la recurrencia de datos cifrados (dimensiones, número de canales, puentes, iglesias, monasterios, hospitalares e islas); nombres propios (el viajero facilita la lista de todos los santos que reposan en la ciudad) y la muy abundante toponimia (plaza de San Marcos, calle de la Mercería, puente del Rialto, barrio de la Giudecca, lonja de los Mercaderes, puertos de Chaza (Chioggia) y Malamaque (Malamocco), islas de Murano, Torcello, Burano, y el Lido).

Tercera y última diferencia esencial: la Venecia de Pero Tafur se dibuja con mayor detalle que la del Marqués de Tarifa, con información más precisa sobre la situación y el aspecto de los espacios y construcciones de la ciudad. Basta comparar en los relatos de ambos viajeros los fragmentos que describen la Plaza de San Marco y los monumentos que en ella se encuentran:

En esta çibdat ay muchas yglesias é monesterios muy ricos é de muy suntuosos edifiçios, entre los quales el principal é mayor es la yglesia de Sant Marco, que es la mayor é cabeza de todo; ésta es fecha á capillas á la manera de Greçia, de fuera cobiertas de plomo con sus mançanas doradas, é de dentro de muy fino é muy rico musayco de oro, é áun el suelo del mesmo musayco, sinon que es gruesso é de colores; é á la puerta mayor, ençima de unos arcos en lo alto, están quatro cavallos muy grandes de alaton dorados é bien gruesso oro; éstos truxeron ellos, é tienen allí por magnifiçençia, quando ganaron á Constantinopla. E enfrente desta puerta esta una grant plaça, mayor que la de Medina del Campo, toda enladrillada, é entorno todas las casas encamaradas é enportaladas, é allí cada jueves se faze mercado, sé que mejor quel de la Torre del Campo, aldea de Jahan. Al un canto desa plaça está una torre tan alta como la de Sevilla con un cruxío de oro fino de ducados, bien fermita cosa de ver; paresçe con sol de ochenta millas de allí; é allí están las campanas con que tañen, [descripción de los toques de campanas]. Al un canto desta plaça, fázia la mar, están dos colupnas muy gruessas é muy altas; ençima de la una está Sant Jorge ençima del Dragon, é en la otra está Sant Marco, que es su devisa é su patron; [relato sobre la instalación de las columnas en la plaza]. Entre estas colupnas é la yglesia de Sant Marco está el grant palaçio de la Señoría, é en la una parte dél está apo-

sentado el Duçe é toda su familia, é la otra está patente á quien la quiere ver, ansí aquella grant sala, donde dixe que estava estoriado el fecho del Papa é del Emperador, é aquí tiene su consejo, é otras salas muy ricas, que en ella ay; (AV: 205-207).

El Palaçio de la Señoría es muy grande ado está el Duque y ado van todos los juezes de la ciudad a juzgar. Tiene vn corredor muy grande que sale sobre la plaza ado están dos mármoles que es ado ahorcan a los gentileshombres, que son los que mandan la tierra, y junto con la mar está otros dos mármoles ado ahorcan a los otros, y junto con la yglesia está otro mármol ado ahorcan a los duques. Tiene la Yglesia principal, a que llaman Sant Marcos, que aunque es pequeña es muy riqua, todo de musayco las paredes y techumbre y el suelo de muy buenas piedras. (VJ: 204)

Salta a la vista la brevedad de la descripción del marqués, que se limita a mencionar el Palacio Ducal, las columnas en las que se ejecutaba a los reos según su condición social y la basílica de San Marco. Si las pocas pinceladas que brinda don Fadrique sobre ésta permiten intuir algunos de sus rasgos característicos, las referencias al Palacio de los Dogos y a las columnas ponen de relieve su uso pero no posibilitan su visualización. En el fragmento de Pero Tafur, por el contrario, aparecen formas, materiales, colores y elementos decorativos que llevan al receptor a recrear mentalmente la realidad descrita. En la plaza –a cuyo pavimento y a cuyas viviendas alude el viajero– sitúa el Campanile, las dos columnas y el Palacio Ducal, ofreciendo algunos datos caracterizadores sobre cada uno de los edificios. Facilitan la visualización del conjunto la mayor presencia de adjetivos y las comparaciones. En cuanto a estas últimas, llama la atención que, en un fragmento tan breve, Pero Tafur recurra a tres espacios de Castilla para describir la Plaza Grande: Medina del Campo, Torre del Campo y la Giralda de Sevilla.

Para terminar, veamos que parecidos contrastes entre el discurso de Tafur y el del Marqués de Tarifa se reflejan cuando estos viajeros-relatores describen las viviendas vénetas:

Las casas desta çibdat son muy notables é muy altas é muy encamaradas é con muchas chimeneas, é prēscianse de ricas portadas é siniestras á las calles, labradas ricamente de oro é de azul, bien enmarmoladas; (AV: 209).

Son las casas de muy poco sitio y tienen muchos altos, vnos sobre otros, porque de los baxos no se siruen sino de tener mercaderías. Son muy costosos los edificios porque el tercio se gasta en el fundamento. Todo lo más costoso son vnas delanteras que son de jaspe y de púrfidos y mármoles, esto es lo que responde al agua. (VJ: 204).

Tafur privilegia una vez más los aspectos visuales y estéticos mediante un uso abundante de sustantivos que evocan color –*oro* y *azul*– y de adjetivos –*notables, altas, encamaradas, ricas, siniestras, enmarmoladas*–, algunos de los cuales –*notables, ricas*– reflejan la subjetividad del relator por su carácter valorativo. El marqués, en cambio, se interesa por los aspectos funcionales de la arquitectura y por cuestiones relativas al coste de los edificios en un fragmento claramente marcado por la objetividad y la expresión de la causalidad como revelan el uso del «porque» y de la oración con sentido causal «esto es lo que responde al agua».

### 3.8.2.2. Constantinopla

Cuando los embajadores llegan a la antigua Bizancio en 1403 y cuando, años más tarde (1437), Tafur divisa desde el mar las cúpulas de Santa Sofía, la ciudad no es ya la prestigiosa urbe, depositaria de innumerables reliquias que los cruzados habían saqueado en 1204. Y, pese al estado de decadencia en que la ciudad se halla sumida, su interés monumental y sus riquezas cautivan a los viajeros, introduciéndolos en un nuevo universo<sup>135</sup>.

Los embajadores dan preeminencia a una Constantinopla enraizada en la espiritualidad y en la belleza de sus espacios sagrados. Su descripción se articula en dos grandes bloques. El primero se centra, principalmente, en las construcciones religiosas, iglesias y monasterios donde se custodian venerables reliquias, así como en el Hipódromo. La nómina de los edificios religiosos descritos incluye las iglesias de San Juan Bautista de la Peña, Santa María de Peribleptos, San Juan Bautista de Estudios, Santa Sofía, San Gorgy, Santa María

<sup>135</sup> En su artículo «La Constantinopla que vieron R. González de Clavijo y P. Tafur: Los monasterios», Bravo García (1983) proporciona información histórica sobre los monasterios e iglesias visitados por nuestros viajeros.

de las Blaquernas, del Pantocrátor y Santa María de Setria<sup>136</sup>. Se trata de un gran bloque temático dedicado a la descripción arquitectónica de este conjunto de monumentos y de las reliquias que se encuentra en ellos<sup>137</sup>. La estructura de cada una de las secuencias descriptivas, junto a la minuciosidad y el detallismo de los que hacen gala los embajadores, manifiesta tanto un plan de trabajo cuidadosamente prefijado como una aguda capacidad de observación y sólo puede explicarse por una indispensable toma de notas *in situ* sin las cuales hubiera sido imposible recordar todos los detalles que los textos reconocen, en especial los referentes al interior de los edificios religiosos. No en vano las noticias que proporciona la *Embajada* constituyen fuentes históricas inestimables para conocer muchos de los edificios que desaparecieron posteriormente. Cada espacio se evoca con meticulosidad y orden a partir de la entrada, siguiendo el recorrido de los relatores:

Otrosí en este dicho día les fue mostrada otra iglesia que ha nombre sant Juan [San Juan de Estudio]; e es un monesterio do viven muchos religiosos, e an un mayoral entre ellos. E la primera puerta de la iglesia es muy alta, de obra muy rica. Delante esta puerta, está un grand corral e luego, el cuerpo de la iglesia; el cual cuerpo es cuadra redonda, sin esquinas, muy alta; e es cerrado alrededor de tres nabes cubiertas de un cielo, ellas e la cuadra; e ha en ellas siete altares. El cielo d'esta cuadra e nabes e las paredes es de obra de musica muy rica, e fecho en ellas muchas estorias. E la cuadra está armada sobre veinte e cuatro mármoles de jaspe verde. E las dichas nabes son sobradadas, e los sobrados d'ella salen al cuerpo de la iglesia. E allí avía otras veinte e cuatro mármoles de jaspe verde. E el cielo de la cuadra e las paredes es de obra musica. (ET: 124-125)

La descripción del interior de los edificios –en la que prima el sentido de la vista– suele ordenarse de arriba a abajo. Se precisan volú-

<sup>136</sup> Damos los nombres de las iglesias que propone Bravo García (1983). Algunas de ellas (San Juan Bautista de la Peña) han desaparecido, mientras que de otras sólo quedan restos (Santa María de Peribleptos).

<sup>137</sup> En el apartado 6.2.2. («Verbalizar el espacio», «Organización temática») se analiza el recurso empleado por los embajadores para organizar la descripción de los numerosos edificios religiosos de Constantinopla.

menes, formas, colores y materiales así como la situación de los referentes en el espacio, lo que permite visualizar el conjunto:

E en medio del cielo e encima del altar mayor, estaba figurado una imagen de Dios Padre, muy grande e muy propia, de aquella obra de musica, de muchas colores. Tal alta es esta cuadra de Dios Padre onde está fecho, que no parecía salvo tan grande como un omne, poco más; e tan grande es que dizen que del un ojo al otro a tres palmos. Al que mira no le parece salvo que es como un omne; esto es por la grand altura en que está. En el suelo, en medio d'esta cuadra, estaba uno como predicatorio fecho sobre cuatro mármoles de jaspe; e sobre ellas el dicho predicatorio. E las paredes d'él, cubiertas de muchas losas de jaspe de muchas colores. Este predicatorio era cubierto de un chapitel que estaba sobre ocho mármoles muy grandes de jaspes de muchas colores; e allí predicavan e dezían el Evangellio el día de fiesta. (ET: 130-131)

El bloque descriptivo sobre las iglesias de Constantinopla presenta gran homogeneidad y sólo se encuentra interrumpido por dos digresiones que, insertas a la manera de micro-relatos muy estructurados, justifican algún elemento de la descripción: ante la reliquia del brazo de San Juan, los embajadores cuentan la leyenda que explica las razones por las que a este miembro le falta un dedo; y la alusión a la tumba del antiguo Emperador les lleva a exponer los motivos por los que el legítimo heredero del trono imperial había huido de la ciudad.

El segundo bloque descriptivo, introducido por «La ciudat de Costantinopla», se presenta de forma compacta e incluye información general sobre la urbe. Se dan detalles sobre sus fortificaciones, forma, dimensiones, ubicación del palacio del emperador, topografía, disposición de viviendas y jardines, población, lugares más concurridos de la ciudad y se mencionan algunas curiosidades como el acueducto, el cepo destinado a los delincuentes y las casas extramuros, dedicadas al comercio. No falta la referencia retrospectiva a las épocas de esplendor que refleja claramente la decadencia política, religiosa y económica en la que se halla la ciudad, dato de suma importancia para Enrique III:

Otrosí por esta ciudat de Costantinopla ay muy grandes edificios de casas e de iglesias e de monesterios, que es lo más d'ello todo caído. E bien

paresce que en otro tiempo, cuando esta ciudat estava en su virtud, que era una de las nobl's ciudades del mundo. (ET: 143)

Sinos fijamos ahora en las *Andanças e Viajes*, vemos que –al igual que ocurría con la descripción de Venecia– Pero Tafur no sitúa la descripción de Constantinopla hasta su tercera estancia en la ciudad. Cuando el cordobés pisa Constantinopla por primera vez, su objetivo principal es presentarse ante el Emperador para revelarle el parentesco que les une y el relato se centra, por consiguiente, en hechos que interesan personalmente al viajero: la narración del encuentro, la historia del antepasado de Tafur y el reconocimiento de los vínculos familiares por parte del soberano. El viajero visita después Adrianópolis, vuelve a Constantinopla y de allí prosigue su periplo por el Mar Muerto hasta Cafa; sólo a su regreso, expresa al emperador el deseo de visitar Santa Sofía y venerar las reliquias. Sus noticias sobre la ciudad incluyen entonces la descripción de esta iglesia y sus riquezas, así como de sus alrededores. Tafur visita también Santa María de Seria, Santa María de Blaquernas, el Monasterio de Pantocrátor y el de San Dimitre. De Santa María de Setria, Tafur describe con detalle el icono de la Virgen atribuido a San Lucas y la procesión que se celebra en la iglesia cada martes en la que la pesada imagen de la Virgen es levantada por un solo hombre de manera milagrosa. El viajero confiesa haber asistido todas las semanas a aquella procesión durante su estancia en la ciudad «porque ciertamente es cosa de gran maravilla» (AV: 175)<sup>138</sup>.

Al hilo de sus descripciones, Tafur recoge rumores y leyendas como la del oscuro porche de la iglesia de Santa María de Blaquernas, refugio de sodomitas que fueron víctimas de un duro castigo divino:

é dizen que allí muchas veces se fallaron en el pecado de la sodomía; é una vez cayó un rayo del cielo é quemó toda la iglesia, que non quedó nada nin uno con aquellos que estavan ayuntados en uno en aquel pecado. (AV: 176)

---

<sup>138</sup> Los embajadores también dan cuenta brevemente de esta procesión (ET: 139-140).

El viajero informa con detalle sobre el Hipódromo, indicando la situación de sus principales construcciones y salpicando el discurso tanto de breves digresiones en relación con éstas –introducidas por un «dizen»– como de sus propias opiniones, que revelan incredulidad y distancia:

é en medio della [la plaza del Hipódromo] están dos culebras de alaton dorado rodeadas una con otra, é *dizen* que la una lançava vino por la boca é la otra leche, é *dizen* que non las puede ninguno mentar; *á esto non me paresce que se deve dar grant fé*. Ay una estátua enmédio de la plaça de onbre ansí mesmo de alaton, é *dizen*, que quando quiera que algunos non se ygualavan en las mercadurías que fazían, que se acordavan de yr aquella estátua que llamavan el Justo é *dizien* que lo que dixese, cerrando la mano, aquella estátua, que valié la mercaduría, que ámas las partes quedasen por ello. É fué ansí que un gentil onbre [...] Al otro canto desta plaça está un baño con una puerta en frente de otra, é quando las mugeres eran acusadas de adulterio, los jueçes fazíanlas lever aquel baño, é mirándola ellos, fazíanla entrar por la una puerta é salir por la otra, é si estaba sin cargo, pasava onestamente, é si non, non lo sintiendo ella, las faldas todas con la camisa se le alçavan tanto, que de la çinta ayuso se podíe ver todo; é *áun esto non es pecado dexallo de creer*. En mitad de aquella plaça estaba una aguja de una piedra, fecha al modo de la de Roma do están los polvos de Jullio Cesar, *pero en verdat nin es tal, nin tan buena, nin tan alta*; *dizien* que lo avíen hecho para el cuerpo de Constantino. (AV: 177-179)

Tafur completa los datos sobre la ciudad con una secuencia descriptiva compacta que empieza por «La çibdat de Constantinopla» –similar a la de la Embajada– en la que incluye información acerca de su forma, su situación y sus murallas, e inserta la leyenda sobre el ángel protector de la ciudad. Observa el viajero la decadencia del palacio del emperador e informa también sobre la población, la distribución de ésta en la ciudad, las características de las gentes, la atarazana, el muelle y el puerto de Constantinopla y de Pera. Acaba la secuencia con una nueva digresión –motivada por el homicidio de un hombre en la ciudad– en la que explica las razones que impiden al Emperador condenar a muerte a sus súbditos.

Bastantes contenidos, pues, coincidentes en la *Embajada* y en las *Andanças* pero que ocupan un espacio muy distinto en uno u otro

texto y que reciben también muy distinto tratamiento desde el punto de vista formal. Por un lado, como ya hemos mencionado, difiere el momento de la estancia en el que se produce la descripción. En la *Embajada*, como es habitual en este relato, la llegada a la ciudad da pie de inmediato a su descripción y el espectáculo del mundo recorrido eclipsa las actividades de los viajeros, contrariamente a lo que ocurre en las *Andanças e Viajes*.

Por otro lado, si la *Embajada* articula claramente su descripción en dos partes bien diferenciadas –separando la información sobre las iglesias y reliquias de la información general sobre la ciudad– en las *Andanças e Viajes* se entrelazan los datos sobre las visitas de iglesias, los monumentos civiles y las costumbres de los habitantes; las digresiones puntúan, además, las descripciones de Pero Tafur. Amén de que la nómina de edificios religiosos visitados es mayor en la *Embajada* que en las *Andanças*, el primer relato dedica a éstos un mayor desarrollo textual. Otro contraste notorio aparece en el modo de describir los edificios: si los embajadores proporcionan una detallada información sobre cada uno de ellos desde el punto de vista arquitectónico y artístico, Pero Tafur relega estos datos para privilegiar aspectos históricos, legendarios o anecdóticos –y siempre curiosos– relacionados con los monumentos o con la vida de los habitantes de la ciudad.

Un rasgo diferenciador de primera importancia entre los dos textos comparados es la implicación de los relatores en el discurso. Contrasta la objetividad y distancia de los embajadores con la subjetividad de Pero Tafur que se pone de relieve sobre todo por la implicación, la ironía y las opiniones que este viajero manifiesta de continuo. El pasaje citado más arriba da buen ejemplo de ello cuando expresa: «á esto non me paresçe que se deve dar grant fé», «é áun esto non es pecado dexallo de creer» y «pero en verdat nin es tal, nin tan buena, nin tan alta».

Por último, el interés por los habitantes de la ciudad caracteriza el relato de Tafur pues en la *Embajada* escasean las menciones que nos permiten percibir el hábito de sus gentes. Luego de la descripción de Santa Sofía, Pero Tafur introduce datos sobre las plazas aledañas a la iglesia en las que se celebra un mercado permanente con venta de pan, vino y pescado. Ello da pie al viajero para referirse a los hábitos

alimenticios de los ciudadanos –a los que les gusta especialmente el marisco– y a su costumbre de reunirse en esa zona de la ciudad para comer al aire libre: «é allí tienen grandes mesas de losas, do acostumbran, ansí los señores como otra gente comun, comer» (AV: 174).

### 3.8.2.3. Jerusalén

Jerusalén, centro de la cristiandad, constituye el destino de peregrinación por excelencia de la nobleza medieval y de las altas jerarquías eclesiásticas debido al elevado coste del viaje. Las *Andanças e Viajes*, el *Libro del infante don Pedro* y el *Viaje a Jerusalén* dan fe de la estancia en la Ciudad Santa de nuestros prestigiosos viajeros. Si para Tafur y Gómez de Santisteban, Jerusalén sólo es una etapa más del largo periplo que relatan, la totalidad del *Viaje a Jerusalén* tiene como objetivo principal dar cuenta del itinerario devocional de don Fadrique.

Aunque en la Edad Media muchos son los que viajan pero pocos los que ponen por escrito sus experiencias, abundan, en cambio, los peregrinos que dejan constancia de sus vivencias y esta práctica forja unos patrones textuales a los que nuestros viajeros someten su discurso al relatar su estancia en Jerusalén. La comparación de las descripciones de esta ciudad con las de otros núcleos urbanos pone en evidencia el cambio que se produce en los textos de nuestros relatores y no deja lugar a dudas acerca de la especificidad que presenta el discurso sobre la Ciudad Santa. No hay visiones de conjunto de la urbe; no se habla de sus construcciones defensivas ni de su arquitectura; tampoco se alude a los edificios levantados por los musulmanes. Desaparecen por completo las menciones sobre sus calles, sus viviendas y sus gentes. Ni rastro queda en la descripción de Jerusalén de los intereses urbanos que el Marqués de Tarifa ha mostrado durante el resto de su viaje. Ocultos permanecen también los intereses mundanales de Tafur en un discurso estereotipado que vela prácticamente toda presencia de los habitantes de Tierra Santa y reduce al mínimo las digresiones tan propias de este relator. Si, en general, Gómez de Santisteban se limita a mencionar el nombre de las aglomeraciones principales por la que pasan don Pedro y su séquito, el

espacio textual dedicado a Jerusalén se amplía y el relator se pliega a los recursos tipificados para la descripción de esta ciudad.

Sin embargo, hablando con propiedad, la ciudad de Jerusalén no se describe: se presenta más bien como un espacio de recuerdo, un lugar donde se actualizan las Sagradas Escrituras, un objeto de meditación. Para Gomez-Géraud (2000a: 36) «sans doute les rédacteurs s'y conforment-ils à un rituel de l'écriture susceptible de prolonger les rites accomplis sur les Lieux saints eux-mêmes». La ciudad aparece, sobre todo, como un marco para el recuerdo de la pasión de Jesucristo y el texto se centra en los Santos Lugares, en los actos de peregrinación y en la mención de las indulgencias obtenidas.

A su llegada a Tierra Santa, tanto Pero Tafur como don Fadrique relatan brevemente la acogida por parte de los religiosos y los preparativos para la estancia en Jerusalén; también Gómez de Santisteban alude brevemente a ello. Pero, una vez que los peregrinos se encuentran en la ciudad, los tres relatos entran en un rígido modelo textual en el que la descripción de este espacio se presenta ya sea a modo de listado de los lugares visitados ya sea a modo de itinerario, con la mención de los Santos Lugares, la referencia al acontecimiento del que fueron escenario y, según los casos, las distancias que los separan, las indulgencias que se obtienen en cada uno de ellos, las oraciones recitadas o los ritos cumplidos<sup>139</sup>. En los relatos de peregrinación, el camino por el interior de un espacio urbano jalónado de lugares sagrados encierra de por sí un valor simbólico: el trayecto debe facilitar información para el recorrido, hacer posible que la memoria se proyecte en el espacio sagrado y tiene que permitir participar en las emociones relacionadas con los lugares mencionados.

Al acercarse a la ciudad, el Marqués de Tarifa expresa su alegría al percibirla por primera vez y ver que está situada en un valle; más adelante se refiere a su forma, sus dimensiones y su población:

<sup>139</sup> «Parvenus en Terre sainte après une traversée pénible et souvent dangereuse, les pèlerins ne se soucient guère du pays et de ses habitants; leur ambition se limite à visiter le plus grand nombre possible d'églises et de monastères, à collectionner le maximum de reliques et d'indulgences» (Broc 1980: 138).

Jerusalén es larga y angosta, tiene en largo oy mill y ochocientos passos y en ancho mill y quinientos y dos; avrá tres mill vecinos. (VJ: 223)

El marqués apenas proporciona datos generales sobre Jerusalén, salvo cuando describe el Monte Sión, del que ofrece una visión de conjunto<sup>140</sup>. El peregrino relata su visita de la ciudad y sus alrededores y describe algunos de sus monumentos principales como el Santo Sepulcro o el Monasterio de Monte Sión. Don Fadrique organiza a veces la información sobre los Santos Lugares en forma de listado:

De aquí salimos fuera del monesterio por vna puerta pequeña chapada de hierro a la plaça que está delante del monesterio y visitamos los misterios siguientes: Entre el escalera que sube a la yglesia y el esquina de la propia yglesia, que sale a vna plaça despoblada que está allí, do fue el Oratorio de Nuestra Señora. Iten desuiado de aquí quanto vn juego de herradura, junto al camino por donde van de Monte Sión al Espital de Sanctiago y el Castil de Pisanos, está vna cerca de piedra seca que tiene vara e tres quartas e dos dedos de altura y dentro está vna piedra grande alta como altar, que fue aquí la cassa adonde Nuestra Señora moraua y murió. Iten frontero deste cercado diez pasos desuiado, arrimado a vna pared junto al camino, está vn pedaço de peña hecha en ella vna cruz donde dizen que Sant Juan Euangelista dezía missa a Nuestra Señora. Iten hazia la otra parte está vna piedra grande arrimada a la pared del cementerio de los frayles que está fuera del cuerpo del monesterio, que es coral cerrado, adonde ellos y los peregrinos se entierran, que dizen que fue el lugar adonde Sanctiago fue elegido por obispo de Jerusalém, ado la piedra está. Iten más adelante está otra piedra alta que dizen, que fue el lugar adonde fueron echadas suertes sobre Sant Matía. (VJ: 223-224)

La lista contiene siempre el mismo tipo de información y ésta se presenta con una estructura parecida: se menciona la situación del misterio, se dice de qué lugar se trata y se añade el acontecimiento del que este lugar fue escenario. La impresión de listado se refuerza por la reiteración del marcador aditivo *iten*.

<sup>140</sup> Recordemos que este fragmento se ha analizado en el apartado sobre el relieve.

El marqués puede también evocar el itinerario, como muestra el siguiente pasaje<sup>141</sup>:

De allí fuemos por esta misma calle más adelante y boluiendo a mano yzquierda entramos en vna calleja, y de allí boluimos a mano derecha y entramos en vna placeta adonde está vna yglesia de bóueda de tres naues, la llaue de la qual tienen los moros y baxo della ay vnas bóuedas, ado dizen que Nuestra Señora nació, la qual vimos. De allí seguimos hasta la puerta de la ciudad que llaman de Sant Esteuan, porque allí lo sacaron a apedrear, y de donde lo apedrearon estará de allí vn tiro de piedra pequeño; a mano derecha de la calle junto con la puerta está la Prauática Pecina, que es vna caua honda y de largo vn tiro de vallesta de terrero o algo más y vna pica en hondo y otra en ancho arrimada a la pared del Templo y tiene seys puertas cerradas, las cinco grandes e vna pequeña. De aquí fuemos al Templo de Salomón y visitamos la Puerta Especiosa por de fuera hazia la calle, porque dentro no entraron por no morir o renegar, (VJ: 239).

Tanto en el caso de la lista como en el del itinerario, es llamativa la minuciosidad con la que el marqués señala el emplazamiento de los lugares venerados<sup>142</sup>. Destacan los sintagmas que indican situación así como las menciones de distancias o de dimensión. No hay que olvidar que estos espacios de veneración eran, a menudo, simples piedras o amasijos de piedras que debían de resultar de difícil localización. El marqués, contrariamente a Pero Tafur, ofrece una detalladísima nómina de los lugares de culto que no incluye solamente los edificios sino que recoge cualquier resto que pudiera recordar algún episodio de la Historia Sagrada. Además, su itinerario nos conduce por las calles, plazas, caminos y puertas de Jerusalén y, aunque no se describan, el destinatario puede imaginar al peregrino inmerso en la Ciudad Santa.

<sup>141</sup> No se imponía un itinerario único para la visita de Jerusalén y, según Pierre Maraval (1985: 251), hay una gran diversidad de itinerarios de la ciudad de los que dan fe las relaciones de peregrinos y las guías (Régnier-Bohler 1997).

<sup>142</sup> En el apartado 6.2.1.1. («Verbalizar el espacio», «Tratamiento lineal del espacio»), analizamos con detalle los itinerarios por la ciudad de Jerusalén.

Al igual que el Marqués de Tarifa, también Tafur organiza la información sobre su estancia en la ciudad en forma de listado:

É aquel dia fuemos á visitar algunos santuarios en Ierusalem: la casa de Santa Ana, é la casa donde negó Sant Pedro á Iesuxpto; allí está la piedra con que fué Xpto cubierto en el sepulcro, la casa de Santiago el Mayor, é áun el Menor, la sepoltura de Absalon, que es fuera de la çibdat, —é en aquestos mesmos dias, los moros, buscando tesoro allí, diz que oyeron una boz, é los sacaron muertos de allí— é una fuente que dizen que Nuestra Señora la Virgen María sacó allí, é donde cayó Nuestro Señor con la cruz, é los castillos del rey David, é la casa donde Nuestro Señor lavó los pies á los discípulos, é otros muchos santos lugares. (AV: 59)

o en forma de itinerario:

é fecha nuestra oracion, deçendimos al lugar donde Nuestro Señor fué ungido; é de allí fuemos donde Nuestro Señor fué detenido, quando le querían crucificar; é de allí fuemos donde Santa Elena falló la cruz de Iesucristo; é de allí fuemos á donde Nuestro Señor puso el dedo diciendo, que allí era la mitad del mundo; é de allí fuemos á un apartamiento que los frayles tienen, donde están todas las reliquias é donde aparesció Nuestro Señor á Santa María Magdalena en figura de ortelano; (AV: 55)

Sin embargo, se observará que el itinerario de Pero Tafur no es más que un simple recurso para romper el efecto de listado: los Santos Lugares se engarzan uno a otro mediante un «é de allí fuemos á» sin que el texto dé ninguna noticia sobre la situación de estos espacios de veneración. Incluso en muchos casos no se informa ni siquiera sobre la naturaleza del lugar donde ocurrió el acontecimiento al que el texto se refiere: el receptor ignora si se trata de una piedra, un edificio o un lugar en plena naturaleza. Además, el peregrino sólo selecciona algunos de los lugares venerados y termina con «fuemos á visitar otros muchos santos lugares», lo que le exime de ofrecer su nómina completa. Por todo ello, la densidad informativa en el texto del marqués es mayor que en el de Tafur pues el primero sitúa con detalle los espacios visitados y, además, los consigna todos.

En el *Libro del infante don Pedro*, la descripción de Tierra Santa se presenta articulada en forma de itinerario en el que los lugares de

veneración se engarzan por medio de «e [de allí] fuemos a», pero, como en Tafur, no se trata más que de un simple listado de lugares:

[E] De alli [fuemos] ala casa de sancta Ysabel madre de sant Juan que esta enla calle tenebrosa por donde lleuauan a Jesu [christo] con la cruz a cuestas quando lo lleuauan a crucificar. [Y] Despues fuemos al templo de Salomon y no nos dexaron entrar dentro: & de alli fuemos ala casa de sant juan baptista: por ver donde fazia oracion. & donde dormia. E pagamos vn ducado. y es perdonança a culpa y a pena. (DP: 15)

Si toda la descripción de Jerusalén en el *Libro del infante don Pedro* se reduce exclusivamente a estas menciones objetivas, tanto el marqués como Pero Tafur dejan ver –aunque con poca intensidad y poca frecuencia–, algunas huellas personales como las alusiones a los múltiples peligros que los peregrinos deben arrostrar debido a la naturaleza –condiciones climáticas, por ejemplo– o a la presencia de los musulmanes en la ciudad. En ambos relatos, la muerte de compañeros de peregrinación en Tierra Santa confirma la rudeza del periplo.

Aunque en ninguno de nuestros textos queden restos ni menciones de la imagen bíblica, literaria o iconográfica de la Jerusalén Celeste (Apocalipsis 21), la ciudad que nos pintan los viajeros no es tampoco la Jerusalén del siglo XV o la de principios del siglo XVI pues los textos se limitan a evocar el escenario de la Historia Sagrada y, en particular, de la Pasión.

### 3.8.2.4. La ciudad oriental: Samarcanda y El Cairo

El espacio «otro», el espacio de lo exótico, el espacio de la «maravilla» hay que buscarlo en nuestro corpus en las páginas dedicadas a las urbes orientales, especialmente a Samarcanda y El Cairo en la *Embajada* y las *Andanças e Viajes*, respectivamente. Las pobladas, bulliciosas y ricas ciudades orientales causan el asombro y la admiración de los viajeros castellanos, acostumbrados a las urbes peninsulares, más pequeñas, más tranquilas, más pobres. ¿Cómo comparar Sevilla, la mayor ciudad de Castilla en el siglo XV, con las grandes aglomeraciones mencionadas? Y, ¿cómo comparar los mercados castellanos con los mercados de El Cairo o Samarcanda, rebosantes de productos suntuarios, procedentes de los más remotos lugares del

mundo conocido? Las gentes, el comercio y la riqueza material de la ciudad oriental impactan de tal modo a los viajeros que sus descripciones giran en buena parte en torno a estos tres ejes. A ellos se añade otro parámetro que refuerza en estos lugares el «sabor a maravilla»: el estrecho contacto de la naturaleza con la ciudad. Los textos dejan ver una naturaleza pródiga en los jardines de Samarcanda, potente en el Nilo o milagrosa en el huerto de la Matarea. La presencia de elefantes, jirafas u otros animales exóticos en el seno de las ciudades sella, por su extrañeza, la alteridad de estos espacios.

Mientras que la larga ruta hacia la corte de Tamorlán introduce paulatinamente a los embajadores –y con ellos a los destinatarios de su texto– en el tejido urbano oriental, la prolongada estancia de los castellanos en Samarcanda permitirá que unos y otros se sumerjan en el espacio exótico de Oriente. El extraordinario relato que los embajadores ofrecen de sus vivencias en la ciudad se considera un testimonio inestimable para conocer tanto el protocolo y la vida en la corte del emperador, como el estado de la urbe en los albores del siglo XV. Al igual que en Constantinopla, la descripción de Samarcanda se articula en torno a dos núcleos temáticos: el primero, y más extenso, constituye un pormenorizado informe sobre todas las festividades a las que son invitados los embajadores, presididas por un Tamorlán inagotable pese a su estado de salud y a su avanzada edad. Estos festejos se celebran en las numerosas residencias imperiales enclavadas dentro de inmensos parques alrededor de la ciudad o en su propio campamento. El relato de las festividades queda íntimamente ligado a la descripción de las residencias del emperador<sup>143</sup>.

Un segundo núcleo temático sobre el que se organiza la información acerca de Samarcanda –más breve– se abre cuando los embajadores han dado cuenta de su estancia y misión en la ciudad:

Agora que vos he escrito de lo que a los dichos embajadores fue hecho en esta ciudad de Samarcante, escreviré de la ciudad e de su tierra e de las cosas que el Señor hazía por la enoblecer. (ET: 310)

---

<sup>143</sup> Analizamos algunos rasgos de las descripciones del campamento de Tamorlán en el apartado 6.2.1.1. «Tratamiento lineal del espacio».

La descripción empieza con la información habitual sobre la situación, las fortificaciones y el tamaño de la urbe:

La ciudat de Samarcante está asentada en un llano e es cercada de un muro de tierra e de cabas muy fondas; e es poco más grande que la ciudad de Sevilla, lo que es así cercado, pero, fuera de la ciudad, ay muy grand pueblo de casas que son ayuntadas como a barrios en muchas partes, ca la ciudat es toda en derredor cercada de muchas huertas e viñas. E duran estas huertas en lugar, legua e media, en lugar, dos leguas; e la ciudat, en medio. (ET: 310)

La abundante población extramuros de Samarcanda lleva al relator a referirse a la generosidad y fecundidad de la naturaleza circundante y, con ello, al tema principal en el que se basará la descripción: la riqueza de la ciudad. La fertilidad de las tierras hace que Samarcanda alunde en viñas, cereales y frutos, especialmente melones. Como ya observábamos en el apartado sobre la vegetación (3.6.), en la *Embajada*, la relación de las ciudades con la naturaleza que las rodea aparece con fuerza en tierras asiáticas: cultivos, vergeres y jardines entran a formar parte a modo de protagonistas de la descripción de la ciudad oriental. Por otro lado, los pastos permiten la cría de ganado y los mercados de la ciudad despachan cebada, trigo o arroz así como toda clase de carnes (ET: 314).

La confección de paños –seda, aceituníes, camocanes y cendales– constituye otra de las fuentes de riqueza de la ciudad. Como encrucijala comercial, Samarcanda representa un centro de capital importante en el intercambio de mercancías: de Rusia, Tartaria, el Catay o la India llegan toda clase de productos que hacen la prosperidad de la capital timurida: pieles, tejidos de precio, perfumes, piedras preciosas y especias.

Samarcanda se caracteriza también por su belleza debida en gran parte a la labor de los artesanos que Tamorlán ha deportado a la ciudad desde todos los rincones de sus tierras para que construyan en ella las mezquitas, tumbas, madrazas y palacios que adornarán la capital de su imperio y la harán célebre: a principios del siglo XV, Samarcanda vive una fuerte efervescencia artística, urbanística y arquitectónica, y los embajadores son testigos del trabajo que efectúan noche y día en la ciudad canteros, albañiles, ceramistas y carpinteros.

teros, supervisados por el propio emperador. Si la *Embajada* da abundantes detalles sobre esta actividad constructora, sólo informa sobre dos edificios de la ciudad, la mezquita de Bibi Khanum y el mausoleo del nieto de Tamorlán.

La descripción de Samarcanda supone la cristalización de algunos motivos que van apareciendo a lo largo del camino asiático: pensamos en la simbiosis entre naturaleza y ciudad, el mundo del comercio y la presencia del hombre en el espacio urbano. Las abundantes referencias a las actividades de los habitantes de la ciudad, desde las del propio emperador y su familia hasta las de carniceros, cocineros, panaderos o vendedores ambulantes, pasando por artesanos o mercaderes, suponen una novedad en el relato de Clavijo. Frente a la prioridad que los embajadores daban a la piedra y a los monumentos en Constantinopla, la pléthora y variedad de contenidos que desean transmitir sobre Samarcanda resultan en un texto de mayor viveza donde el componente humano ocupa un lugar más importante que en el resto del relato. De una miniatura gótica de la ciudad en la que la arquitectura era prioritaria pasamos a una miniatura persa en la que hombres y mujeres aparecen bajo baldaquines y pabellones de telas ricas, en medio de exuberantes jardines donde albercas, glorietas, oratorios o pequeños muros funcionan a modo de ligeros toques arquitectónicos. Y, para dar cuenta de tantas realidades inéditas se utilizan con frecuencia unos recursos discursivos que traducen la admiración desmesurada: el topó de la inefabilidad –«[e] mucho más de fermosura avía este pavellón, que se no podía escrevir» (ET: 275)– y el uso reiterado de la hipérbole.

En las *Andanças e Viajes*, el exotismo y la maravilla impregnan las páginas dedicadas a la estancia de Tafur en El Cairo. Su viaje desde Damiata hasta la Babilonia medieval introduce ya al receptor en una atmósfera en la que naturaleza y civilización se entrelazan, creando un clima maravilloso. Efectivamente, durante este trayecto en el que remonta el Nilo, el viajero evoca las crecidas del río, su fauna y los medios que los naturales despliegan para adaptarse a su entorno.

A su llegada a la ciudad –y según la costumbre de este viajero de establecer contacto inmediato con los poderosos–, el andaluz narra su

visita al sultán con el que despacha una embajada del rey de Chipre. El soberano le agasaja desde el primer momento:

El Soldan luégo mandó que me aposentasen bien, é me diesen las cosas nesçesarias, é ansi se hizo. Este dia me dió el Soldan una ropa que él suele dar en señal de vasallaje al rey de Chypre, la qual era de açitimí verde é colorado labrada de oro, é forradas las muestras de armiños. Luégo, el Soldan deçendió de aquella silla á la tienda, é allí le fizieron la salva é le dieron de comer; é allí me despedí dél por este dia. (AV: 83-84)

Cuenta luego que estuvo casi un mes «mirando muchas cosas é muy estrañas, mayormente á las de nuestra naçion» (AV: 85), guiado por el trujamán mayor del Sultán. La descripción de la ciudad se construye en una serie de secuencias que presentan la naturaleza en su faceta milagrosa o insólita. Relata, en primer lugar, su excursión al cercano huerto de la Matarea donde crece el bálsamo, aquel árbol que sólo vivía si se regaba con el agua de la fuente de la Virgen<sup>144</sup>. En la puerta de este jardín, se encuentra la higuera cuyo tronco ofreció refugio a la Sagrada Familia en su huida a Egipto. Su segunda visita le lleva a las pirámides –que se creía que eran los graneros de José– de las que afirma: «ciertamente non creo yo aver en el mundo oy tan grande edifiçio, nin yo non lo ví» (AV: 87). Al día siguiente va a la «casa donde están los elefantes» (AV: 87) y, después de la descripción detallada de estos animales, confiesa: «[e]ste dia bolví á la posada mirando muchas é muy estrañas cosas» (AV: 88). Un día más tarde, ve por primera vez una jirafa a la que también describe. Como señala Carrizo (1997: 121), tanto la presencia de la naturaleza en la ciudad –o en su más cercana periferia– como la relación de naturaleza y ciudad asombraron al viajero y debían de sorprender asimismo a los receptores de su relato.

Desde El Cairo, Tafur viaja al Sinaí y, a su regreso, continúa su visita y descripción de la urbe. Aparece entonces la ciudad de los bazares y la vida en la calle. A través de las actividades en el zoco,

<sup>144</sup> Recordemos que se trata de la fuente que la Virgen hizo brotar para apagar la sed de su Hijo durante la huida a Egipto (*Evangelio del Pseudomateo*: XX, 2; *Evangelios Apócrifos*: 219).

Pero Tafur transmite el latido de esta importante encrucijada comercial:

La mejor cosa é más rica é magnífica cosa de ver de Babylonia es el Alcaycería, de tantas cosas como allí se venden de las que deçinden de la India mayor, en especial perlas é piedras, espeçerías, perfumes é toda cosa odorífera, é seda, é lienços, é quien podríe dezir quantas cosas deçinden de la India é se reparten por todo el mundo, é grant barato de todas cosas sobre dichas. (AV: 116-117)

Además, al andaluz le llama la atención la abigarrada muchedumbre que invade las calles y que precisa de los barberos, artesanos ambulantes, e incluso cocineros y aguadores, que recorren la ciudad ofreciendo a gritos sus servicios. El viajero lo estampa en el discurso con gran vivacidad:

fasta los coçineros traen colgado un brasero é fuego é ollillas de guisado para vender; otros platos con frutas, é ynnumerale gente que anda á vender el agua ansí en los camellos como en los asnos é otros á cuestas, porque la gente es mucha é non ay otra agua synon de aquella rivera; (AV: 117)

Si tanto Pero Tafur como los embajadores muestran interés por los productos con los que se comercia en los mercados orientales, los segundos ofrecen más información que el primero ya que detallan, por ejemplo, los distintos tipos de tejidos, de piedras preciosas o de especias que se venden y se compran. Esta minuciosidad responde al carácter de informe de la *Embajada* y a su destinatario principal, Enrique III, para quien el conocimiento preciso de los productos comercializados en Oriente y su procedencia presentaba un interés económico primordial. Para Tafur, en cambio, unas pinceladas más generales bastaban para transmitir el perfume de lejanía, riqueza y exotismo de las tierras egipcias; no le hacía falta nada más.

La presencia humana se deja sentir con objetivos diferentes en la Samarcanda de los embajadores y en El Cairo de Tafur. En la capital timurida, los embajadores dan cuenta del quehacer en la corte de Tamorlán, la vida en su campamento, las actividades urbanísticas, arquitectónicas y artísticas, y el comercio; se trata, principalmente,

de plasmar la organización política y económica de la ciudad. En *El Cairo*, el interés de Tafur se centra, sobre todo y una vez más, en pintar algunas escenas en las que se pone de relieve la adaptación del hombre a su medio –aprovechamiento de las crecidas del Nilo, caza del cocodrilo– o en evocar pequeñas escenas costumbristas –la descripción de la alcaicería sería un buen ejemplo– destinadas a provocar la curiosidad, la sorpresa o la admiración de los receptores.

### 3.8.3. Modelos textuales en la descripción de las ciudades

Mucho se ha insistido sobre la influencia de la tradición retórica y concretamente del modelo de la *laus urbis* en las descripciones de ciudades medievales (Pérez Priego 1984: 226-229; Zumthor 1993: 111-112). Las pautas para describir la ciudad recomendaban incluir información sobre la antigüedad de la urbe, sus fundadores, situación, fortificaciones, fecundidad de sus tierras, aguas, costumbres de sus gentes, edificios, monumentos y referencias a sus habitantes famosos. Pérez Priego (1984: 227-228) sostiene que este modelo aparece en nuestros libros de viajes castellanos, con un orden más o menos alterado y «casi siempre muy diluido en virtud del intenso empleo de la amplificación que lo interrumpe y lo ensancha considerablemente». Para Zumthor (1993: 111), mediante este rígido esquema, «[u]n espace est ainsi sommairement délimité; mais il demeure à peu près vide».

En su estudio sobre la imagen de la ciudad en Clavijo y Tafur, sin embargo, Eberenz (1992b: 49) relativiza la influencia de la *laus urbis* en la *Embajada* y las *Andanças*, basándose principalmente en la ausencia de referencias a los fundadores. Si no puede negarse la huella de este modelo retórico, conviene preguntarse, efectivamente, hasta qué punto los relatos de viajes del corpus se pliegan sin más a sus normas. A lo largo de las páginas precedentes, hemos observado que la variedad de intereses de los viajeros-relatores se refleja tanto en la multiplicidad de contenidos que recoge su discurso urbano como en la diversidad de formas que éste adopta. Con respecto a la información que los preceptos retóricos aconsejaban incluir sobre la ciudad, en todos los relatos se suelen encontrar referencias –en mayor o menor medida– a su situación, fortificaciones, edificios y monumentos principales. La selección de otros datos varía, no obstante, según el

relator. La *Embajada*, las *Andanças e Viajes*, el *Viaje a Jerusalén* y, a veces, *El Victorial* suelen facilitar noticias sobre la fecundidad de las tierras circundantes y las aguas. En cuanto a las costumbres de los habitantes de la ciudad, ya hemos visto que la *Embajada* silencia el aspecto humano hasta la llegada a tierras asiáticas; el *Viaje a Jerusalén* incluye pocos datos sobre este tema y en las descripciones de *El Victorial* nunca aparecen referencias a esta faceta de la geografía humana. Además, está prácticamente ausente en todos los relatos la información sobre la antigüedad de la urbe y las referencias a sus fundadores y habitantes famosos –como ya señalaba Eberenz (1992b: 49)–, salvo raras excepciones<sup>145</sup>; el discurso de nuestros viajeros tiende a privilegiar datos sobre la actualidad de la ciudad y sólo se remonta al pasado en la medida en que ello explica alguno de los hechos del presente que los viajeros desean poner de relieve.

Si las descripciones de *El Victorial* parecen ser las que mejor se amoldan al esquema de la *laus urbis* –en forma de secuencias breves y compactas en las que se incluyen algunos de los elementos requeridos– hay en ellas una selección rigurosa de los contenidos, que orientan el discurso urbano de Díaz de Games: el relator no se limita a recurrir simplemente al modelo sino que lo trabaja con una clara finalidad pragmática. Así, la alusión a la situación de la ciudad, sus fortificaciones y sus elementos defensivos potencia el universo bélico en el que se mueven Pero Niño y los suyos.

En la *Embajada*, el discurso urbano desborda el modelo no sólo porque haya un mayor desarrollo temático sino, principalmente, porque las descripciones, muy estructuradas, denotan una aguda capacidad de observación por parte del relator a la par que una clara voluntad de «hacer ver». La ciudad de la *Embajada* es, sobre todo, una imagen espacial donde se perciben las huellas de otro recurso retórico, el que Quintiliano denominaba *evidentia*, destinado a evocar en el

<sup>145</sup> Tafur ofrece información sobre la fundación de la ciudad de Génova: la «pobló Jano» (AV: 12); Verona: «dizen que romanos la fezieron» (AV: 292); Aherines, fundada por Aquiles (AV: 123); Padua: «dizen que ésta fizó Antenor, despus de la destrucción de Troya» (AV: 288).

receptor una imagen mental completa del objeto descrito (López Estrada 1984: 135-136)<sup>146</sup>.

Tenemos ya sobrados ejemplos del interés de Pero Tafur por los aspectos sociopolíticos, administrativos y humanos de la ciudad, marco en el que –no lo olvidemos– el viajero se afirma tanto personal como socialmente. Si los elementos recomendados por la *laus urbis* se encuentran presentes en sus descripciones, son los aspectos mencionados los verdaderos protagonistas de la imagen urbana que nos ofrece este viajero. También en el *Viaje a Jerusalén*, las descripciones de ciudades se alejan del modelo de la *laus urbis* pues la información que transmiten gira en torno a la faceta económica, política, social, religiosa y arquitectónica de la vida urbana. De hecho, cuanto más insista la descripción en los habitantes de la ciudad, más particular será el discurso que se construya sobre ella.

En cualquier caso, si el modelo retórico de la *laus urbis* pudo servir como punto de partida para las descripciones de ciudades, sus pautas no podían satisfacer a nuestros viajeros: lo que emerge del conjunto de sus descripciones urbanas es, sobre todo, un abanico de percepciones individuales que varían en función tanto del relator y sus intereses como del público destinatario. El discurso urbano en nuestros textos está fuertemente condicionado por el contexto de enunciación y por las expectativas de la sociedad receptora, y se desmarca así de las descripciones estereotipadas de textos anteriores.

Frente a esta impronta diluida de la *laus urbis*, nos parecen, en cambio, mucho más marcados los modelos que impregnan el discurso sobre la ciudad de peregrinación. Desde los más antiguos relatos de peregrinos, se va configurando un esquema en el que la descripción de la urbe se limita a enumerar los lugares de veneración. A la mención de los mismos, se añaden datos sobre su situación y sobre el acontecimiento que se rememora en cada lugar. En el caso de Jerusalén, los peregrinos disponían, además, de guías que podían adquirir antes de emprender el viaje –o en Venecia, antes de embarcarse– y que presentaban dicha información. Si, como ya hemos observado, los intereses personales de Pero Tafur y el Marqués de Tarifa desapa-

<sup>146</sup> Analizamos este aspecto de las descripciones de la *Embajada* en el apartado 6.2.1.2.1. «Visión frontal».

recen en las páginas en las que relatan su estancia en la Ciudad Santa, ello se debe a que sus descripciones se pliegan a las características generales de los modelos vigentes. Carrizo Rueda (1997: 141) considera que las páginas en las que Tafur narra su estancia en los Santos Lugares son las más áridas del libro pues en ellas se vislumbra la presencia de dos intertextos «sin que mediara prácticamente una elaboración»: unas notas tomadas por Tafur «*in situ*» y, sobre todo, una de estas guías de Jerusalén.

#### **3.8.4. Balance**

En ninguna de las temáticas abordadas hasta aquí se ha manifestado con tanta claridad la diversidad de visiones del mundo que subyace en nuestros textos y que responde a las múltiples motivaciones que empujan a los viajeros-relatores tanto a ponerse en camino como a plasmar su experiencia por escrito. El discurso urbano varía según el prisma desde el que se mire –militar, comercial, político, social, económico, religioso o simbólico–; difiere también según el interés del relator en aparecer como actor en su discurso; cambia según la ciudad se describa desde dentro o desde fuera, o según se trate de una urbe occidental u oriental; y se modifica, por último, según se implique en mayor o menor medida a sus pobladores. La observación de este conjunto de parámetros nos permite señalar una individualización del discurso sobre la ciudad en nuestros textos que se basa en la observación y la experiencia vivida de los viajeros-relatores y que se aleja de la visión tipificada de la urbe, presente en textos anteriores.

### **3.9. LA IMAGEN DEL MUNDO: CONCLUSIONES**

Nos preguntábamos al comenzar este capítulo qué importancia revestían en cada uno de los textos del corpus las distintas áreas de la geografía estudiadas. La exposición realizada a lo largo de estas páginas ha evidenciado que nuestros relatores se interesan con intensidad muy variable por las diversas facetas de la geografía y que las diferencias se acentúan de manera notoria cuando nos acercamos a las temáticas que incluye la geografía física.

Resumamos, en primer lugar, nuestras observaciones con respecto a la geografía física. La *Embajada* es, sin lugar a dudas, el texto que más información nos ofrece sobre este ámbito. Contrastá el de Clavijo con los demás relatos pues las referencias continuas al relieve, las aguas continentales, los mares y costas, y la vegetación, no sólo atraviesan toda la *Embajada* sino que son objeto de una verdadera tematización y pueden llegar a adquirir autonomía propia: pensemos en las secuencias descriptivas dedicadas al Monte Ararat, las Puertas de Hierro, el río Biamo, el Mar Negro y las huertas de Samarcanda. Destacan igualmente, los fragmentos en los que los embajadores evocan el paisaje nevado o el desierto y –en relación con la fauna de las tierras recorridas– sobresalen las descripciones de animales exóticos como el elefante y la jirafa. Podríamos decir que los embajadores consiguen esbozar con fidelidad un «paisaje» de las tierras recorridas, algo poco frecuente en aquel entonces.

En las *Andanças e Viajes*, las menciones a la geografía física salpican todo el relato. Hemos visto que el leve interés que Tafur manifiesta por el relieve –presente, sin embargo, en algunos pasajes muy concretos como las líneas dedicadas a la travesía de los Alpes o la descripción de los volcanes– queda compensado por la mayor atención que el viajero presta a ríos, lagos, espacios cultivados o desérticos en el camino por tierra, y al mar, al litoral o a las tormentas durante la navegación. Resaltan en su relato las secuencias dedicadas a la ciudad de El Cairo en las que se aglutan conocimientos sobre el río Nilo, el clima, la vegetación o la fauna. El mundo animal queda bien reflejado en el texto de Tafur no sólo por las largas descripciones que dedica a la jirafa, al elefante o al cocodrilo, sino también por sus alusiones frecuentes a los animales de caza, a los caballos o a la fauna exótica.

Menor espacio ocupa la geografía física en *El Victorial*, relato en el que podemos hablar de referencias esporádicas centradas en el relieve –de las ciudades portuarias, exclusivamente– y, sobre todo, en el universo marítimo: islas y accidentes costeros interesan a Díaz de Games pero su discurso se singulariza, en particular, por la visión que nos proporciona sobre fenómenos como las mareas y las tormentas. El relator, único viajero que surca las aguas del Atlántico, dedica una secuencia descriptiva al Mar de Poniente y, además, nos abre la

puerta al espacio cortesano de Sérifontaine, especialmente a su jardín. Otra aportación relevante de *El Victorial* es la integración en sus páginas de la fauna fabulosa en las secuencias dedicadas a la historia de Inglaterra.

Por lo que se refiere al Marqués de Tarifa, hemos visto que el peregrino plasma las formas del relieve a lo largo de todo el viaje, se refiere a los cultivos y al clima de las tierras que recorre pero apenas menciona el mundo animal y escasean en su texto las visiones sobre el mundo marítimo.

Por último, la visión de la geografía física que proporciona el *Libro del infante don Pedro* presenta la singularidad de funcionar a modo de espejo frente a los demás textos del corpus: si bien es verdad que este ámbito de la geografía tiene una presencia más bien escasa, ésta se relaciona siempre con la geografía sagrada –el Monte Ararat, los ríos del Paraíso, los animales que habitan el espacio edénico, los pueblos de Gog y Magog– o con la geografía libresca –flora y fauna prodigiosas–, motivos cuyas huellas encontramos en la *Emabajada*, las *Andanças* y *El Victorial*, como se ha ido evidenciando a lo largo del capítulo.

Con respecto a las ciudades, el panorama se presenta con una luz distinta ya que se podría afirmar que el discurso medieval sobre el mundo es, prioritariamente, un discurso sobre el mundo urbano. Destaca la riqueza informativa sobre las poblaciones en tres de nuestros textos: la *Emabajada*, las *Andanças* y el *Viaje a Jerusalén*, cada uno desde perspectivas muy distintas. El relator de *El Victorial* ciñe su discurso a las urbes portuarias y el *Libro* se limita a mencionar las ciudades del recorrido a las que caracteriza en contadas ocasiones con unas breves pinceladas.

La segunda pregunta que nos hacíamos –y se trata de una cuestión de calado en un estudio sobre el discurso geográfico– era la de calibrar cómo se reflejan los objetivos e intereses de los viajeros-relatores en su percepción de la geografía. A lo largo de todo el capítulo hemos intentado establecer puentes entre los referentes geográficos de interés para nuestros viajeros y sus objetivos y preocupaciones respectivos lo que nos ha permitido comprobar la diversidad de discursos sobre el mundo que nos ofrecen los relatos: viajes con moti-

vaciones diferentes y textos con finalidades y receptores diferentes dan lugar a un variado abanico de discursos sobre la geografía.

En síntesis, podemos recordar que los embajadores pretenden crear un informe fiable lo más completo y objetivo posible para el principal destinatario del texto, Enrique III, con una finalidad prioritaria: dar a conocer la ruta que separa Castilla de Samarcanda centrándose en los datos de interés geográfico, político, religioso y comercial. Para ello es necesario consignar las rutas marítimas y comerciales desde Castilla hasta Samarcanda; confirmar los principales puertos en el Mediterráneo y el Mar Negro; evaluar la situación en la que se encuentra Constantinopla; y dar cuenta de la función estratégica de montañas, ríos y pasos y de las capacidades defensivas de las ciudades y fortificaciones recorridas, datos éstos que en muchos casos están ligados a la topografía y que, como hemos visto, son elementos clave en el discurso de la *Embajada*. En tierras asiáticas, el recorrido por la ruta de la seda debe permitir disponer de información de primera mano sobre las redes comerciales y la organización de los caminos. Las referencias continuas a las tierras cultivadas y a la ganadería responden a los intereses de una sociedad cuya economía se basa en gran parte en las actividades agropecuarias. El peso de toda esta información en el conjunto del relato es relevante y la originalidad del discurso de los embajadores radica en su independencia con respecto al mundo del hombre pues los referentes se describen en sí mismos.

Dos objetivos del texto de Tafur explican la visión de la geografía que el viajero plasma en su relato: en primer lugar, la voluntad de «venir en conosçimiento de lo más provechoso á la cosa pública» en tierras extrañas para mejorar el gobierno en tierras propias y, en segundo lugar, el auto-ensalzamiento. El primero lleva al viajero a considerar la geografía recorrida a la luz del provecho que el hombre saca de ella y, por esta razón, las referencias a la geografía quedan íntimamente entrelazadas con la presencia humana hasta el punto de acabar subsumidas en ella. De ahí, el marcado interés por las ciudades –espacio desde el que se ejerce el poder–, pero también la mirada con la que el viajero se acerca a los ríos –a cuyas orillas se despliega la actividad del hombre o se manifiesta su riqueza–, a los lagos –que suministran alimento– y a las tierras productivas cultivadas. El se-

gundo objetivo —el auto-ensalzamiento— lleva a Tafur a hacer hincapié en los aspectos de la geografía ligados a la dificultad: el clima y el medio marítimo, que confirman una y otra vez la peligrosidad del periplo, permiten al viajero mostrar su arrojo y valía ante la adversidad y recuerdan las palabras de su prólogo: el viaje permite «conseguir provechos cercanos á lo que proeza requiere» a la vez que «engrandeç[er] [a] los fijosdalgo sus coraçones» (AV: 1-2).

La importancia de las campañas bélicas marítimas, por un lado, y el marco cortesano en el que surge *El Victorial*, por otro, explican igualmente la visión geográfica de su relator. Como estratega, Díaz de Games afina su mirada para relacionar el relieve o el movimiento de las mareas con la mayor o menor vulnerabilidad de una ciudad portuaria, por ejemplo; como navegante, informa acerca del estado de las aguas, los vientos y la geografía marítima en general; como representante del mundo cortesano, nos ofrece una estampa única sobre la mansión de Sérifontaine, sus jardines y los animales que en ella se encuentran.

El objetivo expresado por Gómez de Santisteban al principio de su relato —el de proporcionar un saber sobre el mundo— se plasma en un texto que, siendo viaje de gabinete, propone un paseo por un universo donde se evidencian los hitos de la geografía sagrada y librencia, considerados como espacios dignos de ser conocidos y transmitidos. Además, el relato recoge la carta del Preste Juan, haciendo revivir así un documento que presenta una tierra utópica —con un monarca y un gobierno justos— y recuperando los antiguos mitos de las tierras orientales.

Por último, la geografía del *Viaje a Jerusalén* refleja el doble perfil de su relator: por un lado, el del peregrino a Tierra Santa que consigna con detalle los lugares de interés para futuros palmeros y da cuenta de un camino recorrido a menudo con penalidades, principalmente a causa del relieve y el clima; y, por otro, el de un hombre poderoso, importante terrateniente y gobernante implicado en la política andaluza, que toma nota de los modos de gobierno, las cuestiones económicas, las obras de ingeniería o las obras pías de los distintos espacios recorridos.

Un tercer interrogante nos llevaba a preguntarnos si la información que ofrecían nuestros viajeros sobre cada una de las áreas de la

geografía tenía un carácter global o parcial. Los datos expuestos en las páginas precedentes nos llevan a concluir que el corpus en su conjunto ofrece una visión de la *ecumene* amplia, aunque fragmentaria. Los viajeros se desplazan por gran parte del mundo conocido y dan noticias sobre prácticamente todos sus rincones: desde la Península –donde se situaba el Finisterre– hasta el reino del Preste Juan –recordemos que don Pedro llega a los confines de este reino–, pasando por Constantinopla, Turquía, Tierra Santa, Samarcanda y la casi totalidad de las tierras de la Cristiandad. Sin embargo, los textos nunca proporcionan datos sobre la geografía de manera sistematizada. Nuestra percepción del conjunto de la *ecumene* se va construyendo al hilo de los viajes aunque en algunos momentos el discurso pueda ofrecer una mirada algo más abarcadora: recordemos aquí la descripción del imperio de Tamorlán al principio de la *Embajada*, las redes comerciales que presentan Clavijo y Tafur o las direcciones de los vientos en *El Victorial*. No se encuentran exposiciones de conjunto del relieve, del sistema hidrográfico o del clima de una determinada zona. Falta cualquier tipo de taxonomía tanto en la flora como en la fauna. En esta última, las relaciones que se establecen entre los animales son implícitas y se vinculan al uso que el hombre hace de ellos.

La percepción predominante de la geografía en nuestros textos revela aquello que el hombre es capaz de aprehender por sí mismo, con lo que estamos muy alejados de las visiones generalizadoras de las *imagines mundi*, que pretendían reflejar una visión global de la *ecumene* y se presentaban ordenadas por temas, sistematizadas y clasificadas. Sin embargo, esta mirada se combina con una voluntad –más o menos presente según los textos– de transmitir información general sobre el mundo, que se plasma con la inserción en el discurso de noticias sobre espacios no recorridos, información sobre la geografía sagrada y referencias librescas.

Todo ello nos conduce a la cuarta pregunta que nos planteábamos al iniciar el capítulo, la de saber si los textos presentan una geografía empírica –producto de la observación y la experiencia vivida– o librencia. Si hemos visto que los conocimientos que brindan los textos son parciales es porque transmiten aquellos que el viajero va adquiriendo en el transcurso de su viaje y, por consiguiente, la geografía

de nuestros relatores – exceptuando el texto de Gómez de Santisteban– refleja, ante todo, una geografía de lo vivido. Como ya se habrá observado, esta característica ha sido a menudo la primera que hemos puesto de relieve al inicio de nuestros apartados sobre las diversas temáticas estudiadas. Incluso el *Libro del infante don Pedro* intenta presentar sus contenidos articulados en torno a un itinerario, lo que automáticamente obliga al relator a vincular «vivencias» y espacio. La exposición de una geografía basada en el conocimiento empírico constituye una forma relativamente novedosa de contar el mundo, que aporta datos inéditos y precisos sobre el espacio recorrido.

No obstante, la preeminencia de la experiencia vivida no vela por completo la información libresca que subyace en nuestros textos. Por supuesto, el *Libro del infante don Pedro* se construye íntegramente sobre datos obtenidos de fuentes escritas y bebe tanto en las más clásicas –la Biblia, las *imagenes mundi* y la carta del Preste Juan– como en otras más recientes como puede ser la propia *Embajada a Tamorlán* cuyo intertexto –ya lo hemos mencionado– se vislumbra en la visita de don Pedro y los suyos a la corte de Tamorlán. Sin embargo, esta geografía libresca emerge también en los demás relatos y por distintos motivos. Por un lado, con claro afán enciclopédico, los viajeros desean incorporar en el discurso que construyen sobre el espacio recorrido los conocimientos que ya poseían antes de emprender el viaje. Aparecen entonces referencias al mar Occidiano (ET), a la fauna fabulosa (sirenas en AV), a tierras míticas (el reino del Preste Juan en ET y DP), al árbol seco de Tabriz (ET) o se vinculan los lugares recorridos a los hechos históricos de los que fueron escenario. Por otro lado, una visión sacralizada del espacio late en el fondo de todos los relatos, no tanto por su importancia cuantitativa como por su presencia ineludible: la evocación, la búsqueda o la localización de espacios como el Paraíso Terrenal, los cuatro ríos edénicos, las bocas del Infierno, la montaña de Noé o las tierras de Gog y Magog constituyen hitos fundamentales del discurso geográfico de nuestros relatores. Finalmente, en los episodios en los que se narra la estancia en Tierra Santa (AV, DP, VJ), buena parte de la información procede de guías de peregrinación, de modo que la geografía de este espacio se integra en el discurso con una fuerte dosis de información libresca y sólo algunas pinceladas vividas.

Se añaden a todo ello los intertextos laicos como la *Corónica de los Reyes de Ynglaterra en El Victorial*, la Carta del Preste Juan en el *Libro del infante don Pedro* y la descripción de la Orden de San Juan de Jerusalén en el *Viaje a Jerusalén*, que aportan también nuevos conocimientos sobre el mundo.

Esta información libresca que se incorpora en los textos puede suponer una confrontación con la realidad vivida pero muy a menudo se yuxtapone simplemente al resto de información, a lo sumo introducida por un «dize-n» distanciador. La *Embajada* –el relato que menos ingredientes librescos parece incluir junto con el *Viaje a Jerusalén*– recoge referencias a la India del Preste Juan, las amazonas o el Mar Ocidiano.

Nuestro último cuestionamiento se refería a la visión del mundo que nos brindaban los textos a través de la geografía. Se ha señalado a menudo el carácter de caos que, en el mundo medieval, encarna la naturaleza en oposición al orden de la ciudad, espacio construido, habitado y domado por el hombre. En el relieve, por ejemplo, suelen oponerse dos espacios: el de la montaña, *locus horribilis* y sede de las fuerzas del mal, y el del valle, *locus amoenus*. Baste recordar que, hablando de los geógrafos del siglo XVIII, Numa Broc (1969: 16) señala sobre la montaña que: «[p]our le marchand ou le pèlerin qui la traversent aux prix de mille dangers, comme pour le peuple, la montagne restera longtemps encore le siège des puissances du mal, qui inspire une terreur superstitieuse».

Es verdad que los relatos nunca descuidan los aspectos hostiles de la geografía: las dificultades que presenta el relieve (AV, VJ), las adversidades del clima (ET, AV, VIC, VJ), del mar y sus tormentas (ET, AV, VIC) o del desierto (ET, AV, DP) ponen de manifiesto, entre otras cosas, el coraje y valentía de los viajeros para hacer frente al riesgo, y contribuyen al aprendizaje personal que supone el viaje. Importa recordar en este sentido que cuanto más «individual» sea la empresa viajera, mayor hincapié se hará en el factor del peligro inherente al medio que se atraviesa.

Pero, sobre todo, el mundo que los viajeros describen es hermoso. Como indica Deluz (1988: 144), a partir del siglo XIV se percibe una valoración positiva de la «riqueza, la bondad, la belleza, las maravillas» de la tierra. Guéret Laferté (1994: 263) también observa un

cambio de actitud por parte de los viajeros al imperio mongol con respecto a las relaciones del hombre con su medio natural. Lo mismo podemos decir de nuestros textos, en los que destaca la gran importancia que se otorga a la belleza, particularmente en la *Embajada*. Los espacios que los viajeros consideran dignos de mención y de alabanza son, sobre todo, aquellos en los que la naturaleza aparece la huella del hombre o aquellos en los que ésta muestra su faz generosa y amable: los llanos, las fértiles tierras de cultivo, los jardines, los lagos y ríos que le proporcionan alimento y, por supuesto, las ciudades. Y se valora, muy particularmente, la naturaleza domada por la habilidad, la inteligencia y la astucia del hombre.

En cualquier caso, la geografía y la naturaleza se presentan desde un ángulo muy distinto que para el hombre de hoy, y no aparecen en los relatos de los viajeros castellanos de finales de la Edad Media con el protagonismo que adquirirán a partir del Romanticismo. El lector actual se enfrenta a los textos medievales profundamente marcado por la huella de la literatura romántica y por el lugar y la función que en ella ocupa la naturaleza. Si el romántico establece con el medio natural una relación individual y emocional, ésta es extraña al viajero del siglo XV. El hombre de finales del Medioevo no se busca a sí mismo en el viaje, ni pretende un encuentro «personal» con la naturaleza: quiere informar sobre un mundo hermoso, rico y pleno que manifiesta todavía –aunque el viajero no lo exprese explícitamente porque en su mirada apunta ya una visión antropocéntrica del mundo propia del Renacimiento– la visión medieval del mundo como libro escrito por Dios.